LAS ESPERANZAS

RAQUEL OREJUDO

Círculo Rojo
EDITORIAL

LAS ESPERANZAS

RAQUEL OREJUDO

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-1137-268-8

© Del texto: Raquel Orejudo
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

«Mientras ignores de qué has de huir,
qué has de buscar, qué es
necesario y qué está de sobra,
qué es justo y qué injusto, lo que hagas no será
viajar, sino andar errante».

Séneca, *De la brevedad de la vida*

«Más vale equivocarse en la esperanza
que acertar en la desesperación».
Amin Maalouf, *Los desorientados*

«272. ¿QUÉ AMAS EN LOS DEMÁS?
Mis esperanzas».
Friedrich Nietzsche, *El Gay Saber*

A Manuel
A mis padres
A mis hijos

1

Nunca había visto morir a nadie hasta que vi morir a mi padre. Hasta entonces había visto muertes en el cine, en las series, en las novelas, pero jamás había estado en el momento y en el lugar en el que una persona deja de existir.

Cada día y cada noche, en algún lugar, en cualquier momento, muere alguien. Jóvenes, viejos, hombres, mujeres, sanos, enfermos, en un accidente, en su casa, en un hospital, pero yo no había visto morir a nadie. Hay personas que por su trabajo están acostumbradas a ver morir a gente, pero para mí era la primera vez.

Mi padre llevaba más de un mes en la cama, sin poder moverse, una metástasis le había inmovilizado la parte inferior del cuerpo. A pesar de que durante ese tiempo estuvo con cuidados paliativos, los dolores no habían desaparecido del todo, pero él en ningún momento había perdido la sonrisa y el sentido del humor tan característico que había tenido durante toda su vida.

Desde que le habían comunicado que le quedaban unos meses de vida, yo había pasado con él todos los fines de semana de esos meses. Sin embargo, esta última semana había estado con él todos los días desde que los médicos nos informaron el lunes que lo mejor era sedarle.

Era mediados de abril y llovía. Llovía mucho. Llovía a cántaros. Grandes gotas heladas caían sin descanso, como si el día hubiera decidido acompañarnos en la tristeza. El cielo estaba totalmente encapotado. Oscuras nubes grises cerraban el paso al sol. Y seguiría así hasta el día siguiente. Además, hacía frío, mucho frío. Frío de invierno, aunque ya estábamos en primavera.

El viernes mi padre comenzó a respirar con pequeños estertores, esos jadeos que todo médico reconoce en una persona moribunda. Yo nunca los había oído, y reconozco que las primeras horas que los estuve escuchando, a pesar de que intentaba sobreponerme, esa respiración agónica me tenía alterada.

La habitación de mis padres era muy grande. Al lado de la cama, junto a la esquina izquierda de la misma, había una butaca tapizada en azul, en la que yo había pasado sentada cientos de horas acompañándole los últimos meses, hablando con él, riendo, o incluso comiendo.

El domingo por la mañana, cuando me levanté, llegué a su habitación y me senté de nuevo en aquella butaca. Sabía que ya todo

era distinto al domingo anterior, el último día que pasamos juntos antes de que le sedaran. Ese día, a pesar de su estado y el dolor que no cesaba, todavía había tenido el ánimo para mirarme de vez en cuando y medio sonreírme.

Dicen que incluso en esos momentos, cuando una persona está sedada, puede escuchar lo que sucede a su alrededor, así que durante la última semana que le acompañé, de vez en cuando le hablaba, aunque ahora pienso que muchas de las cosas que le decía en realidad me las decía a mí misma en voz alta.

Los últimos meses habíamos mantenido muchas conversaciones. Desde que los médicos le desahuciaron, sabíamos todos, incluido él, que el tiempo que le quedaba era finito. «Dos meses, tres a lo sumo, no creo que tu cuerpo aguante más», fue lo que le dijo el oncólogo a mi padre.

Ser consciente de su situación, y la aceptación total que de ella hizo, por lo que él mismo me explicó en una de nuestras conversaciones, le había hecho sentir una lucidez y una tranquilidad que nunca había experimentado. «Todo pasa tan rápido, cariño —me dijo uno de esos días—, y se ve todo tan distinto cuando estás a punto de morir».

Yo me había levantado y antes de bajar a la cocina entré en su habitación. Mi madre estaba abajo preparando el desayuno, pero algo, no sé, como un presentimiento, hizo que fuera a buscarla para que subiera a la habitación conmigo. Subimos. Mi madre se sentó en la cama junto a mi padre y cogió su mano, yo me senté de nuevo en la butaca, en silencio, mirándole. Las dos le mirábamos. Recuerdo que pensé que me parecía increíble que esos pudieran ser los últimos instantes que iba a estar con mi padre. Tenía razón cuando me había dicho que la vida pasa muy deprisa.

Su respiración, sus jadeos, se fueron haciendo cada vez más espaciados y más suaves, hasta que llegó el último, casi imperceptible. Como en muchas películas había visto que el personaje exhala profundamente al morir, no me di cuenta de que mi padre había fallecido hasta pasado medio minuto aproximadamente.

Y de repente, se acabó. Ya. Se había ido. Así de simple. Así de sencillo. Así de rápido. En un instante. «¿Ya está?», pensé.

Así que la mañana del último domingo de su vida, cuando sentada junto a él vi cómo poco a poco su respiración se iba ralentizando hasta que una de esas exhalaciones se convirtió en la última, fue la mañana en que me di cuenta de lo frágil que es la vida, de lo frágil que era mi vida, de lo frágil que es la vida de cualquiera, que desaparece en un instante.

Y decidí que tenía que hablar con Víctor.

2

Víctor y yo habíamos estudiado juntos en la universidad. Aunque íbamos al mismo curso de la misma carrera, nunca fuimos del mismo grupo de amigos, y tan solo nos conocíamos de vista y de nombre.

Durante los años que estudiamos en la facultad, nuestra relación no pasó más allá de algún saludo si nos cruzábamos por algún pasillo o a la entrada o la salida de las clases. Tampoco coincidimos en los años que estudiamos juntos en ningún local tomando un café, un vino o una copa, algo que si se piensa resulta sorprendente, ya que ambos vivíamos en una ciudad de tamaño medio en la que te estabas encontrando con las mismas personas continuamente en todas partes, pero en nuestro caso no sucedió jamás. Quizá esa fue la razón por la que se acercó a hablar conmigo la noche que nos encontramos en un garito de copas unas semanas después de habernos licenciado.

Esa noche habíamos quedado los amigos de la facultad, en una especie de despedida de nuestra vida de universitarios. Acababa de empezar el verano, todos comenzaríamos a buscar trabajo, o nos iríamos de vacaciones, y no sabíamos cuándo volveríamos a vernos ni qué sería de nuestras vidas a partir de entonces.

Cuando salíamos juntos nos gustaba ir siempre a los mismos lugares y normalmente íbamos en el mismo orden de un local a otro. Primero tomábamos unos vinos o unas cervezas con unas tapas en los bares del centro. Con cada caña o vino la tapa venía gratis, así que, tomando tres o cuatro vinos con sus correspondientes tapas, más dos o tres raciones que pedíamos para todos, ya habíamos cenado. Después nos gustaba ir a tomar un café sentados y una primera copa tranquila a El Soportal, un local que tenía más años que cualquiera de nosotros, y en el que concurrían personas de distintas generaciones durante todo el día.

A nosotros nos encantaba ir por la música que ponían a primera hora de la noche, y porque el café estaba riquísimo y las copas no eran muy caras. Allí podíamos sentarnos en las mesas de mármol que se repartían a lo ancho del local y hablar hasta que terminábamos nuestras consumiciones. Cuando dejábamos El Soportal ya sabíamos que el destino era cualquiera de los locales donde las copas se tomaban de pie y la música impedía mantener una conversación sin gritar.

Fue en uno de estos garitos donde me encontré con Víctor, que estaba tomando una copa con varios amigos. El Sol, a pesar de su

nombre, era un sitio muy oscuro. La entrada estaba en la calle, pero el local estaba situado en un sótano. Nada más abrir la puerta podías oír el estruendoso volumen de la música que venía desde abajo, y que aumentaba a medida que bajabas las escaleras. Cuando accedías al local, tu vista tardaba en acostumbrarse debido a la oscuridad del espacio y el humo del tabaco que todo lo inundaba, y que crecía según avanzaba la noche.

Entré en el local y me dirigí con mis amigos a la zona del fondo, al lado de la cabina de música, que era donde habitualmente nos quedábamos, recuerdo que cuando llegamos sonaba *Tainted Love*, de Marc Almond. Al llegar allí vi a Víctor. Me resultó extraño coincidir con él en aquel lugar. Nos saludamos moviendo la cabeza y sonriéndonos mutuamente.

Pedimos las bebidas en la barra y volvimos a nuestra esquina justo a tiempo para poder colocarlas en una de las repisas que había en la pared del local y así poder empezar a bailar como poseídos *A Town Called Malice* de The Jam que comenzaba a sonar. Al terminar la canción yo estaba muerta de calor y fui al baño a mojarme el cuello.

Fue al salir del baño cuando Víctor se aproximó a mí, con una sonrisa de oreja a oreja. Me dijo algo que no entendí debido al volumen de la música y entonces aproximé mi cabeza a la suya, casi rozándonos. «No te he oído nada», le dije. Al separarme de él pensé que olía estupendamente.

Comenzamos a hablar de una manera trivial. «No te había visto nunca por aquí, yo vengo siempre». «Sí, es que estos querían venir hoy por aquí». «¿Y qué vas a hacer ahora?». Y así estuvimos un buen rato en el que yo sentí que no parecíamos dos extraños hablando por primera vez, sino que parecía que nos conocíamos desde siempre. Cada vez que me acercaba a él para seguir hablando, pensaba lo bien que olía.

Debimos estar así una hora o más, no sé, yo perdí la noción del tiempo. Nuestros amigos vinieron a buscarnos varias veces y todas ellas les contestamos que íbamos enseguida. Pero nosotros seguíamos hablando, sin poder dejar de mirarnos a los ojos, y riéndonos por todo, de una manera casi infantil.

No recuerdo con exactitud a qué hora se fueron nuestros amigos del local, sí recuerdo que nos avisaron tanto a uno como a otro, pero ambos nos quedamos y seguimos hablando. Así estuvimos hasta casi la hora de cierre, en que decidimos marcharnos y salimos a la calle.

Hablábamos casi atropellándonos el uno al otro, con esa urgencia que uno tiene a veces de darse a conocer. Hacía muy buena noche, no hacía calor, pero tampoco hacía frío, y nos cruzamos con personas que igual iban en tirantes que llevaban una cazadora o una chaqueta de verano.

Caminábamos hacia ninguna parte, sin dirección, sin prisa, parándonos cada dos por tres, mientras seguíamos contándonos cosas y riéndonos, y tocando el uno el brazo del otro al reírse, y acercándonos cada vez más, y ahora los hombros se rozan, y ahora nos sentamos en un banco. Y así estuvimos horas hasta que, cansados, decidimos irnos a dormir, y al despedirnos nos besamos.

A partir de esa noche Víctor y yo nos convertimos en inseparables y fue el comienzo de nuestra historia.

3

Recién licenciados, Víctor y yo pasábamos horas y días haciendo planes para el futuro. Vivíamos despreocupados, como los veinteañeros que éramos, con todo el futuro por delante. Mientras buscábamos trabajo, podíamos permitirnos imaginar cualquier escenario, y fantaseábamos haciendo miles de planes.

Mi padre me había dicho muchas veces que en esta vida todo es cuestión de tiempo, pero no del tiempo como yo lo entendía siendo una niña, con sus días, sus horas y sus minutos, sino del tiempo como oportunidad. «Laura, lo importante es que las cosas sucedan en el momento oportuno —me decía—, porque ahí es donde tienen valor. Eso es el *kairós*. Fíjate. —Esa tarde oía uno de los discos de su colección de *jazz*—. ¿Oyes cómo entra el saxo?, ¿lo oyes?, entra justo en el momento que tiene que entrar —me explicaba casi con emoción —. En cualquier otro instante ya no sonaría igual», seguía diciendo inclinando su cabeza hacia el altavoz, como si aproximándose pudiera recoger todo el sonido que de él provenía.

Yo entonces miraba a mi padre sin entender muy bien qué quería decirme, pero me daba igual. Me encantaba estar con él, me encantaba que me explicara cualquier cosa, aunque yo no la entendiera. Así que le miraba, le sonreía y afirmaba moviendo la cabeza para que siguiera explicándome cosas.

Supongo que ese momento, esa oportunidad, —el *kairós* del que me hablaba mi padre— es la que a nosotros, a Víctor y a mí, nos llegó en forma de oferta de trabajo en Madrid. Y nos llegó a los dos al mismo tiempo. Como además era el momento de las licenciaturas, a principios de julio, las empresas contrataban recién licenciados para foguearlos durante el verano.

De golpe nos vimos con un contrato de prácticas y una mudanza a Madrid. Entonces los dos estábamos deseando entrar en el mundo del trabajo. Víctor ya lo conocía en parte, ya que sus padres tenían una empresa. Nos incorporamos la segunda quincena de julio a nuestros nuevos trabajos. Ese verano no tendríamos vacaciones, a lo sumo unos días sueltos en septiembre nos habían dicho, pero no nos importó a ninguno de los dos.

Ya que ambos nos trasladábamos a Madrid, nos pareció lo más normal irnos a vivir juntos. De hecho, ni lo comentamos, fue algo natural. Para nuestros padres fue también la mejor solución. Nadie, ni ellos ni nosotros, lo vimos como la decisión de una pareja de irse a

vivir juntos. Éramos pareja, sí, pero ya que ambos nos mudábamos a Madrid, qué sentido tenía irnos a vivir por separado con personas que no conocíamos.

Si bien yo había estado muchas veces en Madrid con anterioridad, el hecho de irme a vivir allí me produjo una cierta sensación de vértigo. Yo había vivido toda mi vida, al igual que Víctor, en una ciudad de provincias, de tamaño media. Una ciudad donde ibas caminando a todas partes y el tiempo se medía con distinta velocidad. En Madrid todo era distinto, el tamaño de las calles y las avenidas, las distancias, la manera en que las personas se movían. Para mí entrar en el metro por las mañanas en hora punta supuso una aventura las primeras semanas. Aun así, me enamoré de la ciudad, de su ritmo, de sus infinitas posibilidades y del anonimato con el que uno podía vivir la vida como quisiera.

Al principio me costó separarme de mi familia, echaba mucho de menos a mis padres. Como hija única que soy, había compartido la mayor parte de mi tiempo con ellos. La gente que tiene hermanos suele pasar la mayor parte del tiempo con ellos si no hay mucha diferencia de edad, o incluso a veces, aunque la haya. En mi caso, mis recuerdos estaban ligados a mis padres.

Mi madre era profesora en un colegio, de hecho, era profesora en mi colegio, así que durante mi etapa escolar yo iba y venía con ella y estábamos todas las tardes juntas en casa. Por las tardes, después de prepararme la merienda, mi madre subía al despacho que compartía con mi padre, y yo me sentaba en la mesa de trabajo de mi padre, frente a la de mi madre, a hacer los deberes, o, si no tenía deberes, me ponía a jugar en la alfombra junto a mi madre mientras ella corregía o preparaba las clases.

La casa la habían construido cuando yo era muy pequeña, quizá tendría yo dos o tres años, ya que no tengo recuerdos de haber vivido en ninguna otra casa. Tenía dos plantas y una planta sótano, además de un jardín inmenso donde había una piscina. Aunque ninguno era arquitecto, ambos habían aportado ideas al diseño de la casa, así que podía decirse que era una casa medio diseñada por ellos.

La habitación que utilizaban como despacho o estudio estaba en la primera planta, y tenía una gran puerta corredera que comunicaba con una terraza. La terraza estaba orientada al oeste, de manera que todas las tardes el sol inundaba la estancia. En invierno era una maravilla por su luz y su calidez. Cuando en primavera u otoño el viento no era fresco, mi madre abría la cristalera, dando la sensación de estar al aire libre.

Mi padre era un amante del *jazz*. Tenía una gran colección de vinilos en la estantería del salón, donde además tenía el que él llamaba su equipo principal, compuesto por un plato y un

amplificador, al que posteriormente había añadido un lector de discos compactos. En el despacho tenía una estantería de media altura con otro plato y otro amplificador, que era en el que me había enseñado a colocar con cuidado la aguja encima de los discos. En esta estantería había siempre discos que iban y venían del salón, ya que cuando mi padre estaba en el despacho, siempre ponía música. Su pasión era el *jazz*, pero tenía música de todo tipo.

La pasión de mi madre eran los libros, así que, junto a los discos de mi padre, en todas las estanterías, había libros de todo tipo. Libros y discos, discos y libros. Miraras donde miraras, en todos los rincones había una estantería o un pequeño estante que acogía a ambos.

Tanto mi madre como mi padre eran profesores. Mi madre había estudiado Filología Hispánica y contaba que desde niña había soñado con ser profesora. Así que terminó sus estudios y comenzó a trabajar en el colegio al que luego fui yo como profesora de Lengua y Literatura. Junto con los libros, su otra pasión eran las plantas.

Mi padre, en cambio, llegó a la docencia por casualidad. Él decía que de pequeño no sabía qué quería ser de mayor, pero le encantaba la física, así que estudió Ciencias Físicas sin dudarlo. Al terminar la carrera empezó trabajando en un departamento de la facultad y allí se quedó trabajando toda su vida.

La vida tiene cosas que a veces parecen inverosímiles, pero son ciertas, como, por ejemplo, que yo terminara siendo alumna de mi madre en el colegio y de mi padre en la universidad. Porque como yo no sabía a qué quería dedicarme, pero me gustaba la física, terminé estudiando Físicas como mi padre.

4

Muchas de las personas que conozco tenían claro desde que eran niños a qué se querían dedicar, otras lo decidían en la adolescencia. Yo, en cambio, llegué a la universidad sin saber en qué quería trabajar o a qué quería dedicarme en la vida adulta.

Cuando alguien me preguntaba qué iba a estudiar en la universidad o si tenía claro qué quería hacer con mi vida, yo sonreía y respondía: «Tengo dos o tres cosas en la cabeza, pero todavía no lo tengo claro». La realidad es que utilizaba esa respuesta como comodín porque no sabía qué responder. Así que empecé la carrera, terminé la carrera, y empecé a trabajar sin que tan siquiera me diera tiempo a pensar si realmente era eso lo que quería para mí y para mi vida.

Víctor y yo enseguida nos hicimos a Madrid. Con veintitrés años nos encontramos con trabajo, buenos sueldos y un apartamento bien situado y mejor comunicado, que nos permitía llegar a la oficina en menos de veinte minutos, lo que para una ciudad como Madrid es mucho decir.

Llevábamos tan solo unas semanas cuando nos fuimos a vivir juntos, pero en la convivencia nos adaptamos rápidamente el uno al otro. Para nosotros, el hecho de irnos a vivir juntos fue desde el principio como una aventura sencilla y divertida. Como era verano cuando empezamos a trabajar, teníamos jornada intensiva, y todas las tardes, cuando el sol sofocante de Madrid empezaba a declinar, salíamos a conocer distintas zonas de la ciudad y tomar algo que nos sirviera de cena. Así poco a poco fuimos conociendo nuestro barrio y otros barrios de Madrid.

La relación con mis padres continuó siendo, en la distancia, tan cariñosa y cercana como había sido con anterioridad. Hablábamos cada tarde por teléfono y nos contábamos cosas cotidianas que nos habían sucedido en el día. Aunque me sentía muy bien con Víctor y mi nuevo entorno, les echaba mucho de menos.

Mi familia se había caracterizado por ser una familia, por encima de todo, tranquila, sin discusiones fuera de tono, o gritos, como alguna vez me habían comentado amigos que sucedía en sus casas. En la mía no. No tenía un solo recuerdo en el que mis padres estuvieran discutiendo o gritándose el uno al otro, o gritándome a mí.

No sé si se debe a que soy hija única, o ha sido mi manera de ser, pero siempre intenté no darles problemas. No es que fuera una hija modelo, pero no encontré nunca el atractivo en hacer cosas solo por

molestar a mis padres, algo que para algunos de mis amigos era precisamente un detonante para llevar a cabo determinadas acciones.

Para Víctor, Madrid significó la posibilidad de poner con su familia una distancia que parecía haber estado buscando desde hacía mucho tiempo. No sabía mucho acerca de su vida familiar, pero notaba que la relación era muy distinta a la que yo mantenía con la mía. A veces su madre me llamaba a mí porque no conseguía hablar con su hijo.

—Víctor, esta mañana me llamó tu madre. Dice que ayer intentó hablar contigo.

—Luego la llamo —contestaba él—, ¿sabes qué quería?, ¿llamaba para algo en especial?

—No —le decía yo—, creo que tan solo quería hablar contigo, escuchar tu voz, supongo. Cosas de madre. No sé. La verdad, creo que deberías llamarla.

—Luego la llamo —volvía a repetir dando por zanjada la cuestión.

A pesar de que mi relación con su familia era más que reciente, intentaba seguir el juego de su madre cuando me decía cosas como: «Hija, ya sabes, aquí tienes una segunda madre para lo que necesites». Yo intentaba ser amable y me limitaba a darle las gracias y ser igual de amable.

Aunque soy hija única, siempre he tenido la sensación de vivir en una gran familia, la familia que formábamos mis padres y yo con mis dos abuelas, mis tíos, mis tías y todos mis primos y primas. Mi padre tenía tres hermanos y dos hermanas, y mi madre tres hermanas y un hermano pequeño, lo que hacía un total de dieciocho tíos y tías, y veinticuatro primos contándolos a todos.

Cuando era pequeña, hasta que cumplí los doce años, más o menos, los domingos por la mañana íbamos a visitar a mis dos abuelas. A veces nos quedábamos a comer en casa de la última a la que íbamos a visitar. Otros fines de semana comíamos con el hermano de mi madre, Javier, mi tía María, y mis primos Javi y Jaime.

Mi tío Javier era el más pequeño de los hermanos de mi madre. Ella era la mayor de todos, y aunque había tres hermanas entre Javier y ella, solo se llevaban seis años de diferencia. Aunque la relación con sus hermanas era muy buena, con su hermano siempre tuvo una relación especial, y mi padre también. Javier era todo un personaje. Bohemio y roquero, se había casado muy joven porque mi tía se quedó embarazada, así que, aun siendo el pequeño de mis tíos, su hijo mayor, mi primo Javi, me llevaba a mí cinco años.

Mi tío Javier tocaba la batería con unos amigos, de manera no profesional, por diversión, desde jovencito, y si mi padre tenía una colección de discos de *jazz*, la colección de mi tío era tan grande como la que tenía mi padre, pero con grupos de *rock* y pop. A mí me

encantaba ir a su casa y estar con mis primos, sobre todo con Javi, el mayor, que siempre me trató como si fuera de su edad. Mi primo Jaime, que nació el mismo año que yo, no me hacía ni caso, pero a mí me daba igual, porque yo prefería estar con Javi.

Cuando comíamos en su casa, después de comer, mis padres se quedaban con mis tíos en el salón y yo me iba a la habitación de mi primo Javi. Allí, entre pósteres de distintos grupos que tenía en las paredes de su habitación, escuchábamos música que yo iba descubriendo, y grupos que me acompañarían pasados los años.

Aquellos momentos nos unieron a Javi y a mí para siempre, ya que el paso del tiempo no solo no desgastó nuestra relación, sino que nos convirtió en aliados inseparables desde entonces, aunque el discurrir de la vida nos separara físicamente y prácticamente no nos viéramos.

Mis padres se quedaban con mis tíos en el salón hablando, escuchando música y tomando copas. Desde la habitación de mi primo escuchábamos las voces y las risas que venían desde el salón. Risas abiertas que en mi memoria quedaron siempre asociadas a las tardes de un domingo cualquiera.

Para Víctor, todo este escenario familiar era desconocido. Aunque él tenía otros tres hermanos, todos chicos como él, solo tenía una prima. Su madre tenía un hermano que nunca se había casado ni tenía hijos. Su padre tenía una hermana, su tía Lucía, que era la madre de su prima.

Los recuerdos que yo tenía, de aperitivos de domingo en casa de mis abuelas, comidas familiares, celebraciones, y casas abarrotadas en cumpleaños y otras fiestas eran desconocidos para Víctor. Muy de vez en cuando él iba a ver a sus abuelos, o alguno de sus tíos.

Así que, aunque la hija única era yo, el sentimiento de familia que yo tenía era enorme, un sentimiento extraño para Víctor, para quien Madrid supuso la oportunidad de distanciarse un poco más de su familia.

5

En lo que se refería al tema amigos, Víctor y yo no podíamos ser más dispares. Él hacía amigos con una facilidad tremenda, y todavía mantenía, además de su pandilla de amigos de la universidad, la pandilla de amigos del colegio. Al llegar a Madrid hizo un nuevo grupo de amigos en el trabajo. Para mí la amistad era otra cosa. Quitando a la que fue mi pequeña pandilla de la facultad, no había sido nunca una persona de grupo de amigos, más bien de relaciones de a uno, dos a lo sumo.

Al mes y medio de empezar a trabajar, a principios de septiembre, conocí a Beatriz en la oficina. Todas las mañanas me acercaba a la zona de máquinas de café para coger uno. Esa mañana la máquina se había tragado mi moneda, pero no se ponía en marcha. Yo la estaba zarandeando con suavidad, cuando oí una voz a mi espalda.

—Se ha tragado tu moneda, ¿verdad? Esta máquina hace lo mismo cada dos por tres. Si me dejas un momentito. —Me aparté y Beatriz le propinó tres golpes con el puño de la mano izquierda, yo la miraba sorprendida—. ¿Ves?, ya está. —El vaso se deslizó y el café empezó a caer dentro del mismo.

—Muchas gracias —le dije.

—Por nada, mujer. ¿Eres nueva?

—Sí, me he incorporado a mediados de julio.

—Ya decía yo que no me sonaba tu cara. Bueno, yo soy Beatriz, y estoy en Compras, si necesitas cualquier cosa.

—Gracias, yo me llamo Laura.

Beatriz y yo empezamos a coincidir en la máquina de café y, entre charla y charla, nos dimos cuenta de que compartíamos el mismo sentido del humor, lo que nos convirtió en amigas. Ella tenía diez años más que yo, y a mí me parecía que además se gastaba bastante mala leche, siempre decía lo que pensaba, sin ningún filtro. Le daba igual, «al que no le guste, que se aguante, que yo aguanto muchas cosas», solía decir. A mí me admiraba su determinación y su indiferencia ante los comentarios ajenos.

A pesar de esta mala leche, Beatriz irradiaba fuerza y ganas de vivir. Se relacionaba con mucha gente, y era muy apreciada por su forma de trabajar, pero su vida personal era una incógnita, ya que ella defendía su privacidad por encima de todo.

—Hija, me alegro de que hayas venido a trabajar a esta empresa —me dijo uno de los primeros días que nos fuimos juntas a comer—,

porque aquí ganan por goleada los impresentables con los que es mejor no tratarse. Siempre se agradece que venga savia joven y nueva como tú.

—Ya será menos, no seas exagerada —le respondí yo.

—Puede que tengas razón, que exagero un poco, y quizá el problema va a ser mío, que llevo aquí ya unos cuantos años y me parece que todo el mundo es gilipollas. —Y se reía a carcajadas con esa risa tan particular que parecía de película.

Ella, que llevaba trabajando allí casi seis años, me ponía al día de quién y cómo era cada uno de nuestros jefes, jefas, compañeros o compañeras, cómo hacer esto, cómo hacer aquello, lo que me ayudó mucho en los primeros meses de trabajo. Era mi primer trabajo y mi primera experiencia en una empresa, que además era una empresa multinacional y por aquel entonces muy masculina.

Víctor había empezado a trabajar en otra empresa del mismo sector, en un puesto parecido al mío, y con un sueldo igual al mío. Al poco de incorporarse ya tenía planes con compañeros de la oficina, tanto para los días de diario como para los fines de semana. Su forma de ser, tan dispar de la mía, le hacía relacionarse con casi cualquier persona con la que coincidiera en el mismo lugar al mismo tiempo.

Al cabo de un par de meses desde que nos conociéramos, Beatriz y yo instauramos la tarde de los martes como la tarde en que al salir de trabajar nos íbamos las dos solas a tomar algo, siempre al mismo local, una taberna asturiana a diez minutos andando desde nuestra oficina. Así comenzaron *nuestros martes*, como solíamos llamarlos para referirnos a esas tardes.

El dueño de la taberna era Pelayo, un asturiano madrileño, como él se denominaba, de unos cuarenta y tantos años. Era alto, de complexión muy fuerte, y tenía una mirada oscura e intensa. La taberna llevaba en el mismo lugar tantos años como tenía él, ya que según le gustaba contar, nacieron el mismo año. Unos meses antes de que él viniera al mundo en Madrid, su padre, asturiano, junto con su mujer, también asturiana, decidieron montar un local de comidas con recetas de su tierra. Ahora sus padres estaban jubilados y habían vuelto a su pueblo en Asturias.

Pelayo no tenía familia, dedicaba todo su tiempo, desde la hora del desayuno hasta la hora de la cena, al negocio, donde seguía ofreciendo platos asturianos. El local estaba lleno casi siempre. En vacaciones y algunos puentes se permitía unos días de vacaciones y subía a su tierra, la tierra de familia, ya que, aunque él no había nacido allí, se consideraba igualmente asturiano.

El primer día que fuimos a la taberna era media tarde, y cuando entramos al local Beatriz se acercó a saludar a Pelayo. Según me contó después Beatriz, se conocían desde hacía años, cuando ella empezó a

trabajar en nuestra empresa. Un día lo descubrió por casualidad buscando un restaurante donde comer rico y que no estuviera lleno de compañeros de la oficina. Aquel día comió sola y al terminar de comer entabló una conversación con Pelayo. Desde entonces le gustaba ir allí cada vez que podía.

Cuando entramos en el local, Beatriz se acercó a saludar a Pelayo, que estaba detrás de la barra, y me lo presentó. «Aquí tienes a una forastera recién llegada a Madrid, cuídamela», le dijo, a lo que él mirándome fijamente me respondió: «Pues aquí tienes tu casa cuando quieras. Si vienes con Beatriz no hace falta nada más, aunque también puedes venir sola». Beatriz agregó dirigiéndose a mí después de guiñarle un ojo a Pelayo: «Y si algún día te dice alguna tontería, ni puto caso».

Y así fue como en aquellas tardes, en las que pasábamos juntas una o dos horas, tomando cañas y alguna tapa que nos ponía Pelayo, empecé a conocer a la verdadera Beatriz. Una Beatriz que se mostraba dura y socarrona en su trato con la mayoría de las personas con las que se relacionaba, y que no era sino una coraza para protegerse y que nadie pudiera advertir que en el fondo era una persona tierna y sensible. Una manera de ser que con el tiempo descubrí que era la misma que tenía Pelayo, y que me hizo comprender por qué su relación era como era. «La gente es muy cabrona Laura —me diría pasado el tiempo—, y se alegran cuando te va mal. Por eso yo no dejo que me vean como soy. Que digan lo que quieran, no me importa una mierda. Yo me muestro como soy solo con quien yo quiero».

Beatriz vivía sola y no tenía pareja estable, y tampoco la quería. Su pasión era viajar, y había recorrido casi medio mundo desde que tenía veinte años. A mí me sorprendía cada vez que me contaba historias de alguno de los viajes que había realizado ella sola a países de África, Sudamérica o Asia, yo me veía incapaz de ir sola de viaje a ningún lugar, cuanto menos a lugares tan lejanos. Eso daba buena cuenta de su espíritu libre y aventurero. «Si fuera rica, me pasaría la vida solo viajando», me dijo en una ocasión. «Si trabajo, es por el dinero, lo demás me da igual».

Quizá esa manera de ver la vida y el trabajo era la que le permitía ignorar lo que el resto pudiera pensar de ella, y lo demostraba en su manera de relacionarse con el mundo. El resto la veía como una persona a veces brusca, a veces borde, a veces arrogante. Para mí todo aquello no era sino una coraza para proteger a la Bea sensible que evitaba que alguien pudiera hacerle daño.

6

El tiempo pasa muy rápido, decía siempre mi padre, y eso pensé yo el día que descubrí que iban a cumplirse tres años desde que nos habíamos ido a vivir a Madrid. Nos habíamos acostumbrado a la ciudad hasta el punto de ir cada vez menos a nuestra ciudad natal. Si al principio de mudarnos íbamos al menos una vez cada dos semanas a ver a nuestras familias, poco a poco esos viajes se fueron espaciando, hasta darnos cuenta en uno de aquellos viajes que llevábamos más de dos meses sin ir por allí.

Mis padres de vez en cuando venían a Madrid a pasar el fin de semana. Aprovechaban para ir a ver alguna exposición, o visitar el Jardín Botánico que mi madre adoraba tanto como adoraba sus plantas. Nuestro apartamento tenía dos habitaciones, pero mis padres siempre preferían irse a un hotel, hacían sus planes, y quedaban con nosotros para comer o cenar, o hacíamos algún plan los cuatro juntos, como cuando mi padre nos convenció a Víctor y a mí para ir a un club de *jazz* una noche después de cenar.

La relación de Víctor con mis padres siempre fue muy buena. Con sus padres la relación también era buena, sin embargo, ellos no vinieron nunca a Madrid. La empresa familiar les absorbía prácticamente todas las horas del día que no dedicaban a dormir, y los fines de semana los dedicaban a descansar. Su manera de ser era muy distinta de la de mis padres, por no decir lo opuesto. Mis padres, al margen de sus respectivos trabajos, tenían inquietudes que los padres de Víctor no tenían.

El padre de Víctor se había hecho cargo de la empresa que fundó su propio padre cuando este se jubiló y desde entonces solo se había dedicado a trabajar y hacer que la empresa creciera, algo en lo que la madre de Víctor le ayudaba. La empresa se dedicaba a la construcción y cada día les faltaban horas para el trabajo que estaba siempre por hacerse.

Nuestra vida era un equilibrio entre trabajar y salir. Nos encantaba viajar, tanto por España como por el extranjero. En los tres años que llevábamos trabajando habíamos conocido casi todas las capitales europeas en los puentes que hubo en ese periodo. Normalmente viajábamos solos, aunque por aquella época ya habíamos compartido algún viaje corto con Luis y Nazaré.

Víctor y Luis habían coincidido en un proyecto que desarrollaban sus respectivas empresas y desde el principio habían congeniado. Con

el tiempo y las reuniones, descubrieron que además del deporte, compartían otra pasión común, las motos, lo que creó un vínculo aún más fuerte entre ellos.

Como nosotros, también habían venido a vivir a Madrid por trabajo. Los dos eran abogados y trabajaban en grandes bufetes. Luis estaba especializado en derecho mercantil y Nazaré en derecho civil. Casi desde que Luis y Víctor se conocieron, los fines de semana que nos quedábamos en Madrid era habitual que hiciéramos planes juntos para comer o cenar alguno de los días.

Nazaré y yo éramos muy distintas, y parecía que no teníamos ningún interés común. A mí me encantaba la música y la literatura, ignoro si por influencia de mis padres, y Nazaré solo estaba interesada en los temas relacionados con su trabajo o el trabajo de Luis. Aun a pesar de esto, nuestra relación era cordial y nos divertíamos cuando estábamos juntas.

Fueron ellos, Luis y Nazaré, en una cena en que salimos los cuatro, los que nos hablaron de las casas nuevas que acababan de construir y que ellos iban a ir a visitar. En realidad, Luis ya le había informado a Víctor de la promoción, que se entusiasmó con la idea de comprar una casa y quedó en ir con él a visitar la obra. Cuando lo comentaron en la cena, yo me quedé un poco sorprendida por la reacción de Víctor, nosotros no habíamos hablado nunca de comprar una casa, y parecía que él ya lo hubiera decidido.

Así fue como Víctor llegó unos días después a casa con toda la información sobre la que sería nuestro nuevo hogar. Su entusiasmo era el de un niño pequeño al que le acabaran de dar un montón de regalos de cumpleaños. Luis y Nazaré también iban a adquirir una casa allí, así que además íbamos a ser vecinos.

—El piso está en una zona que está creciendo mucho, tiene una gran proyección, en cinco años cualquier vivienda allí costará el doble por lo menos. —Yo asentí después de ver toda la documentación que había traído a casa—. Tienes que venir a verla, ya la he apalabrado, y me gustaría que la compráramos. Tenemos la reserva hasta el fin de semana.

Yo me quedé mirándole en silencio.

—Parece que no te hace ilusión lo de comprarnos una casa —me dijo.

—No sé, Víctor, ni me hace ilusión ni me deja de hacer ilusión, pero si tú crees que es bueno comprar, pues compramos —le respondí —. En realidad, no lo había pensado nunca y tampoco lo habíamos hablado. Es, más que nada, una sorpresa. Y, sobre todo, el hecho de que la hayas reservado sin que yo la haya visto siquiera.

—Lo he hecho para no perderla, Laura. Vas, la ves, y si no te gusta, pues no la compramos, aunque creo que es una gran oportunidad que

podemos permitirnos sin problema. Además, Luis y Nazaré van a comprar allí también.

—No sé, me ha pillado de sorpresa, qué quieres qué te diga. Además, porque compren nuestros amigos no tenemos que comprar nosotros, ¿no?

—Perdona —esta vez su tono de voz se había elevado—, pensaba que como todo el mundo en algún momento nos compraríamos una casa, pensaríamos en el futuro.

—¿Cómo todo el mundo Víctor? ¿Desde cuándo nos miramos en todo el mundo?

—Déjalo, Laura, no quiero seguir discutiendo, no tiene sentido. Si quieres venir a ver la casa, me lo dices. —Se levantó y me dejó con la palabra en la boca.

Aquella fue nuestra primera discusión seria, y me hizo reflexionar sobre la manera en que ambos íbamos viviendo nuestra relación y nuestra vida. En tres años viviendo juntos no habíamos hablado nunca sobre qué queríamos hacer con nuestra vida en común, desde comprar una casa hasta saber si queríamos tener hijos.

Esa noche volvimos a hablar del tema. Yo sabía que Víctor estaba molesto, como si el no haber sentido una emoción especial por comprar una casa le hubiera decepcionado. Pero es que yo necesitaba darle una vuelta a todo. No era tan impulsiva como era él. De él me encantaba precisamente eso, lo impulsivo que podía ser en algunos momentos, pero mi manera de ser era muy distinta.

Estábamos sentados en el sofá del salón viendo una película, y aproveché una pausa que hicieron para la publicidad para decirle: «Cuando quieras vamos a ver la casa. Me parece muy buena idea». Confieso que en el fondo me daba igual si la comprábamos o no, pero no me gustaba el silencio que se había instalado entre nosotros después de la discusión sobre la compra de la casa. Si bien el irnos a vivir juntos nunca fue algo planificado y surgió debido a las circunstancias, en aquel momento no era capaz de imaginar mi vida sin él. Tal vez hasta Víctor tenía razón, era una buena inversión.

Comprar la casa supuso para nuestros padres una especie de confirmación, después de tres años viviendo juntos, de que nuestra relación iba en serio, casi como si nos hubiéramos casado. Para mí supuso comprobar que, de alguna manera, yo me dejaba llevar por las decisiones que Víctor tomaba, pero al mismo tiempo no hacía nada por impedirlo. Al contrario, estaba encantada de que él organizara viajes, vacaciones, y tantas otras cosas de las que se encargaba de manera natural, porque así no tenía que hacerlo yo. Y así seguiría durante el tiempo que estuvimos juntos.

7

Aprovechamos el verano para hacer la mudanza a la nueva casa, una casa que no tenía nada que ver con el apartamento en el que habíamos estado viviendo los años anteriores. Era un ático con tres habitaciones, un salón muy grande y una increíble terraza, aún más grande que el salón, orientada al oeste y desde la que se veía las sierras que rodeaban la ciudad. Al atardecer era un espectáculo contemplar desde esta terraza el cielo con las múltiples tonalidades naranjas y rojizas que los rayos del sol exhibían al chocar con la atmósfera.

Luis y Nazaré también habían comprado una casa en el mismo edificio, por lo que se convirtió en algo bastante habitual que de manera espontánea termináramos en una u otra casa cualquier día tomando una cerveza y algo de picoteo. Nazaré y yo nos llevábamos muy bien, pero no teníamos una relación fuera de la relación de las dos parejas.

A mí me gustaba tener amigos en casa, me había criado con unos padres que organizaban comidas y cenas con amigos o el resto de la familia con asiduidad, por no hablar de las celebraciones familiares donde nos reuníamos todos y se creaba tal guirigay que era imposible seguir una conversación, pero empecé a echar de menos pasar más tiempo de pareja los dos solos. Cualquier plan parecía mejorar a ojos de Víctor si quedábamos con amigos.

Antes de irnos de vacaciones de verano habíamos aprovechado las tardes que nuestras jornadas intensivas nos dejaban libres para colocar todo en la casa nueva. Era nuestra primera mudanza, y del apartamento donde veníamos no trajimos muchas cosas, así que cuando lo tuvimos todo colocado nos dimos cuenta de lo vacía que estaba la casa. Compramos algunos muebles antes de irnos de viaje y decidimos que a la vuelta de las vacaciones seguiríamos con la decoración. Nos íbamos de viaje a Italia, así que pensamos que quizá allí encontraríamos muchas de las cosas que queríamos comprar. Víctor lo había organizado para volar a Milán, pasar allí unos días, y bajar en coche a la costa de Génova, desde donde volveríamos a Madrid.

Los días en Italia pasaron volando. No puedo recordar una sola discusión en todo el tiempo que estuvimos de viaje. Durante los días que duró nuestro viaje todo nos parecía bien. Yo estaba particularmente feliz de poder compartir tanto tiempo los dos solos. Al anochecer, vagábamos por las calles como una pareja de enamorados,

sin rumbo, sin prisa. Cualquier terraza nos parecía idónea para tomar un spritz y algo de comer. No nos importaba si los lugares estaban abarrotados o la gente hablaba a gritos a nuestro alrededor.

Hacíamos cola en las heladerías para tomar el típico helado italiano, cremoso, que nos comíamos saboreándolo lentamente sentados en cualquier banco de la calle mientras veíamos pasar a la gente. Nada nos hacía perder el buen humor. Ese estado de ánimo nos acompañó durante muchos días después de regresar de las vacaciones. Una sonrisa permanente se había instalado en nuestros rostros. Y algunas tardes, al anochecer, sentada en la terraza de nuestra nueva casa, cerraba los ojos y me parecía oler de nuevo a *pizza* recién horneada, como si en vez de estar en casa, en Madrid, estuviera de vuelta en la terraza de alguna *trattoria* en Génova.

Los primeros días que sentí los mareos al levantarme de la cama no le di ninguna importancia, «tengo la tensión baja otra vez —pensaba —, tengo que levantarme más despacio y de dos veces». Muchos días, ya arreglada para irme a trabajar tenía que sentarme un par de minutos porque era incapaz de caminar, pero seguía sin darle importancia y conseguía ir al trabajo, al fin y al cabo, me había pasado la vida con la tensión por los suelos.

Al cabo de tres semanas, cuando comprobé que todos los días sentía el mismo malestar, empecé a preocuparme y pensé seriamente en que podía estar embarazada, así que al llegar a la oficina fui a buscar a Beatriz.

—No sé si estoy embarazada —le dije en el pasillo cuando no había nadie.

—Hija, pues eso lo tienes que saber tú mejor que nadie —me dijo con una media sonrisa—. ¿Te has hecho alguna prueba?

—No, pero me tenía que haber puesto mala esta semana, y noto unos mareos muy raros desde hace casi quince días. Aunque también tengo dolores como cuando me va a bajar la regla —le respondí.

—¿Quieres que vaya contigo a una farmacia y salimos de dudas? —me preguntó resuelta.

—Por favor.

El trayecto a la farmacia, el de ida y el de vuelta, y el tiempo que transcurrió hasta que tuve el resultado de la prueba me pareció interminable. Hasta ese momento no me había planteado que yo pudiera ser madre, en realidad no me veía como madre, como una madre.

Cuando llegamos de la calle Beatriz me acompañó al baño de la oficina, yo estaba muerta de miedo. No podía imaginar cómo podía ser mi vida a partir de entonces si la prueba confirmaba el embarazo. Una especie de neblina envolvía todos mis pensamientos. De repente

me veía fuera de la oficina, haciendo de madre. Mi vida, como había sido hasta ese momento, no volvería a existir. Además, estaba Víctor, no habíamos hablado de tener hijos. ¿Qué pasaría si él no quería tener niños o no quería un hijo ahora? ¿Cómo se lo iba a tomar?

No puedo describir el vértigo que sentí cuando vi la segunda línea de color fucsia. De repente sentí un nudo en el estómago, y el corazón empezó a latir a mayor velocidad. Sentí como si el mundo se hubiera parado, como si todo lo que había sido mi vida hasta entonces estuviera a punto de desaparecer de golpe. Mirando las líneas rosas del test de embarazo, en mi cabeza se mezclaban imágenes de mi madre o alguna de mis tías cambiando pañales y dando de comer a mis primos pequeños. Esa iba a ser mi vida a partir de entonces sin que tan siquiera me hubiera planteado si era lo que quería.

Fue Beatriz la que me sacó de ese estado. Había olvidado que estaba junto a mí.

—No te asustes, no pasa nada, no se acaba el mundo —me dijo con firmeza y ternura a la vez—. Cambia esa cara, alégrate, que vamos a tener un bebé.

—Y eso me lo dice la que tiene diez años más que yo y ni quiere marido ni hijos, ¿verdad? —le repliqué con tristeza.

—Joder, Laura, estás haciendo un mundo de algo que para otras personas es maravilloso, y puede que para ti también. Lo mío es distinto, mi vida es distinta. —Me callé y me quedé mirándola fijamente, tenía ganas de llorar.

—Yo no tengo ni treinta años, no me he planteado siquiera si quiero tener hijos. Esto va a cambiar toda mi vida —le dije con un nudo en la garganta.

—Esto va a cambiar lo que tú quieras cambiar. Que no es fácil, ya lo sé. Pero no se acaba el mundo. Tienes una pareja que te quiere, vivís juntos, os va bien, sois felices y ahora vais a tener un bebé. ¿Que no lo esperabas? Bueno, no pasa nada, no es el fin del mundo, esto no es una desgracia.

Nos quedamos mirando como dos extrañas durante un minuto, sin que ninguna de las dos pronunciara una palabra. Beatriz sonreía de manera tensa mientras yo trataba de asimilar lo que acababa de descubrir. De pronto Beatriz se acercó y me abrazó. Sin decir nada me estrechó con fuerza, con mucha fuerza, como diciendo «no te preocupes», y yo sentí calma.

8

Pensé en llamar a Víctor para darle la noticia, pero finalmente decidí esperar a decírselo cuando estuviéramos los dos en casa. No me cuesta admitir que en parte tenía miedo por la reacción que pudiera tener respecto a lo que iba a comunicarle, no en vano iba a cambiar nuestras vidas. Éramos muy jóvenes y quizá tener hijos a nuestra edad no entraba en sus planes. En los míos definitivamente no estaba.

Víctor llegó a casa apenas una hora después que yo, pero durante ese tiempo no fui capaz de sentarme. Paseaba de un lado a otro, sin parar, y al mismo tiempo, sin hacer nada. Me movía sin sentido, entrando en una habitación y saliendo, para hacer lo mismo con la siguiente, y así hasta que me recorría toda la casa y de nuevo volvía a empezar.

Cuando Víctor entró por la puerta salí a su encuentro. No era habitual que yo saliera a recibirle, así que su cara fue de sorpresa cuando me acerqué a él sin dejarle avanzar y le di un beso.

—Hola —me dijo y me dio un beso—. ¿Pasa algo?

—Sí, sí pasa algo.

—¿Y? ¿Qué? —Víctor me miraba cada vez más sorprendido—. ¿Puedo pasar o me tengo que quedar en la entrada?

—Víctor, estoy embarazada —le dije de sopetón. Víctor abrió la boca y se quedó unos segundos sin decir nada—. ¿Me has oído? Estoy embarazada —repetí.

—Laura, pero eso es maravilloso —dijo casi gritando y abrazándome. Me soltó y comenzó a acariciarme la cara con los dedos.

Me abrazó de nuevo, me soltó, y de nuevo comenzó a acariciarme la cara con el dorso de las manos.

—Es una noticia estupenda. ¿Estás bien? ¿Cómo estás? —me preguntó con dulzura.

—¿De verdad? Estoy bien, bueno, me mareo por las mañanas, pero sobre todo estaba asustada, estoy asustada. No sabía cómo te lo ibas a tomar —suspiré—. Tengo un poco de miedo, o vértigo, no sé.

—¿Miedo de qué, Laura? No tienes que tener miedo

—Pero esto va a cambiar nuestra vida para siempre, Víctor.

—Bueno, que la cambie. Antes o después íbamos a tener hijos, resulta que ha sido antes.

—Pero nunca habíamos hablado de tener hijos —le repliqué.

—Y ya no tenemos que hacerlo, ¿viste qué sencillo?

Una de las cualidades de Víctor, que había descubierto en los tres

años que llevábamos juntos y que yo de alguna manera envidiaba, era la determinación con la que abordaba cualquier situación. Eso y su sentido práctico de la vida. A Víctor nada se le ponía por delante, y ante cualquier adversidad trataba de buscar de manera inmediata una solución. Yo, por el contrario, era una persona que antes de actuar le daba mil vueltas a las cosas. Víctor solía decirme: «No pienses tanto, que es malo», pero no podía evitarlo. Siendo él como era, a menudo a mí me resultaba cómodo descargar en él muchas de las decisiones que yo no me atrevía a tomar, o que seguía meditando una y otra vez. Si le comentaba a Víctor algo, podía decirse que ya estaba hecho.

Me costó mucho hacerme a la idea de que iba a tener un hijo, aceptar el hecho de que iba a ser madre. Imaginaba una y otra vez cómo podía ser mi vida una vez que el niño o la niña naciera, cómo me las arreglaría con el trabajo, si sería una buena madre, y así pasaba horas enteras del día y también de la noche cuando no conseguía dormir.

Lo que es cierto es que una vez que lo asumí sentí como si ese hubiese sido mi estado natural desde siempre. La primera visita a la ginecóloga, cuando escuchamos el latido del corazón del bebé, tanto Víctor como yo nos emocionamos. Recuerdo que salí de la consulta sintiendo que algo había cambiado completamente en mi cabeza. Ya no sentía miedo por mi futuro. A partir de ese momento solo me preocupaba que el bebé que llevaba conmigo, entonces diminuto, creciera y se desarrollara sin problemas, y naciera, y creciera, y fuera feliz.

A partir de entonces, sin volvernos locos, poco a poco empezamos a organizar la que iba a ser nuestra vida de padres. Teníamos que elegir cuál de las habitaciones queríamos que fuera la habitación del bebé, qué muebles íbamos comprar, si los muebles que elegíamos estaban disponibles o había que encargarlos. Y así fuimos estableciendo prioridades con las que elaboramos un calendario de todo lo que teníamos que hacer antes de que el bebé naciera.

Yo notaba que en mí iba creciendo un deseo cada vez más fuerte de tener al bebé, y el mismo deseo fue creciendo en nuestras familias. Cuando se lo comunicamos fue una sorpresa mayúscula para mis padres, pero sobre todo para los padres de Víctor, aunque enseguida pudimos comprobar que nada les hacía más felices que ser abuelos. En mi caso, además, era la única oportunidad que mis padres tenían de ser abuelos, ya que era hija única.

Nuestra vida cambió, ya que, si bien no dejamos de salir con nuestros amigos, sí dejamos de salir por la noche. En mi caso, dejé de beber alcohol. Las cañas con Beatriz se convirtieron en refrescos y tan solo me permitía una cerveza los sábados por la mañana antes de comer. A las semanas, cuando empecé además a notar los primeros

movimientos del bebé, me convertí en la persona más feliz de la tierra.

Como buena primeriza, que además no había tenido hermanos pequeños a los que cuidar, me dediqué a leer todo lo que encontraba sobre cómo cuidar a un bebé, desde que nacía hasta que cumplía el primer año. Víctor compartía conmigo las lecturas y yo imaginaba cómo seríamos cuando nos convirtiéramos en padres, unos padres jovencísimos y felicísimos. No quisimos saber el sexo del bebé, y barajábamos distintos nombres de chico y de chica. Como nos comentó la ginecóloga: «Si en algún momento queréis saberlo, solo tenéis que llamarme por teléfono».

Los meses iban pasando y, aunque yo seguía usando mi ropa normal, cuando estaba ya de veinte semanas, decidí ir a comprar ropa premamá, ya que intuía que en nada sería la única que podría usar. Era sábado por la tarde y Víctor y yo recorrimos varias tiendas. Volvimos a casa cargados de bolsas con ropa premamá y la primera ropa que compramos para el bebé, de color blanco.

9

A veces el destino se parece a una broma cruel. La noche que regresamos a casa con las primeras compras de ropa premamá me desperté de golpe. Me sentía rara, notaba que mi cuerpo no estaba como había estado tan solo hacía unas horas, pero no sabía qué estaba pasando hasta que empezaron los dolores en el vientre. Al principio no me asusté, ya me habían avisado que a menudo pasaba, que no debía preocuparme si no persistían en el tiempo, así que intenté relajarme respirando hondo como me habían enseñado e intenté dormirme de nuevo.

Mi doctora me había dado su número de teléfono móvil por si necesitaba llamarla en caso de urgencia, pero pensé que de momento no era necesario. Tampoco quise despertar a Víctor, que dormía a mi lado. Intenté relajarme y dormir, pero no era capaz. Los dolores se hicieron cada vez más intensos, hasta parecer cuchillos que se estuvieran clavando en mi tripa. Intenté levantarme de la cama para ir al baño, pero debí perder el conocimiento en el intento. Lo que sucedió a continuación me lo contaron unos días después.

Me desperté en el hospital, me sentía infinitamente cansada y me dolía mucho la cabeza. Víctor estaba sentado junto a mi madre en un pequeño sofá que había bajo la ventana de la habitación donde me encontraba. Hablaban muy bajito. Mi padre estaba de pie, a su lado, mirando por la ventana. Yo quería llamarles, pero el cansancio me lo impedía. Víctor miró hacia la cama, me vio despierta y se levantó para venir junto a mí. Por la expresión de su cara imaginé lo que había pasado. Mi madre se acercó y me acarició el pelo.

—Laura, cariño, ¿cómo te encuentras? —me preguntó mi madre.

—¿Lo he perdido? ¿He perdido el bebé? —pregunté con un hilo de voz que ni yo misma reconocía.

—El bebé venía mal, Laura, no ha tenido nada que ver contigo, pasa a menudo, los médicos te lo explicarán —la voz de Víctor era suave y parecía venir de muy lejos.

Yo le miré, no quería hablar. No quería hacer nada. Solo quería llorar. Cerré los ojos y giré la cabeza sobre la almohada.

Pasados unos días volví a casa. La ropa premamá que había comprado antes de perder al bebé aún seguía en la habitación, exactamente donde la había dejado la tarde que volvimos de las compras, colocada sin más en aquel momento en que ni tan siquiera podía imaginar lo que iba a ocurrir unas horas después. Cuando Víctor

se dio cuenta, quiso cogerla para sacarla de la habitación. «No te preocupes —le dije—. Déjala donde está. Que las cosas son como son y pasan como pasan».

Aunque físicamente me recuperé pronto y podía haberme incorporado al trabajo, anímicamente la pérdida me había cambiado por completo. Mi padre solía decirme que en la vida hay que ocuparse, que si estás ocupado te cuesta más estar preocupado, así que volví al trabajo para intentar seguir adelante, pero me había convertido en otra persona, una persona triste y apática. El trabajo se convirtió para mí en algo rutinario donde lo único que esperaba era el momento de salir para volver a casa. En casa, después del trabajo, muchas tardes lo único que hacía era ver la televisión. Perdí el apetito y las ganas de hacer cualquier cosa.

Era mediados de diciembre y la Navidad estaba presente por todas partes. Las luces en las calles ya estaban encendidas y a mí me parecía que las personas caminaban con prisa, como buscando algo que hubieran perdido. Solo imaginarme como ellas, como había sido yo en otras ocasiones, corriendo de tienda en tienda, de calle en calle, me hacía sentir peor. Siempre me había gustado la Navidad y todos los ritos que, año tras año, celebramos sin pensar, pero si hubiera podido adelantar el calendario hasta el siguiente febrero lo hubiera hecho.

Fue en una de las visitas a mi doctora, en una de las revisiones, cuando me diagnosticaron la depresión. Me dieron la baja de manera automática y me pusieron un tratamiento con antidepresivos. Admito que me costó mucho procesar el diagnóstico. Yo simplemente me veía a mí misma sin ganas de nada, pero pensaba que era natural y que con el paso del tiempo todo volvería a ser como había sido antes. Tampoco había tomado nunca antes antidepresivos.

Lo que sucede con los antidepresivos es que cuando empiezas a tomarlos te sientes tan bien, que parece que nada ha pasado, pero todo sigue ahí. Aunque yo tomaba antidepresivos, seguía sin ganas de hacer nada. Pasaba mañanas y tardes enteras tumbada en el sofá viendo la televisión, en el mejor de los casos películas o series. Otras veces, cualquier cosa que emitieran.

Pasaron dos meses y nada ni nadie conseguía que saliera de mi estado de tristeza profunda. Ni las Navidades, de las que apenas tengo memoria, ni las visitas de mis padres, que vinieron más a menudo que nunca a Madrid, ni Beatriz, que me llamaba o mandaba un mensaje cada día, y venía a verme varias veces por semana. A veces Víctor invitaba a Luis y Nazaré a venir a casa, con la esperanza de que yo me sintiera mejor. Él se encargaba de traer comida y bebidas, pero a mí me daba igual. Aunque externamente podía parecer que iba recuperando la alegría, en mi interior me sentía indolente.

Algunas tardes venía Nazaré a casa a estar un rato conmigo. Venía

sin avisar, tocaba el timbre, yo abría, siempre me traía pequeños detalles. Recuerdo que un día me regaló una cesta de mimbre llena de chocolatinas. Yo se lo agradecía, y le decía que no tenía que molestarse, pero en el fondo lo que pensaba es que no tenía que venir a molestarme a mí. No quería tener contacto con nadie, no me apetecía hablar con casi nadie.

Una de estas tardes que Nazaré llamó al timbre me quedé tumbada en el sofá y no abrí la puerta. Tenía la certeza de que se trataba de ella por la hora que era y porque Beatriz, la única persona que venía en días laborables a verme, siempre me llamaba con antelación para decirme que venía. Nazaré no solía llamar, al fin y al cabo, éramos vecinas de edificio, y aprovechaba cuando regresaba del trabajo para pasar por mi piso. Aquella tarde mientras oía sonar el timbre pensaba en lo desgraciada que me sentía y no entendía por qué los demás no eran capaces de entender cómo me sentía y me dejaban en soledad.

El timbre dejó de sonar y me levanté muy despacio, intentando no hacer ruido y por la mirilla de la puerta comprobé que ya no había nadie. Nazaré ya se había marchado. Volví al sofá y me tumbé de nuevo. Víctor llegó una hora después. Entró en el salón con una cesta llena de fruta. «Mira lo que había en la puerta, creo que es para ti, porque tiene una nota en la que pone "LAURA"». Me incorporé para quedarme sentada y vi la cesta llena de preciosas frutas tropicales. Cogí la nota y desdoblé el papel escrito a mano. «Laura, he estado llamando al timbre, pero debías estar dormida y no quiero molestarte. Espero que te gusten las frutas». Al leer aquello un sentimiento mezcla de ingratitud y pesadumbre vino a sumarse al resto de negros sentimientos que acumulaba en mi interior.

Estaba sumida en una especie de pozo del que me veía incapaz de salir, y, simultáneamente, cuando alguien intentaba lanzar una cuerda a la que pudiera agarrarme, la rechazaba con desafección. Me sentía paralizada, como si mis pies y mis piernas se hubieran hundido en un lodazal que me impedía moverme. La apatía se había convertido en parte de mí.

Nunca supe el sexo del bebé, así que nunca tuvo nombre, pero el vínculo que había establecido con él seguía ahí, perenne. En mi interior era como si el bebé hubiera nacido y luego hubiera muerto, así lo sentía. Y nada era capaz de consolarme por la pérdida.

Una de esas tardes en que estaba tumbada en el sofá viendo una película me desperté, algo me estaba haciendo cosquillas en la mano. Un bicho, pensé, y con la otra mano hice ademán de lanzarlo lejos. Era Víctor, que me hacía cosquillas con sus dedos para intentar despertarme.

—Laura, no puedes seguir, lo sabes, ¿no? —Yo le miré, pero no contesté—. Tienes que salir de este estado. Y tienes que ir a un

especialista. —Yo seguía mirándole sin hablar—. He pedido cita con una psicóloga que me han recomendado y quiero que vayas. Yo te acompaño. Tienes que volver a ser la que eras. Tienes que ir.

En aquel momento cualquier cosa que me hubiera dicho me habría causado la misma impresión que aquella pregunta, ninguna. Pero me dejaba llevar, como una autómata sin voluntad, así que asumí la voluntad de Víctor sin rechistar. No tenía preferencias, la indiferencia me guiaba. Y fue esa indiferencia la que permitió que me llevara a la cita con la psicóloga.

10

Estuve tres meses asistiendo a terapia. Recuerdo que el primer día hacía mucho frío a pesar de que ya era principios de marzo. Víctor me acompañó y estuvo conmigo en la sala de espera hasta que la psicóloga salió a buscarme. Esto me resultó bastante extraño, ya que normalmente cuando vas al médico es uno el que entra en la consulta, no es el médico el que sale a buscarte y te acompaña, como fue el caso.

Aquella tarde, mientras esperaba sentada en un sillón con Víctor sentado en el sillón junto al mío, una mujer amable y sonriente se acercó a mí y con voz tierna me dijo: «Laura, cuando quieras». Me levanté y la seguí, y me despedí de Víctor con una mueca de extrañeza en mi cara.

No tenía ningunas ganas de hablar, y mucho menos de contarle nada de mi vida a esa desconocida, pero como profesional que era, consiguió tirar la barrera que yo había levantado y comencé a responder a sus preguntas.

Yo no había ido a un psicólogo antes y, sinceramente, dudaba de que pudiera ayudarme en mi estado. Había perdido a mi bebé y eso me había sumido en una profunda tristeza que solo el tiempo podría hacer desaparecer. Pero, por otro lado, el hecho de estar frente a una desconocida que no sabía de mí más que lo que yo le permitía conocer, y que no podía juzgarme, hizo que una parte de mí decidiera desahogarse y contarle sin filtro todo lo que sentía en mi interior.

Ir a la sesión con la psicóloga se convirtió para mí en una especie de rito semanal de catarsis donde expulsaba todo lo que llevaba dentro, sabiendo que nunca saldría de aquellas cuatro paredes todo lo que yo desvelaba en voz alta. Y así, semana tras semana, fui notando que iba despertando poco a poco la parte de mí que se había quedado entumecida con la pérdida del bebé. Víctor solo me acompañó el primer día. Aunque insistió la segunda semana en acompañarme, o en llevarme y luego ir a buscarme, decidí que quería ir sola.

Había llegado la primavera y se notaba en la temperatura, el sol comenzaba a calentar. Cuando salía de la consulta, a eso de las siete de la tarde, seguía siendo de día. Veía a la gente ir y venir de las oficinas a sus casas, bajándose de un autobús o saliendo de una parada de metro, y recordaba momentos de mi trabajo antes de estar de baja mientras sonreía tenuemente.

En las últimas semanas, por influencia de mi madre, me había

aficionado a las plantas. Mi madre siempre había adorado las flores, las plantas, y se ocupaba del jardín de casa desde que yo tenía memoria. Solía decir que le venía de su abuelo, que durante su juventud fue jardinero, y le enseñó ese mundo desde que era pequeñita.

Uno de los fines de semana anteriores que habían venido a vernos mis padres, mi madre apareció con dos cajas llenas de plantas para la terraza. «Esta terraza es una pena —dijo—, con el sol que le da y no tenéis ni una planta». Así que se puso sus guantes de jardinera y empezó a plantar flores de todo tipo. «¿Me ayudas?», me preguntó.

Desde entonces, y como seguía de baja, dedicaba varias horas a la semana a cuidar de mis plantas, les hablaba cada día con mimo y le daba un informe diario a mi madre del estado de cada una. Cuidar de mis plantas no me daba ninguna pereza, todo lo contrario, me hacía sentirme mejor. «Tal vez podría dedicarme a esto», llegué a pensar en alguna ocasión.

Después de tres meses la doctora me había bajado la medicación. Yo me encontraba mucho mejor, y empezaba a tener ganas de hacer cada vez más cosas. Ir a la psicóloga empezó a parecerme un hastío.

El sol ya calentaba fuerte desde hacía varias semanas. Era finales de junio. Yo tenía consulta, y esa tarde no me apetecía ya contarle nada a la psicóloga. Sentada en su despacho repasaba mentalmente las flores de la terraza a las que había puesto abono, y las que faltaban por poner abono y tierra nueva. Ella hablaba, pero yo no escuchaba, no tenía ningún interés. Tendría que cambiar las begonias de sitio para que no le diera tanto sol, o quizá daba igual, el sol no les haría daño. Fue cuando escuché la pregunta: «¿Estás bien, Laura, me estas escuchando?». «Disculpa —respondí—, estaba distraída».

No quise decirle en ese momento que no iba a volver, que no veía ninguna utilidad en estar allí con ella, que prefería estar en la terraza con mis plantas, que quería seguir con mi vida, y dejar de verla formaba parte de ese proceso. Era consciente de que su ayuda había sido esencial en mi recuperación, pero ya no la necesitaba más. No más preguntas, no más contar mi vida. Y no volví.

Al salir a la calle sentí una ráfaga de aire en la cara. A mi alrededor me pareció que todas las personas caminaban con una especie de energía renovada, como si cada una de ellas tuviera un propósito, como si todo el mundo fuera feliz. Mientras cruzaba el semáforo para coger el coche que tenía aparcado al otro lado de la calzada, me sentí por primera vez en muchos meses distinta, viva, con ganas de hacer cualquier cosa. Volver a trabajar, volver a salir, volver a viajar. Pensé que me apetecía ir a la playa, tumbarme al sol, bañarme en el mar. Y me di cuenta de que estaba sonriendo porque me sentía bien.

Si hago memoria de los asuntos que tratamos en la consulta, me

doy cuenta de que el tema de la pérdida del bebé no fue el principal en ninguna de las tardes que compartimos charlas. Hablábamos de todo y de todos, sin filtros, como no había hablado antes con nadie y como nunca he vuelto a hablar con nadie.

Estaba en una consulta con una desconocida a la que quizá no volvería a ver nunca, y además tenía la certeza de que todo lo que pudiera contarle quedaría entre esas paredes para siempre, así que hablaba como si hablara solo conmigo, dentro de mi cabeza, o en voz alta, pero sin ningún testigo que escuchara lo que allí se decía.

La tarde que decidí no volver a la consulta llegué a casa más alegre y optimista de lo habitual y Víctor me preguntó si me había pasado algo especial, algo bueno. «Sí —le contesté—, que me quiero ir de viaje y que no voy a volver a la psicóloga. ¿Nos vamos el fin de semana a la playa?». Por primera vez en muchos meses sentí que la desidia que me había acompañado durante ese tiempo había desaparecido. Tenía ganas de hacer cosas, ganas de viajar, ganas de vivir.

Aunque al principio Víctor no estaba de acuerdo en que yo dejara la terapia, finalmente aceptó que no tenía intención de volver, así que todo lo que pudiera decir o hacer era inútil. Como la persona práctica que ha sido siempre, decidió emplear el esfuerzo en organizar el viaje que yo quería hacer a la playa en vez de intentar convencerme de algo que ya estaba perdido de antemano. De manera que nos fuimos cuatro días a Portugal.

Yo había viajado allí multitud de veces desde pequeña. Había ido con mis padres, algunas veces nos habían acompañado amigos de mis padres, y conocía prácticamente todo el país, de norte a sur, y de la costa al interior. Había pasado vacaciones de verano, fines de semana en invierno, puentes en primavera y en otoño. Mis padres adoraban Portugal y ese sentimiento también latía en mi persona desde que tenía uso de razón.

Víctor no había ido nunca allí antes de conocerme y tenía una imagen del país muy distinta de la que yo atesoraba en mi interior. Para él, según me contó después, la idea de Portugal era la de un lugar triste y gris donde no ibas a encontrar algo mejor de lo que ya podías tener en España. Le convencí para hacer nuestras primeras vacaciones de verano allí, y durante casi tres semanas le enseñé varios de mis lugares más queridos. Descubrir aquellos lugares le cambió la percepción que hasta ese momento había tenido de Portugal y de los portugueses, y me pidió que siguiera enseñándole todos aquellos pueblos y pequeñas ciudades que yo había conocido en los viajes con mis padres desde que era una niña.

Para mí Portugal significaba alegría y al mismo tiempo tranquilidad. Tranquilidad que sentía en las playas inmensas y casi

desiertas de turistas donde mi padre se bañaba a pesar de la fuerza de las olas y las advertencias de mi madre, a la que nunca vi más que acercarse a la orilla y mojarse los pies en aquel océano. La alegría venía con el recuerdo de los platos de mejillones que me comía siendo apenas una niña en los restaurantes donde íbamos cuando estábamos en la playa.

Yo siempre pedía mejillones, y cuando llegaban a la mesa acercaba mi cabeza a la bandeja para poder inspirar lo más profundamente que podía el olor a mar que estos desprendían. Mi madre me reprendía con cariño: «Laura, por favor, no metas la cabeza en la comida». Los mejillones me siguieron encantando durante mi adolescencia y juventud, en todas sus maneras posibles de ser cocinados. Y asociados a ellos, cada vez que acerco mi cabeza para aspirar su olor, sigo escuchando la voz de mi madre y su pequeña reprimenda.

De aquellas comidas en restaurantes junto al mar, a menudo en pueblos tan pequeños que podrían considerarse casi aldeas, tengo también el recuerdo de las primeras veces que intentaba hablar en portugués a las personas que nos traían lo que para mí eran auténticos manjares y nos explicaban pausadamente lo que íbamos a comer.

Del primer viaje con Víctor a Portugal hacía ya tres años, y desde entonces, al menos una vez al año, nos escapábamos allí cuando podíamos: un puente aquí, una semana allá. De esta manera Portugal se fue convirtiendo poco a poco en un escenario de nuestra historia juntos. Y allí volvimos cuatro días, sintiéndome yo casi recuperada, con ganas de viajar, de vivir, y de volver a comer mejillones.

11

A mi vuelta de Portugal me incorporé de nuevo al trabajo. Era comienzos de julio. Me habían ido bajado paulatinamente las dosis de la medicación que tomaba, y en breve ya no tendría que tomar nada. Yo me encontraba animada y con ganas de involucrarme en nuevos proyectos, aunque estábamos en vísperas de las vacaciones de verano y los proyectos nuevos comenzaban en septiembre. Aun así, me sentía feliz de haber vuelto al trabajo.

La última vez que me habían visto en la oficina yo estaba embarazada, ahora volvía, meses después, sin embarazo y sin nada que celebrar. Al entrar en mi departamento noté miradas de compasión acompañadas de medias sonrisas y holas varios. Una compañera se levantó y me dio la bienvenida y me dijo «lo siento» a

continuación. Yo tanto solo dije «gracias» y me senté en mi puesto. No tenía ganas de hablar del tema con nadie, y temía que alguien quisiera hablar de lo que había pasado en algún momento, pero supongo que era demasiado sensible para todo el mundo, porque nadie más hizo mención a lo que había pasado ni aquel día ni ningún día a partir de aquel.

Beatriz y yo volvimos a encontrarnos en la empresa, y retomamos nuestra costumbre semanal de ir a la taberna de Pelayo a tomar algo. Al estar con jornada intensiva, y no trabajar por las tardes, cambiamos las cañas de los martes por ir a comer allí, aunque fuera tarde. El horario no era un problema, pues la cocina en la taberna no cerraba. A las tres y media cuando llegamos no había menú, pero durante todo el día podías comer a base de tapas y raciones.

Entramos al local y nos dirigimos a la mesa donde habitualmente nos sentábamos. Desde que me había incorporado a la oficina después de la baja era la primera vez que salíamos juntas de nuevo. En realidad, era la primera vez desde que perdí al bebé —y de esto hacía meses— que íbamos a tomar algo juntas.

—¿Qué tal te ha sentado la vuelta? ¿Cómo te ves? —me preguntó antes de darle un sorbo al vaso de sidra que nos acababan de servir.

—Estoy bien, ya sabes que tenía ganas de volver a hacer cosas, trabajar, salir, me cuesta creer cómo he pasado todos estos meses de atrás. No me reconozco en la persona que se ha pasado meses tumbada en el sofá y viendo la tele.

—El caso es que ya es agua pasada, y tú te has recuperado. A veces la vida nos obliga a procesar más de lo que somos capaces. En tu caso me alegro de que pidieras ayuda, ayuda profesional, me refiero. No todo el mundo es capaz de hacerlo, a veces hasta negamos que la necesitamos

—Bueno, no sé si lo sabes —le contesté—, pero la idea no fue mía, sino de Víctor. Por una parte, me alegro de que prácticamente me obligara a ir —agregué y bebí de mi vaso de sidra—. Por otra, tengo esa especie de sensación de que se encarga él en muchas ocasiones de la vida de los dos.

—Al fin y al cabo, sois una pareja, se supone que estáis o deberíais estar el uno para el otro, sobre todo en momentos complicados como el que has pasado.

—Sí, lo sé. Y en ese sentido Víctor me cuida, sé que me quiere, pero a veces, y fíjate lo que te digo, aunque somos de la misma edad, siento como si fuera un padre para mí en muchos aspectos. No sé, bueno, da igual —me callé mientras nos colocaban en la mesa varios platos de los que se desprendía un olor tal que empecé a salivar en exceso. Cuando nos quedamos solas de nuevo continué—. En el fondo te digo que no me ha desagradado ir a la psicóloga. Supongo que me ha

ayudado más de lo que ahora soy capaz de valorar. Pero también te digo que dejé de ir porque ya no me apetecía seguir yendo.

—Pues ya está, dejemos ya el tema, que lo importante es que ya estás de vuelta, y eres la Laura de antes —dijo mientras me servía unas croquetas de Cabrales en el plato—. Ahora come, que, como diría mi madre, tienes que coger fuerzas.

Comimos y al café se unió Pelayo, que había venido a saludarnos mientras comíamos y nos preguntó si podía sentarse a tomar el café con nosotras. Ese día estuvo más cariñoso conmigo de lo habitual, pero no me preguntó nada, absolutamente nada. Se comportó como si nos hubiéramos visto el día anterior. A mí me extrañó y cuando habíamos salido del local, antes de que yo le preguntara nada a Beatriz, ella me dijo que se lo había contado, que había perdido el bebé y que había estado con depresión, y que esperaba que no me importara. Yo me quedé un poco sorprendida, pero Beatriz continuó:

—Te entiende mejor que yo, él también perdió un bebé hará como unos cinco años.

—Pero si no está casado ni tiene pareja, ¿no?

—Tenía pareja y perdieron el bebé. Nació muerto en la semana treinta y dos. Y se acabó la pareja. Yo la conocí, era muy buena chica, y hacían muy buena pareja, pero ya ves, nunca se sabe. No fueron capaces de superarlo juntos.

Yo estuve trabajando hasta mediados de agosto, en que cogí vacaciones. El viaje a Portugal que hicimos durante cuatro días en junio nos dejó con ganas de más, así que nos fuimos allí a pasar casi dos semanas.

Reservamos en un hotel donde yo solía ir con mis padres cuando era una adolescente. La playa estaba justo debajo. Salías del hotel, cruzabas el paso de cebra de la calzada de dos carriles de doble sentido, y estabas en las escaleras de bajada a la playa. Para llegar a la zona de la orilla había unas pasarelas de madera sobre la arena que recorrían los casi trescientos metros que separaban la orilla del mar del paseo.

La playa era inmensa, Víctor me reconoció que nunca había visto una playa tan ancha. Tenía varios kilómetros de largo, que llevaba hasta el espigón del antiguo pueblo marinero que se veía al fondo. Cerca de la orilla, pero separados como a unos cincuenta metros, estaban alineados en perfecta formación los toldos —esas encantadoras casitas de tela de rayas azules y blancas— y las sombrillas que dos señoras alquilaban a todos los que buscaban protegerse del sol y del viento. También había una zona donde se situaban todos los que llevaban sus propias sombrillas y lo que en Portugal denominaban *paraventos*.

Nosotros nos tumbábamos sin sombrilla ni toldo directamente con

la toalla sobre la arena. Una de las cosas más llamativas de esa playa, las primeras veces que uno iba, era el sonido que hacían las olas al romper en la orilla. Yo había ido a muchas playas, pero en pocas el rugido del océano se oía tan feroz. Si cerrabas los ojos, podías imaginar el sonido de las olas como si de la respiración de un gigantesco animal prehistórico se tratara. Cuando llevabas un tiempo dejabas de percibirlo, pero cada día, cuando me aproximaba a la orilla, la imagen del gigantesco animal venía a mi cabeza.

En la playa raro era el día que la bandera no era roja o amarilla, por lo que prácticamente nadie se bañaba. Sin embargo, la orilla estaba siempre llena de personas que mojaban sus pies en el agua, y que pasaban allí largos ratos hablando animadamente con otras personas que se aproximaban con la misma intención de refrescarse, y aprovechaban el agua de las olas que con violencia se adentraban en la arena. A veces, si la ola era demasiado fuerte, las personas salían corriendo hacia la arena. En otras, tenían que hacer equilibrios para no caer arrastradas por la fuerza de las olas y se agarraban unas a otras hasta que todo volvía a estar en calma.

Allí pasábamos las horas tumbados, leyendo, acercándonos a la orilla para refrescarnos y volviéndonos a tumbar. Nuestras vacaciones de playa siempre habían sido muy tranquilas, y esa playa en particular era especialmente tranquila, nunca se oía una voz, un griterío. Tan solo el sonido del océano.

A última hora de la tarde teníamos la costumbre de subir a tomar un *fino* a una de las terrazas que estaban en la playa, casi al lado del paseo. Ahí ya se percibía un ritmo distinto. En las mesas se mezclaban los que arreglados bajaban del paseo a tomar algo, y los que todavía con el bañador debajo de la ropa hacíamos una parada antes de subir a cambiarnos para ir a cenar.

Y fue en una de esas cenas cuando Víctor me preguntó lo que yo tanto temía que me preguntara en algún momento.

12

Pasear por el centro durante el día y pasear por el centro en la tarde noche era como pasear por dos ciudades distintas. Desde primera hora de la mañana hasta casi media tarde tan solo se veían algunas personas por aquí y por allí. Algunas venían del mercado, otras realizaban compras en alguna de las pequeñas tiendas que llevaban años abiertas y de las que uno se preguntaba cómo podían sobrevivir a tenor del escaso número de compradores. Las terrazas de bares y restaurantes parecían esperar pacientemente a que la noche llegara mientras acogían a clientes que llegaban con cuentagotas. La vida estaba en la playa, en el paseo marítimo y en sus alrededores.

Por la noche el centro era un bullicio continuo en todas las calles. Todas las terrazas y restaurantes estaban llenos y por todas partes veías colas de personas esperando su turno de reserva o esperanzados de que aún sin reserva pudieran sentarse en una de las mesas.

Nosotros habíamos reservado para cenar en un restaurante que habían abierto a principios de verano en un local que yo había conocido años atrás como librería-papelería. Recordaba haber pasado muchos ratos junto a mis padres observando los escaparates de su chaflán en los años que funcionaba como tienda. Ahora, nos explicaron, la dueña se había jubilado y los hijos habían decidido quedarse con el local para montar un bar restaurante. La ciudad había cambiado mucho desde que yo la había conocido, quince años atrás, y seguía transformándose poco a poco.

Por dentro el local seguía teniendo el aspecto antiguo de la papelería, los mismos estantes que ahora acogían por igual libros y botellas de alcohol y el mismo mostrador de madera ahora protegido por un cristal y reconvertido en la barra de bar. Rezumaba encanto por todas partes. Cuando pedías la cuenta, a la mesa te traían un libro. Al abrirlo, en su interior hueco es donde se encontraba el tique con el importe a pagar.

Habíamos ido a tomar unos *finos* unos días antes por la mañana para ver la carta y habíamos hecho una reserva para la primera noche que tenían una mesa libre. Y allí estábamos, en nuestra mesa en la terraza, observadores privilegiados de todo cuanto acontecía en la calle principal del centro, por la que pasaba todo el mundo en todas direcciones.

Nos trajeron la bebida y unos aperitivos con los que comenzaba su menú degustación y comenzamos a probar la comida. Estábamos

exultantes. Llevábamos ya una semana de vacaciones y, aparte de muy bronceados, nos sentíamos descansados y felices.

—Estás guapísima —me dijo Víctor muy bajito y silabeando las dos palabras—. ¿Cómo te sientes? ¿Te sientes totalmente recuperada? — Yo le sonreí.

—Supongo —respondí—. No sabría decirte, desde luego no me siento como me sentía hace unos meses, ya lo estás viendo con tus propios ojos.

—Lo veo —afirmó y tendió sus manos para coger la mía—. Y no sabes lo feliz que estoy. De hecho, quería preguntarte algo.

—Dime. —En ese momento me quedé desconcertada

—¿Qué te parece si intentamos tener un niño? Creo que después de lo que pasó sería algo maravilloso. —Yo me quedé callada, no sabía qué responder—. ¿Qué te parece? Di algo —agregó con una sonrisa nerviosa—. Di que sí. —Enarqué las cejas y sonreí en una especie de mueca antes de responderle.

—Es que… no sé si quiero tener un niño, no sé si quiero quedarme embarazada. Reconozco que no esperaba esta pregunta. De todas maneras, es algo que tendríamos que hablar, lo de tener niños, me refiero. Porque antes de lo que pasó no lo habíamos hablado nunca.

—Pues por eso lo estoy hablando ahora —la voz de Víctor seguía teniendo un tono almibarado—. El año pasado ninguno esperábamos ser padres, pero luego estábamos los dos encantados. Yo ahora te digo que me encantaría que lo intentáramos, que yo me he dado cuenta de que quiero ser padre, que quiero tener una familia, casarnos.

Yo volví a quedarme en silencio. Seguía sin saber qué responder.

—¿Puedo pensarlo durante un tiempo? —pregunté.

—Perdona, Laura, pero no entiendo qué tienes que pensar. ¿No sabes si quieres tener una familia conmigo? —respondió en forma de reproche y con un tono que de repente se tornó brusco.

—No es eso, es que… —Víctor me interrumpió con brusquedad, aunque sin levantar la voz.

—De verdad, créeme que no te entiendo. Cada día te entiendo menos. Si no quieres una familia conmigo, ¿qué estamos haciendo juntos? Después de cuatro años viviendo juntos, ¿qué puedo esperar? ¿Tengo algún derecho a saberlo?

—Víctor, no te lo tomes así. —Mi perplejidad iba en aumento y tenía ganas de levantarme e irme, pero intenté hablar calmada y en voz baja—. Solo te digo que tengo que pensar lo del niño, ahora. No sé si quiero ser madre, ahora. Somos muy jóvenes todavía. Y no he dicho en ningún momento que no quiera tener una familia contigo — mi tono también se había vuelto recriminatorio—, pero todavía no ha pasado ni un año desde que perdí al bebé, por si no te habías dado cuenta.

Víctor me miró fijamente y no respondió. Nos quedamos los dos callados y nos comimos lo que nos habían servido. El resto de la cena se impuso un silencio atronador, y apenas nos miramos hasta que terminamos de cenar. Cada uno miraba en una dirección y solo hablábamos con los camareros que nos iban trayendo el resto de comida.

Pagamos, nos levantamos y nos dirigimos al hotel sin tan siquiera preguntarnos si eso era lo que queríamos. Al llegar a la habitación seguimos sin hablarnos. Tan solo cuando nos íbamos a meter en la cama Víctor me dijo «buenas noches» y se acostó. Yo sentí que entre nosotros se acababa de abrir una fisura para la que no tenía referencias anteriores. Antes de acostarme estuve un rato mirando por el ventanal de la habitación la playa y el paseo, por donde caminaban grupos de amigos y alguna que otra pareja. Me sentí desolada.

Durante el rato que estuve mirando por la ventana me debatí entre acercarme a hablar con él —si estaba dormido le despertaría— e intentar acortar la distancia que se había creado entre nosotros de repente, o dejar pasar la noche y esperar a la mañana, que probablemente nos haría ver a los dos la situación de otra manera. Decidí que era mejor no seguir hablando del tema, que por la mañana esta bronca tonta que había surgido se habría diluido. Me acosté e intenté dormirme.

13

El día amaneció con una niebla espesa, allí era bastante habitual. La niebla entraba desde el mar y lo cubría todo hasta que el sol iba obligando a la niebla a levantarse y entonces el día se llenaba de luz y de calor. Como todos los días, bajamos a la terraza de una cafetería que estaba en el paseo, a dos minutos andando desde el hotel, a desayunar. Aunque teníamos desayuno en el hotel nos gustaba desayunar al aire libre y, además, el café y las *torradas* de la cafetería eran mucho más ricas.

Cuando me desperté, Víctor ya se había levantado, el sonido de la ducha venía desde el cuarto de baño. Me levanté y me acerqué al ventanal. Me quedé ensimismada mirando un grupo de deportistas que estaban en la playa haciendo estiramientos. A mí lo único que me apetecía en ese momento era una ducha caliente y un café con tostadas. Víctor salió del baño recién duchado, se acercó a mí y me dio un beso después de decirme «buenos días». Le respondí y me fui a la ducha.

Mientras bajábamos en el ascensor me di cuenta de que no habíamos intercambiado más que los buenos días, así que intuí que quizá seguía enfadado o molesto por lo que había pasado la noche anterior. Nos sentamos en la terraza de la cafetería y vino, como cada mañana, la mujer que nos atendía cada día, tan sonriente y servicial como siempre. Los deportistas que había visto desde la terraza haciendo estiramientos ahora realizaban carreras cortas de un lado a otro sin parar.

Como cada mañana, nuestra mesa se llenó con el zumo de naranja recién exprimido que tomaba siempre Víctor, dos platos con dos grandes *torradas* cada uno, un platito con dos pasteles de Belém, y las dos primeras *bicas*. Yo siempre terminaba pidiendo una o dos más.

Casi habíamos terminado de desayunar y prácticamente no nos habíamos dirigido una palabra. Yo empezaba a encontrarme incómoda y triste a partes iguales. No entendía por qué Víctor seguía comportándose así. Para romper el hielo se me ocurrió llamar su atención con los deportistas.

—¿Has visto? Llevan más de una hora haciendo deporte, cuando me levanté estaban con los estiramientos. —Víctor miró al grupo, pero no contestó—. Víctor, ¿estás enfadado conmigo por lo de anoche? Es que no entiendo que no me hables.

—Laura, no estoy enfadado —me respondió con un deje de tristeza

en la voz, miró a la playa y volvió a fijar su mirada en la mía—, simplemente que desde anoche no sé qué puedo esperar de ti, de nuestra relación.

—Víctor, yo solo te he pedido tiempo….

—Déjame explicarte, por favor —me interrumpió—. Lo que te dije anoche es lo que pienso y lo que quiero, casarme, tener hijos, formar una familia. Hasta ahora no me había planteado que tú no pudieras querer lo mismo, pero por otro lado me doy cuenta de que somos dos personas, y que tú puedes tener otros objetivos distintos. Entonces, no estoy enfadado, pero me siento triste. Sinceramente ayer pensé que me dirías que sí, que quieres que tengamos un hijo, que quieres casarte, pero me encontré con algo parecido al día que te dije que compráramos la casa.

—Víctor, lo de la casa es distinto, y al final la compramos.

—Bueno, para mí es todo parte de un todo. Al final yo tengo claro lo que quiero y me entristece pensar que puede que tú no quieras lo mismo.

—Solo te he pedido tiempo para pensar lo de ser madre ahora. No te he dicho que no quiera tener hijos, pero no sé si quiero tenerlos ahora —repliqué. Víctor me miró y sonrió.

—¿Sabes qué, Laura? Nos quedan dos días de vacaciones, no los estropeemos. Cuando volvamos a casa hablamos tranquilamente, ¿te parece?

Tal y como Víctor propuso dejamos aparcada la conversación. Ambos sabíamos que aquello iría más lejos, pero no era el momento ni el lugar. Los dos días restantes hubo más silencios que palabras. Para prevenir cualquier otra discusión azarosa que pudiera surgir, nos tratamos con más habilidad que de costumbre, como queriendo evitar algo que los dos adivinábamos que ya se había producido.

Las seis horas de viaje de vuelta en coche a Madrid apenas hablamos. Durante el trayecto yo me dediqué a mirar por la ventanilla o dormitar, mientras él escuchaba la radio o ponía música. Yo no dejaba de pensar qué había hecho o qué no había hecho para que hubiéramos llegado a esa situación. Si hubiera podido viajar en el tiempo desde el asiento de aquel coche, me hubiera trasladado a algún lugar de mi infancia, junto a mis padres, donde nada me parecía tan complicado. Ahora todo me parecía complejo y me sentía infeliz.

Llegamos a Madrid. La casa, cerrada durante dos semanas, acumulaba un calor que necesitó del aire acondicionado y todas las ventanas abiertas al mismo tiempo para volver a ser habitable. Víctor deshizo la maleta, fue a por una cerveza y se sentó en el sofá buscando en la tele algo que ver. Yo seguía sin saber qué hacer. Me apetecía gritar.

Salí a la terraza y comencé a examinar el estado de las plantas y las

flores. El riego automático que habíamos dejado programado parecía que había funcionado. Tan solo una alegría parecía estar desmejorada, y parecía que era por exceso de agua. Una vez que repasé todas las macetas me tumbé en una de sillas que teníamos que se convertían en una especie de hamaca y me recosté. De nuevo quería gritar, o salir corriendo, hacer algo. Pero no soportaba continuar así. Me levanté, entré en casa, cogí el teléfono y llamé a Beatriz.

14

A Víctor y a mí nos costó un par de días aparcar nuestro malestar, cada uno tenía el suyo y por distintas razones. De nuevo nuestra vida volvió a ser como la vida que yo reconocía, con sus rutinas y sus lugares comunes, nuestros lugares comunes. Víctor no volvió a sacar el tema que nos había costado un silencio de una semana, y yo no iba a ser quien rompiera la placidez que habíamos vuelto a recuperar. Pero en el fondo, en mi interior, yo tenía la certeza de que algo se había roto y que nada era igual que antes, aunque exteriormente lo pareciera.

A pesar de que tan solo llevábamos cuatro años viviendo juntos, de golpe sentí que nuestra pareja se había transformado en una especie de pareja mayor, una de esas parejas donde ya nadie discute y todo les parece bien a los dos. Donde se discute solo por nimiedades, sin llegar a una gran discusión, pero nadie habla de lo que verdaderamente siente.

Muchas veces me sentí tentada, cuando mi madre me llamaba por teléfono —que era prácticamente a diario— para ver qué tal estaba, de preguntarle si ella había pasado un momento en la relación con mi padre como el que yo estaba viviendo. Pero nunca le pregunté. Supongo que a todos nos cuesta contar nuestras miserias.

Yo intentaba no pensar en lo que había pasado en nuestras vacaciones en Portugal, pero era como intentar que un gato no juegue con un ovillo de lana. Mi cabeza repasaba una y otra vez la conversación que habíamos mantenido en el restaurante y que nos había llevado a la situación en que ahora estábamos, e intentaba encontrar el preciso momento en que todo se había resquebrajado, pero por más que repasaba no lograba hallar el porqué de todo lo que a continuación había sucedido.

Tan solo una cosa me había quedado clara, Víctor me había dicho con claridad lo que él esperaba de nuestra pareja: una familia e hijos. Y yo, que nunca hasta ese momento había pensado qué es lo que quería, sino que tan solo me había ido dejando llevar, no sabía lo que quería. ¿Hijos? Puede ser, pero ahora no. ¿Una familia? Por qué no, pero ¿a qué se refería Víctor con una familia? ¿Acaso nosotros dos no éramos ya una familia?

Como tantas otras veces, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a todo. Me hubiera encantado poder tener la capacidad de dejar todo a un lado y seguir con mi vida, sin preocupaciones, sin noches sin

dormir, pero tengo que reconocer que no fue posible.

Antes de incorporarme de nuevo al trabajo después de las vacaciones, pasé horas hablando con Beatriz por teléfono. Beatriz tenía toda la paciencia del mundo cuando yo la llamaba para desahogarme. Me sentía sola por primera vez en mi vida. Una sensación que yo no conocía. Siempre me había considerado a mí misma una persona solitaria. Era hija única y estaba más que acostumbrada a pasar horas, tardes y días yo sola, o con la compañía de mis padres. Pero esta vez era distinto. Esta vez me sentía sola incluso cuando estaba con Víctor. Pasaron las semanas y volvió la rutina del trabajo y los fines de semana con amigos, pero nuestra relación no volvió a ser como era antes del verano.

El aire fresco anunciaba el comienzo del otoño, yo acababa de llegar a casa y salí a la terraza a contemplar la puesta de sol y hacer un repaso por el estado de las plantas. Desde que mi madre las había traído, cambiando el ambiente de la terraza, se habían convertido para mí en algo muy preciado, a lo que no me importaba dedicarle tiempo. Más con intuición que con conocimiento las cuidaba, y revisar su estado a diario se había convertido en una rutina que me proporcionaba calma y felicidad, aunque no sabía explicar por qué.

La esfera solar, amarilla casi blanquecina, seguía descendiendo en su camino hasta encontrarse con la silueta de la sierra que se perfilaba en el horizonte. Alrededor del sol la gama cromática iba del amarillo al naranja incluyendo un leve rosado, en un par de meses a esa hora ya sería noche cerrada, adiós a los cielos naranjas, rosados y rojizos. Entonces la vi. Apoyada contra la pared, una funda negra escondía en su interior probablemente una bicicleta, aunque también podía ser una moto. Me acerqué y abrí la cremallera y comprobé que era una bici de montaña, o eso me pareció a mí. Me quedé pensando desde cuándo estaba ahí esa bicicleta. Ya no recordaba si el día anterior había salido a la terraza y no la había visto, o hacía días que no salía a la terraza y por eso no la había visto. «Cuando llegue Víctor le preguntaré», pensé.

Cuando Víctor entró en casa ya era noche cerrada, casi la hora de cenar. Habitualmente no llegaba tan tarde de trabajar. Me saludó y fue directamente a la habitación. «Voy a darme una ducha, estoy agotado», dijo. La impaciencia iba creciendo dentro de mí. Quería preguntarle por la bici, quería preguntarle por qué había llegado tan tarde, quería preguntarle por qué no me había besado al entrar en casa. Pero para no seguir pensando de manera obsesiva, me fui a la cocina y abrí los armarios buscando algún ingrediente que me inspirara para preparar algo de cena.

Estaba cocinando cuando entró Víctor en la cocina.

—Qué bien huele. —Su pelo estaba todavía húmedo después de la

ducha.

—Gracias. ¿Me das un beso?

—Claro —contestó—. ¿Por qué no te iba a dar un beso?

—No sé, no me lo has dado al entrar en casa —respondí.

—Ni me he dado cuenta, venía pensando en darme una ducha, estoy reventado.

—¿Y la bici que hay en la terraza? ¿Es tuya?

—¡Ah, sí! ¿La has visto? —respondió con entusiasmo.

—Eh, sí, la acabo de ver. ¿Desde cuándo la tienes?

—La he comprado hoy. A la hora de comer he ido con Luis a comprarla y la he traído a casa.

—No sabía que querías empezar a salir en bici.

—Bueno, voy a probar. Supongo que tendré que ir cogiendo fondo.

—¿Y vas a salir solo o vas a salir con Luis?

—Con Luis, él sale con otros tres amigos los domingos por la mañana desde hace unas semanas, y voy a ir con ellos.

—Ah, muy bien.

—¿Te parece mal?

—No, no, para nada, simplemente que me ha sorprendido, no sé, no me lo habías comentado —dejé la conversación en ese punto, pensé que no merecía la pena seguir hablando. Algo había cambiado en nuestra relación, esto era una confirmación.

Quizá en cualquier otra pareja esto no hubiera sido una señal de nada, no habría tenido ningún significado, pero Víctor y yo habíamos tenido una relación en la que nos contábamos hasta lo más mínimo, lo más nimio, lo más insignificante. El hecho de que después de la discusión en las vacaciones él hubiera decidido salir los domingos por la mañana a montar en bici con Luis y hubiera comprado la bici sin habérmelo comentado en ningún momento era otra muestra de que algo se había roto en nuestra relación. Y de nuevo estaba Luis en medio. Igual que cuando Víctor decidió que compráramos la casa sin consultar conmigo.

15

Nadie mejor que uno es capaz de percibir esos pequeños detalles que pasan desapercibidos para el resto y que confirman que están sucediendo cambios en su pareja. En nuestro caso, puede que algún observador externo hubiera podido pensar que nuestra pareja era idílica o que estábamos en nuestro mejor momento. Esto demuestra cuán equivocados estamos a menudo cuando creemos conocer a las personas que nos rodean.

Compartimos tiempo con parejas amigas, los vemos reír, besarse, agarrarse al caminar por la calle y pensamos, a veces con envidia, que su relación es mejor que la nuestra, pero en el fondo qué sabemos de nadie, de su verdadera intimidad, de lo que sucede cuando están los dos solos.

Víctor y yo, a ojos de las personas que nos rodeaban, éramos en aquel momento una pareja ejemplar. Habíamos superado la pérdida de nuestro hijo y habíamos sido capaces de seguir adelante. Entre nosotros, en los últimos tiempos todo eran palabras amables, un intercambio de frases pronunciadas con tanta cortesía que por momentos me hacía temer que podíamos encontrarnos en el comienzo del fin de nuestra historia.

Nuestra relación, después de la discusión en Portugal, se había transformado de tal manera que yo era incapaz de reconocerla. Éramos dos personas tratándose con tanta amabilidad como si fuéramos extraños compartiendo espacio, gastos y relaciones de amistad, pero sin un ápice de complicidad que recordara tiempos pasados. No solo la complicidad había desaparecido, también el anhelo físico que siempre habíamos mantenido el uno hacia el otro. Todo había quedado reducido a un beso por la mañana, un beso por la noche, un beso siempre que nos veíamos, y así un día y otro día y otro día.

Yo notaba que la desazón iba creciendo en mi interior, e incluso hubo algún momento en que recordé las sesiones con la psicóloga y pensé que quizá volver a verla y contarle lo que estaba sucediendo en mi relación podía ayudarme a poner en perspectiva lo que estaba pasando.

A veces me sentía culpable de la situación, al fin y al cabo, era yo, según Víctor, la que no quería tener hijos, la que no tenía un plan para nuestra vida de pareja. Pero al mismo tiempo, después de que este tipo de pensamientos me invadiera, la sensación de que tenía todo el

derecho a elegir qué quería hacer con mi vida, si quería ser madre o no quería ser madre se superponía a lo anterior, dejándome con un sentimiento de angustia y ansiedad por lo que pudiera suceder con nuestra relación.

Quería poder hablar con Víctor tranquilamente, y trataba de idear cómo entablar una conversación donde pudiéramos charlar en calma, donde pudiéramos escucharnos el uno al otro sin juzgarnos al mismo tiempo, pero fui capaz de encontrar el momento adecuado.

Quería creer que cualquier pareja pasaba por estos mismos periodos o parecidos, e intentaba imaginar cómo harían para sobreponerse y poder seguir adelante. Cómo lo habrían hecho mis padres, por ejemplo. Quizá debería preguntarles, abiertamente. Ellos siempre habían estado ahí para mí. Siempre me habían apoyado. Pero no, no me atrevía. Quizá más adelante. Quizá si daba un poco más de tiempo todo se iría solucionando por sí mismo.

Aunque era martes y Beatriz y yo teníamos nuestra tarde de cañas para ponernos al día, le pregunté si quería que fuéramos a comer donde Pelayo. Mi ansiedad iba en aumento y me daba cuenta de que necesitaba contarle a alguien lo que estaba sintiendo, y quién mejor que Beatriz. Por supuesto me dijo que sí. Beatriz sabía leerme como nadie, si yo le pedía que fuéramos a comer, sabiendo que por la tarde estaríamos juntas, es que algo había pasado.

Cuando llegamos a la taberna, Pelayo ya estaba moviéndose entre las mesas tomando comandas. Nos saludó con una sonrisa franca desde la distancia, y nos hizo una seña de que enseguida nos atendía. La taberna olía maravillosamente bien, pero sin llegar a atosigar. Olía a guiso casero cocinado a fuego lento, noté que mi estómago comenzaba a moverse, a la vez que mi hambre se desataba después de haber estado unos días inapetente.

Pelayo se acercó a nosotras, que ya estábamos tomando unas sidras en la barra y nos acompañó a la mesa. Cariñoso y cercano como siempre, nos tomó nota a la vez que nos preguntaba qué tal estábamos.

—Me alegro de veros en mi casa. ¿Todo bien?

—Todo bien —respondió Beatriz—. ¿Tú qué tal? ¿Qué tal por aquí?

—No me quejo, la taberna va cada vez mejor, aunque yo cada día curro más. La verdad no sé si es lo que quería, cualquier día cierro la puerta y me subo a mi tierra.

—No me jodas, Pelayo, que eres más de Madrid que yo, tu tierra es esta.

—Pues me debo estar haciendo mayor, porque cada día me cansa más todo. —Y se giró para mirar el ruido de cristales rotos que procedía de la barra—. A tomar por culo, otros vasos nuevos que tengo que comprar, si tuvieran que pagar lo que rompen —nos dijo en

voz baja para después resoplar—. Bueno, voy a llevar la comanda y pido que os traigan una botella de sidra. Hoy la sidra va de mi cuenta, que me hace feliz veros. —Y se alejó con su andar firme y decidido.

Beatriz elevó el vaso buscando el mío para brindar.

—Por nosotras.

—Por nosotras —repetí.

—Bueno, a ver, cuéntame qué te pasa, porque algo te pasa para que estemos comiendo hoy cuando en unas horas estamos de nuevo juntas. —Y vació de un trago la sidra que tenía en el vaso.

—No sé por dónde empezar, la verdad.

—Pues empieza por el principio, Laura.

Resoplé.

—Este verano, cuando estuvimos en Portugal, una de las noches que estábamos cenando en una terraza, Víctor me preguntó si quería tener hijos y yo le contesté la verdad, que no lo sé. —Beatriz me miraba en silencio, atenta, sin moverse ni apenas pestañear—. A partir de ese momento, no me preguntes cómo, la conversación se fue embrollando. Víctor vino a decirme que parecía que yo no quería tener una familia con él, como que no apostaba por lo nuestro, que no quería tener hijos, que cuando compramos la casa parecía que yo no la quería, y al final, pues, terminamos enfadados, sin hablarnos —me callé mientras nos dejaban en la mesa una botella de sidra y un plato con quesos, cuando nos quedamos solas de nuevo, seguí hablando—. Así hemos llegado hasta el día de hoy, que no es que estemos enfadados o sigamos sin hablarnos, pero todo ha cambiado. Todo.

—¿En qué sentido ha cambiado todo? —preguntó Beatriz mientras cogía un trozo de queso y se lo llevaba a la boca.

—¿Ves cuando notas que hay como una calma tensa porque todo el mundo está como cuidando de no hacer algo que pueda hacer explotar la situación? Pues algo así. Víctor está muy cariñoso conmigo, pero en la distancia. Como puede estar cariñoso, yo qué sé, Pelayo mismo. Ya no tenemos esa complicidad, esa relación que teníamos. Compartimos cama para dormir, nos damos un beso por la mañana, otro por la noche, comemos juntos, cenamos juntos, todo fenomenal.

—Ya —me dijo Beatriz muy seria—, todo fenomenal, pero todo es una mierda de mentira.

—Tal cual, Bea. Y yo no sé qué hacer, porque parece que la culpa es mía porque no quiero tener ahora un hijo. Me gustaría que volviéramos a hablar con calma del tema, pero me da miedo empezar la conversación y que tengamos una gran bronca.

—A ver, por partes. ¿Tú no quieres tener hijos o no quieres tener hijos ahora?

—Es que no lo sé, Bea. Ahora no quiero, pero ¿cómo puedo saber lo que voy a querer en dos o cinco años? Solo tengo veintisiete años. Le

he dicho que me dé tiempo para pensarlo. Somos muy jóvenes.

—Vale. Otra pregunta. ¿Tú de verdad te sientes culpable?

—En parte sí, en parte no. No me siento culpable por no querer lo que quiere Víctor, pero en el fondo pienso que quizá la relación se vaya a la mierda por mi culpa.

—Bueno, a ver, tú quieres mi opinión, ¿verdad?

—Claro.

—Muy bien, pues de momento empieza a comer, que ahora voy a hablar yo. Lo primero, culpabilidad cero. Tienes todo el derecho a querer lo que quieres, incluso aunque no sepas por qué. —Yo intentaba llevarme la comida a la boca sin dejar de mirarla—. Come, come, no te preocupes, que yo sigo. Lo segundo, si la relación se fuera a tomar por culo, y escúchame bien, pues por muy duro que sea, que se acabe, pero tú estás por delante de la relación.

—Eso es muy fácil de decir, Bea. Llevamos cuatro años viviendo juntos. ¿Tú has vivido tanto tiempo con alguien?

—¿Y? —me contestó desafiante—. Mira, te lo has ganado, te voy a confesar algo que no cuento a nadie. —Yo dejé el cubierto en el plato esperando la confesión expectante—. Yo estuve casada, Laura. —Mis ojos se abrieron con sorpresa—. Sí, ya lo sé, no te lo había contado nunca. Tengo treinta y siete años, llevo ocho años viviendo sola, pero yo estuve casada dos años. Me casé a los veintisiete, los años que tú tienes ahora, y me separé con veintinueve. —Yo no sabía ni qué preguntarle, así que dejé que continuara—. Llevábamos cuatro años saliendo y decidimos casarnos e irnos a vivir juntos. Yo me di cuenta desde el principio que esa forma de vida no era para mí. Entiéndeme bien, no te estoy contando esto para que te separes, sino que quiero contarte mi experiencia. Me costó dos años entender qué es lo que yo quería. Bueno, miento, eso lo entendí casi desde el principio. Lo que me costó dos años fue reunir el valor de enfrentarme a lo que yo quería y tomar la decisión de seguir ese camino. Porque a veces sí tenemos claro qué es lo que queremos, pero nos falta el coraje para hacer lo que tenemos que hacer.

16

Recuerdo ese momento, y me doy cuenta de que uno nunca termina de conocer a nadie, conocer hasta el último detalle de su vida. Hasta aquel momento yo pensaba que sabía todo de Beatriz, y por todo me refiero a lo más importante de su vida. Pero no, no lo sabía todo, y eso me hizo pensar que muchas veces creemos conocer en profundidad a alguien que forma parte de nuestra vida, pero en el fondo desconocemos aspectos esenciales de la suya.

Después de varios años compartiendo confidencias con Beatriz, descubrir de repente que había estado casada, sin que en ninguna ocasión anterior me lo hubiera contado, me causó una cierta conmoción. En aquel momento no supe si interpretarlo como una falta de confianza. Pero no, no era eso.

Beatriz me había revelado secretos acerca de ella que yo ignoro si sería capaz de contar a nadie si esos secretos me hubieron tenido a mí como protagonista. Y, sin embargo, hasta entonces, no me había revelado nada respecto a su boda. No lo entendí. Pensé que ella tendría sus razones para no haberme hecho partícipe de esa parte de su vida, y que aquel no era el momento de pedirlas. Yo también mantenía muchos aspectos de mi vida en un lugar al que no permitía acceder a nadie.

Yo seguía escuchando a Beatriz, en silencio, confundida y admirada a partes iguales.

—No te digo que no quisiera a mi marido. Y, por favor, Laura, entiéndeme bien, que de verdad esta perorata no tiene como objetivo que te separes. Pero sí tiene un objetivo, y es hacerte ver que tienes derecho a elegir y vivir la vida que tú quieras. Y que tú y solo tú eres la que debes decidir el precio que estás dispuesta a pagar por esa vida. Yo tuve claro que prefería estar sola. Me separé de Daniel, queriéndole. Pero yo no quería esa vida. Mi independencia valía más y estuve dispuesta a pagar el precio. Me separé, con dolor. No fue fácil. Lo pasé mal, pero estaba convencida de que era lo que quería.

—¿Nunca tuviste dudas?

—Pues claro que tuve dudas, muchas. Mucho tiempo. Pero no puedes vivir pensando en que te puedes equivocar, porque es que siempre te vas a equivocar. En algún momento todos nos equivocamos. ¿No has oído lo de unas veces se gana y otras se aprende? No es fácil saber muchas veces lo que uno quiere, pero a veces uno sí sabe lo que no quiere. Yo sabía lo que no quería.

—No sé, Bea, yo no soy como tú. Tú eres una persona decidida, tienes todo claro en tu vida. Yo siempre estoy pensando, siempre estoy dudando. Me dejo llevar porque muchas veces no sé qué decidir.

—No, cariño, no. No te compro esa moto. Te dejas llevar porque te da miedo elegir y equivocarte. Pero es la vida, ¡eh! ¿Lo sabías? Y te insisto, que no te estoy diciendo lo que tienes que hacer. Lo único que te digo es que tienes que encontrar lo que quieres. Y yo no tengo todo claro, pero me atrevo a tomar decisiones.

—¡A ver! ¿Cómo vais por aquí? —la voz de Pelayo rompió la intensidad del momento. Yo hasta había olvidado que estábamos comiendo en la taberna—. ¿Un postrecito y un café para hacer más llevadera la vuelta a la oficina? Que luego vendréis otra vez, ¿no? Que es martes.

—Lo que quieras, Pelayo, corazón, tráenos unos cafelitos y una cosita dulce para las dos. Es que da gusto cómo nos cuidas. ¡Cómo para que te vayas y cierres! ¡Anda! —le replicó Beatriz y Pelayo se fue con una sonrisa llevándose algunos platos sucios de la mesa. Yo miraba a Pelayo mientras se alejaba de la mesa, y noté que Beatriz me agarró con cariño el brazo—. Ojalá pudiera darte una solución, pero no la tengo, Laura —me dijo volviendo al tono entre solemne y cariñoso de antes—. Solo puedo decirte que aquí estoy, y que estaré contigo, pero que eres tú la que tienes que hacer tu camino.

—Si fueras yo, ¿tú hablarías con Víctor?

—Ahora es muy fácil que te conteste, así que la respuesta puede ser tramposa. Decide tú lo que quieres, y lo que decidas, bien decidido estará. Oye —añadió—, y yo también estaré.

El camino de vuelta a la oficina yo iba muy silenciosa. Había acudido a Beatriz buscando respuestas y no solo no las había encontrado, sino que ahora me encontraba en la encrucijada de enfrentarme a mis propias decisiones y mis propios miedos. Pensaba que tenía que hablar con Víctor, no podíamos seguir como estábamos. Pero antes de hablar con él…. Antes de hablar con él tenía que pensar qué es lo que quería de verdad. Tenía que pensar qué quería hacer de mi vida. Me sentía confusa, perdida.

Beatriz me había hecho reflexionar sobre algo en lo que no podía por menos que darle la razón. Nunca había pensado qué quería hacer con mi vida. Hasta ese momento todo había ido sucediendo como por azar, y yo me había ido dejando llevar. Como nunca había tenido una vocación profesional, estudié lo mismo que había estudiado mi padre, que me gustaba, sí, la física siempre me había gustado, pero nunca me había planteado qué quería hacer al terminar los estudios. Y al terminarlos conocí a Víctor, y empezamos a salir, y nos llegaron las ofertas de trabajo, y nos vinimos a Madrid, y me quedé embarazada sin buscarlo, y perdí al niño, y estuve deprimida, y salí de la

depresión, y mientras el tiempo pasaba inexorable, yo me dejaba llevar, y de repente Víctor y yo llevábamos cuatro años viviendo juntos, pero nada de todo esto yo lo había pensado antes de que sucediera. Nada estaba planificado. Nunca me había puesto metas en la vida, y seguía sin ponérmelas. Además, sentía que mi relación con Víctor iba decayendo, como si en un plazo no muy lejano de tiempo estuviera escrito el final. Y me sentía infeliz. Quizá eso era lo único importante, no que hasta entonces todo hubiera sucedido sin estar planificado. No. Quizá lo único importante es que no me sentía feliz. No podía explicarlo. Pero no me sentía feliz.

Al llegar a casa después del trabajo llamé a mis padres. Hablábamos todos los días, aunque tan solo fuera un par de minutos, para preguntarnos qué tal todo y comprobar que nuestras vidas seguían la senda de lo esperado. «Estoy bien», «yo también». «Me alegro». «Tengo que dejarte, hija, que he quedado con tu madre». «Oh, espera, que viene tu padre, te lo paso para que lo saludes». Llamar a mi casa, aunque la llamada durara eso, dos o tres minutos, era siempre una especie de consuelo para mí. Más aún cuando me encontraba triste por alguna razón. Mi casa, aunque llevara ya unos años viviendo fuera, seguía representando un refugio. Sentía que, si en algún momento no podía más, por la razón que fuera, tan solo tendría que ir allí, y solo el hecho de estar allí, en la que había sido mi casa, serviría para hacer que encontrara alivio.

Esa tarde hablé con los dos, con mi padre y con mi madre. Ambos estaban muy animados y ambos me preguntaron si me pasaba algo. «Se te nota la voz tristona», me dijo mi padre. «Estoy muy cansada, papá». «¿Estás bien cariño?», me preguntó mi madre. «Ya le he dicho a papá, estoy cansada, no te preocupes, mamá». Mientras interpretaba mi papel notaba que un pequeño nudo se formaba en mi garganta. Tendría que colgar o me iba a poner a llorar. ¿Por qué no era capaz de desahogarme con mis padres? De contarles que era infeliz, que no sabía lo que estaba pasando en mi relación con Víctor.

Quizá, como había pensado en algún momento, ellos, al igual que otras parejas, habrían pasado por momentos parecidos. Quizá, si se lo hubiera contado, cualquiera de los dos, o los dos, se hubieran reído y me hubieran dicho que no pasaba nada, o que sí pasaba, pero que no me preocupara, que allí estaban ellos y que la vida seguía con Víctor o sin él. Pero no se lo conté. Me despedí y colgué el teléfono cuando estaba a punto de romper a llorar.

17

Pasaban los días, pasaban las noches, pasaban las semanas, y todo seguía igual entre Víctor y yo. Me parecía estar viviendo la vida de otra persona, no reconocía en qué se había convertido nuestra relación y tampoco encontraba el valor para hablar con él sobre la situación en la que estábamos inmersos. A ratos imaginaba que reunía el valor para acercarme a Víctor y le preguntaba qué estaba pasando, pero entonces mi mente se disparaba y se ponía en lo peor, así que me decía a mí misma que todo se resolvería y dejaba las cosas como estaban.

No puedo decir que la relación con Víctor fuera mala, quizá para muchas otras parejas sería incluso una muy buena relación, pero no era la relación que nosotros habíamos tenido. Algo se había roto, o perdido, o desaparecido, y nada era como antes. Para mí nuestra relación era tan buena como lo puede ser la relación de dos personas que comparten piso y se esfuerzan por no tener ningún problema. En eso se había convertido nuestra relación. Una relación cordial, de amigos, de compañeros bien avenidos, pero eso no tenía nada que ver con lo que había sido nuestra relación de pareja.

En ese tiempo yo pensaba cómo serían el resto de parejas, cualquier otra pareja. Cómo sería cualquier otra pareja en la intimidad de su hogar, de su dormitorio. Cómo serían esas dos personas y cómo se tratarían o no se tratarían cuando estuvieran solas, sin nadie que pudiera ver cómo se hablan o se miran, o no se miran. Pensaba en todas las parejas que constantemente se demuestran afecto en público y no paran de sonreírse, y me preguntaba si al llegar a casa todo seguiría siendo así, o serían otra Laura y otro Víctor cuando nadie los ve. Aunque quizá yo no sabía nada de relaciones, solo había tenido una relación de convivencia en pareja, la que mantenía con Víctor.

Víctor llevaba ya varias semanas saliendo los domingos en bici con Luis y otros amigos. Se iba temprano por la mañana y solía regresar a la una del mediodía más o menos. Yo aprovechaba esas mañanas para holgazanear en casa. Como él madrugaba mucho para salir temprano, yo esperaba hasta que se había ido para levantarme a desayunar. Desayunaba tranquilamente, y después de lavarme los dientes, me volvía a meter en la cama a leer la prensa, y cuando acababa de leer los periódicos y los dominicales seguía en la cama leyendo el libro o los libros que entonces tuviera entre manos. Cuando me cansaba de descansar, me levantaba, duchaba, vestía y salía a comprar el pan y a veces algunas flores a la floristería.

Ese domingo Víctor había invitado a comer a Luis y Nazaré a casa. Me había avisado a mitad de la semana, no fue una pregunta, no fue una consulta, simplemente me informó. Hacía tiempo que no quedábamos los cuatro a comer o a cenar, pero yo no les había echado de menos. Luis y Víctor tenían una relación más estrecha cada vez, sin embargo, Nazaré y yo seguíamos con la relación cordial pero superficial que habíamos mantenido hasta ese momento.

Supongo que Víctor y Luis se llevaban tan bien porque eran bastante parecidos. Luis era algo así como una versión avanzada de Víctor, que era unos años menor, en concreto cuatro años. Ambos eran vehementes en sus planteamientos y pragmáticos y determinados en sus acciones. Una vez que decidían lo que querían, casi nada podía hacerlos cambiar de opinión y aún menos convencerles para que no lo llevaran a cabo. Yo me veía muy alejada de su manera de ser y de ver la vida, a medio camino entre la pereza y una ligera envidia por ser capaces de llegar donde se proponían, pero sobre todo por tener sus objetivos tan claros.

Era comienzos de noviembre y el día había amanecido con un sol espléndido que se colaba atravesando las ventanas e inundando toda la casa. Me levanté para desayunar y después de tomarme un par de tazas de café y dos tostadas con aceite y sal, en lugar de acostarme para leer como solía hacer otros domingos, comencé a organizar la comida. Prefería dejar preparado todo a primera hora, y si luego tenía tiempo, podía descansar. En casa la que se encargaba de la cocina habitualmente era yo. Siempre me había gustado cocinar, todo lo contrario que a Víctor, que se defendía, pero le parecía una pérdida de tiempo. A mí, en cambio, me encantaba descubrir recetas y pasar horas en la cocina elaborando platos nuevos o postres que nunca había hecho.

Víctor llegó a casa más temprano de lo habitual, serían aproximadamente las doce, me saludó y se fue directo a la ducha. Pasados unos diez minutos entró en la cocina.

—¿Qué estás haciendo de comida? —preguntó. Desde que me había comunicado que venían Luis y Nazaré a comer no habíamos hablado de la comida del domingo más que para fijar la hora de la misma, y así poder decirles a qué hora les esperábamos en casa.

—Son unas recetas libanesas, voy a probar a ver cómo quedan —contesté.

—He quedado con Luis en que vengan un poco antes, como a la una y media, y así tomamos un aperitivo antes de la comida. —Yo no contesté. Víctor me lo volvió a repetir—: ¿Laura? ¿Me has oído? Que vienen a la una y media.

—Sí, sí, no te preocupes, es que estoy concentrada con esta receta.

Mientras me escuchaba decir en voz alta esas palabras al mismo

tiempo mi cabeza empezaba a perorar por sí sola con pensamientos tipo: «Laura, ¿por qué no le dices que no te apetece esta comida? Y que tenéis que hablar, que así no podéis seguir. Que a él parece que le da igual, que no lo sabes, pero tú estás sufriendo por esta situación». Pero Víctor salió de la cocina y yo me quedé con mis recetas, mi ansiedad y mi malestar.

Luis y Nazaré llegaron puntuales. Al abrir la puerta me encontré con los dos muy sonrientes. Luis traía una botella de vino para la comida en una bolsa de regalo especial para botellas de vino, y Nazaré me trajo una preciosa orquídea de color púrpura que me encantó nada más verla, y que le agradecí con un rápido pero afectuoso abrazo.

Nos sentamos y llevé a la mesa de centro un pequeño aperitivo que había preparado junto con unas cervezas para los chicos y una botella de godello para Nazaré y para mí. Nazaré me pidió si podía llevarle un vaso de agua. Luis y Víctor ya estaban en animada conversación cuando Nazaré me preguntó qué tal me encontraba. Era la primera vez que volvíamos a juntarnos los cuatro desde que había perdido al bebé. Nazaré era una persona amable y reservada. Provenía de una familia donde todos, al igual que ella, eran abogados, su padre, su madre, su hermana y su hermano.

Como buena abogada estaba acostumbrada a escuchar con paciencia, hacer preguntas oportunas y guardar silencio cuando no tenía nada que aportar. Era una forma de ser muy distinta de la de Beatriz, que casi arrollaba por donde pasaba. Mientras hablábamos pensé que era una buena persona, y que los detalles que había tenido conmigo mientras yo estaba de baja eran muestras sinceras de afecto, que había realizado intentando que me sintiera mejor. Tal vez mi problema, pensé, no era con Nazaré, sino con su marido.

Luis era demasiado vehemente para mí, Víctor también lo era, pero no tanto. Además, yo tenía la sensación de que, así como todo lo que nosotros hacíamos era por consenso, o había sido casi siempre así, en el caso de Luis y Nazaré me parecía que todo se hacía por decisión de Luis. Mientras seguíamos tomando el aperitivo y Nazaré me explicaba algo que acababa de preguntarle, Luis interrumpió la conversación:

—Chicas, un momento de atención, que Víctor y yo tenemos un anuncio que hacer. —Nazaré y yo nos miramos con la misma cara de sorpresa levantando ambas las cejas a la vez—. Víctor, por favor, cuéntales.

—Bueno, pues simplemente deciros que Luis y yo hemos hecho una pequeña inversión en un negocio que esperamos que vaya muy bien. —Nazaré y yo volvimos a mirarnos y sonreímos como si de verdad nos alegráramos, yo no sabía qué decir. Luis levantó su cerveza y tomó de nuevo la palabra.

—Pues ahora que lo sabéis, no os preocupéis, que ahora os

contamos en detalle todo en la comida, aunque Nazaré ya sabe algo —esto lo dijo mirándola a ella directamente mientras le sonreía—. Propongo un brindis por nuestra inversión, y —mirando a Nazaré de nuevo hizo una pequeña pausa dramática para añadir—… por el bebé que estamos esperando, que era la noticia que nosotros estábamos deseando comunicaros.

18

Hay miradas tan elocuentes que no necesitan acompañarse de ninguna palabra. Ese tipo de mirada fue la que me dirigió Víctor cuando Luis anunció que Nazaré y él estaban esperando un bebé. Yo respiré hondo, sonreí y levanté la copa para unirme al brindis que Luis había propuesto, dándole a continuación la enhorabuena a ambos con las frases propias de un momento así: «Cuánto me alegro por vosotros».

Por un momento sentí que la noticia del embarazo de Nazaré me había alterado, aunque quizá no fue la noticia sino la mirada de Víctor. Luis había comentado justo antes algo sobre una inversión que Víctor y él habían realizado. Pero además había añadido que Nazaré ya sabía algo, lo que había aumentado mi perplejidad sobre el comentario anterior. Víctor y yo estábamos distanciados desde el verano, cuando discutimos durante nuestras vacaciones en Portugal, pero que no hubiera comentado conmigo nada acerca del tema de la inversión del que ahora hablaba Luis, hizo que todas mis alarmas se disparasen, nuestra relación quizá estaba incluso peor de lo que yo pensaba. Aun así, me recompuse por dentro, intentando aparentar alegría por ambas noticias.

Muchas veces me he preguntado en cuántas ocasiones otras parejas pasan por situaciones como aquella, situaciones inesperadas para uno de los miembros de la pareja, en la que, si no fuera porque hay otras personas delante, se preguntaría por esto y por lo otro, porque de repente no se entiende nada de lo que está ocurriendo. Esto es lo que me pasó a mí con el tema de la inversión que según Luis habían realizado Víctor y él, una inversión de la que yo no tenía ninguna noticia previa.

Decidí no preguntar y sonreí como si nada extraño sucediera, no iba a montar una escena estando Luis y Nazaré. Quizá delante de ellos quería demostrar que nuestra relación era estupenda, quizá es lo que pretende mucha gente, no mostrar delante de otras personas las grietas que tienen en sus vidas y en sus parejas.

La comida continuó y Luis nos explicó con todo lujo de detalles y una complicidad con Víctor, que yo desconocía hasta ese momento, en qué consistía la inversión que habían realizado. No se trataba de mucho dinero, y es verdad que Víctor y yo teníamos cuentas separadas desde el principio, no estábamos casados y nunca nos habíamos dado explicaciones sobre el dinero el uno al otro, quizá porque siempre habíamos tenido dinero los dos, y para los temas comunes

disponíamos de una cuenta conjunta donde ambos ingresábamos la misma cantidad todos los meses y podíamos fiscalizar a voluntad. Víctor estaba invirtiendo dinero propio, pero antes de decidirlo no me había comentado nada. Luis, en cambio, nos contó que junto con Nazaré había analizado los pros y los contras, así como los riesgos de la inversión.

Las horas fueron pasando, estaba atardeciendo y Luis y Nazaré se despidieron de nosotros y se marcharon. Yo estaba temiendo y deseando al mismo tiempo desde hacía varias horas que eso sucediera. Quería hablar con Víctor, no me importaba que nuestra conversación se transformara en una discusión, necesitaba saber, y sobre todo necesitaba romper la distancia y el silencio que se había instalado entre nosotros y que parecían no tener fin.

Cuando se marcharon comencé a recoger la mesa donde habíamos comido y los restos de los cafés y las copas que a continuación habíamos tomado sentados en los sofás. Víctor iba y venía del salón a la cocina llevando platos, vasos, copas, pero no decía nada. Todo el entusiasmo que había mostrado mientras Luis estaba en casa parecía haber desaparecido con este. De nuevo todo era silencio.

Mientras pensaba si merecía la pena iniciar una conversación que pudiera llevarnos de nuevo a un camino sin retorno, me escuché a mí misma preguntando en voz alta.

—¿Por qué no me habías dicho nada del tema de la inversión? —Víctor me miró y antes de que pudiera responder volví a hablar—. Ya sé que no tienes por qué darme explicaciones, es tu dinero, pero me hubiera gustado que me hicieras partícipe de tu decisión, hacer como Luis y Nazaré, no sé, hablarlo. —Víctor me cortó en seco.

—¿Hacer como Luis y Nazaré? No sé si te has dado cuenta de que ellos tienen un proyecto de vida en común, van a tener un hijo, están casados, algo que tú no sabes todavía si quieres, o si lo sabes, a mí no me lo has comunicado todavía. —Intenté replicar, pero siguió con su discurso, parado de pie enfrente de mí—. Lo de la inversión es lo de menos, ellos lo han hablado como hablan de otras cosas que les conciernen a los dos —siguió con tono cáustico, yo le miraba fijamente en silencio y decidí, a pesar de las consecuencias que pudieran derivarse, contestar a su reproche.

—Todo esto es por lo de tener un hijo, ¿verdad? ¿Te estás vengando porque no tengo claro si ahora quiero tener un hijo?

—Es que me cuesta creer que no sepas si quieres ser madre o no, la verdad.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Te estoy diciendo que me cuesta creer que no sepas lo que quieres de nosotros —dijo casi silabeando y con tono hiriente.

—Yo no he dicho eso en ningún momento, hasta donde yo sé —

noté que mi tono era más elevado—. Solo te dije este verano que no sabía si ahora quería tener hijos, eso es todo. Y parece que desde entonces estoy pagando un precio por ello, con tu indiferencia hacia mí. Y claro que quería un proyecto de vida en común, pero veo que te estás encargando de deshacerlo. No sé si merece la pena seguir juntos así.

—¿Ahora la culpa es mía, Laura? ¿Yo estoy deshaciendo qué? Pues mira, Laura, si no tienes claro si quieres que sigamos juntos, pues cada uno por su camino. —Aunque había asumido que la conversación pudiera convertirse en discusión, no podía creer el giro que se había producido hasta el punto de hablar de separación.

—Víctor, le estás dando la vuelta a todo. —Él me miraba desafiante —. No quiero continuar hablando, porque no me gusta por dónde va esta conversación, y yo no estoy hablando de seguir cada uno su camino, así que deja de retorcer mis palabras en tu beneficio. Solo quiero que volvamos a ser la pareja que éramos antes. Yo no tengo la culpa de haber tenido un aborto. —Y sin darle tiempo a que pudiera decir nada, abandoné el salón y me dirigí a la habitación.

En el fondo me fui esperando y deseando que Víctor saliera detrás de mí, que me llamara por mi nombre y me dijera que lo sentía, que nos hubiéramos abrazado y pudiéramos pasar página. Pero nada de esto sucedió. Llegué a mi habitación con ganas de llorar, pero me obligué a no hacerlo.

Estuve mirando un rato por la ventana los coches que pasaban por la calle, y los viandantes que caminaban en todas direcciones. Era fin de semana y había mucho tráfico y mucha gente en la calle. Era la hora en que muchos se recogían a sus casas, y otros salían de ellas para ir a cenar o tomar algo en algún bar, o simplemente salían a pasear después de haber estado todo el día en casa, o quizá trabajando. Tan solo tres o cuatro años antes Víctor y yo hubiéramos sido una de esas parejas que a esa hora salían a la calle a exprimir lo que quedaba del domingo, o de las que se recogían después de un domingo en que quizá habíamos ido al Rastro por la mañana, habíamos comido fuera de casa, y habíamos pasado la tarde fuera, el tiempo, aunque fresco, todavía invitaba a estar en la calle.

Habrían pasado unos cinco minutos cuando regresé al salón. Desde la entrada pude comprobar que Víctor había terminado de llevar a la cocina lo que faltaba por recoger y estaba sentado en uno de los sofás buscando con el mando algo en la televisión. Volví a mi habitación, me desvestí y me metí en la ducha. Puse la temperatura del agua al máximo y dejé que cayera sobre mi cabeza y sobre mi cuello. Ignoro cuánto tiempo estuve así en la ducha, dejando caer el agua caliente sobre mi cabeza y sobre mi cuello, y llorando en silencio de impotencia.

19

Beatriz me llamó el lunes por la noche. Durante el día apenas nos habíamos cruzado rápidamente un par de veces en la oficina y no habíamos coincidido para comer. Yo había pasado el día intentando mantenerme lo más ocupada posible para no pensar demasiado en todo lo que había sucedido el día anterior, pero no lo había conseguido.

Mi cabeza le daba vueltas a todo, repasando una y otra vez escenas del día anterior y rememorando otras sucedidas semanas y meses atrás. Tenía la sensación de que, de seguir así, nuestra relación, la relación con Víctor, podía acabar en cualquier momento. Otra discusión como la que habíamos tenido el día anterior, y quién sabe si no sería el punto y final. Y lo peor, es que tenía la convicción de que ese momento final podía llegar sin que antes lográramos tener una conversación serena sobre lo que había pasado en los últimos tiempos.

—Holaaaa, que te llamo porque hoy ni he podido verte en la ofi —la voz de Beatriz sonaba enérgica como siempre también a través del teléfono—, qué día más asqueroso, todo líos y problemas —recalcó con indiferencia—. A ver, que te llamo porque las cañas de mañana o las dejamos, o que sepas que se apunta mi primo Raúl, que viene mañana a Madrid y se queda en mi casa a dormir y me da no sé qué dejarle de lado.

—¿Raúl el que era como tu hermano cuando erais pequeños? —le pregunté.

—El mismo. No sé si te he contado que se separó como hace seis meses. Creo que sí te había dicho que vivía en Sevilla, ¿no?, desde hace cinco años, creo que cinco, sí, que se casó con una sevillana. Pero ahora que se ha separado va a volver a Madrid —prosiguió casi sin respirar—. Ya tiene el *ok* de su empresa para trasladarse aquí, y viene mañana a ver unos pisos. Con suerte alguno le cuadra y puede mudarse cuanto antes, que es lo que está deseando. —Hizo una pausa antes de continuar—. Si no te apetece, como el miércoles se vuelve a Sevilla, cambiamos nuestro día del martes al miércoles.

—No, no te preocupes, así le conozco, después de todas las historias que me has contado, tengo curiosidad por conocerle.

—Pues entonces fenomenal. Eso sí, ya te prevengo, que te tirará los trastos, porque ha sido siempre así, no lo puede evitar. Aunque yo le diga que ni te mire, que tienes pareja, la cabra siempre tira al monte. Y ahora, recién separado, pues me puedo imaginar cómo vendrá —

dijo con sorna.

—Qué exagerada, dale un voto de confianza, tampoco será para tanto.

—Bueno, ya verás mañana. Yo ya te he avisado, para que no le hagas ni caso. Ya me contarás cuando le conozcas. Por cierto, ¿qué tal estás? ¿Cómo sigue todo?

—Bien, estoy bien, todo sigue como estaba, la verdad. Pero estoy bien.

—Bueno, pues si tú estás bien, yo estoy bien. Nos vemos mañana entonces. Un beso.

El martes amaneció lluvioso y gris, uno de estos días sombríos en que no apetece salir de casa. Mi estado de ánimo tampoco acompañaba. Las cosas en casa seguían igual, mal. Víctor apenas se dirigía a mí, y cuando lo hacía parecía que era una extraña para él. Yo no terminaba de aceptar y menos de entender qué había sucedido en nuestra relación. Me parecía estar con un perfecto desconocido. Nada en él me recordaba al chico alegre y luminoso con el que me había ido a vivir hacía unos años.

Esa tarde había quedado con Beatriz como todos los martes y además iba a conocer a su primo. Mejor, pensé, así no estaré todo el rato hablándole a Beatriz de lo mío con Víctor, me servirá para desconectar y despejarme. Salí de casa con la convicción del día anterior, mantenerme ocupada y no dejar espacio en mi mente a la situación que estaba viviendo en casa y que tampoco sabía cómo solucionar.

El día pasó más rápido que el lunes y cuando me quise dar cuenta iba caminando lo más deprisa que podía bajo la lluvia que me iba empapando poco a poco —no había dejado de llover en todo el día—; la tarde era ya casi noche cerrada.

Como no tengo costumbre de llevar paraguas, y el abrigo que llevaba no tenía capucha, llegué con el pelo calado al local, así que fui directa al cuarto de baño para intentar secarlo con el secador de manos, no sin antes saludar a Pelayo, que estaba atendiendo en la barra. Estuve un buen rato procurando convertir el pelo empapado en pelo, si no seco, al menos solo húmedo, y cuando entendí que había conseguido mi objetivo, salí del baño no sin antes intentar componerme el pelo con los dedos de las manos.

Al salir me acerqué a la mesa en la que solíamos sentarnos Beatriz y yo, pero estaba ocupada. Pensé en esperarla en la barra, pero de repente me encontré con ella justo delante de mí con dos cervezas, una en cada mano.

—Hola, no te había visto, pensaba que no habías llegado —me dijo acercándose a darme un beso en la mejilla, con cuidado de no tirar las cervezas que llevaba.

—Estaba en el baño secándome el pelo, como no llevo paraguas, traía el pelo empapado. ¿Dónde estás sentada?

—Donde nos sentamos siempre, está allí Raúl, ¿le ves? Vamos, que te presento.

20

Según nos aproximábamos a la mesa pude observar a Raúl, que estaba sentado de espaldas leyendo algo o mirando el móvil. Al oírnos justo al llegar a su lado se dio la vuelta, y al vernos se levantó. Beatriz dejó las cervezas sobre la mesa, y nos presentó.

Raúl tenía la misma edad de Beatriz, treinta y siete años, y al levantarse para saludarme comprobé que era bastante alto, por lo menos un metro ochenta y cinco, calculé. Tenía un cierto aire con Beatriz, aunque no podía decirse que se parecieran, si bien ambos tenían ese color de piel que te hace pensar que están morenos de manera permanente durante todo el año y el mismo tipo de sonrisa, que les hacía parecer despreocupados cuando la desplegaban. Su pelo, castaño y rizado, le caía sobre la frente de manera que casi le tapaba los ojos, grandes, oscuros y rasgados.

Se acercó para darme dos besos tan afectuosos que casi me parecieron excesivos y nos sentamos los tres en la mesa.

—Así que tú eres Laura —me dijo cuando se sentó—. Tenía muchas ganas de conocerte. —Sonreí sin contestar—. Por cierto, ¿qué quieres tomar?

—Otra caña, como vosotros —contesté.

—Toma la mía, voy a pedir yo una a la barra —dijo levantándose.

Raúl volvió a la mesa trayendo una cerveza y un bol con patatas fritas. Puso las patatas en el centro de la mesa, se sentó, me miró de nuevo y me sonrió sin decir nada.

Cogí mi cerveza para darle un trago y no ser yo la que empezara una conversación, aunque no hizo falta. Beatriz le preguntó por los pisos que había venido a ver.

—He apalabrado uno ya, me ha encantado, está muy bien cuidado y muy bien situado. Así que creo que ya está. Y si nada se tuerce, en quince días estoy de vuelta en Madrid, que lo estoy deseando.

—¿No te gusta Sevilla? —le pregunté mientras cogía una patata frita tras otra.

—Me gusta, pero me gusta más Madrid. Yo soy de Madrid. Yo me fui a vivir a Sevilla porque mi mujer era sevillana, pero ahora que me he separado, pues ya no me ata nada allí. Además, hace demasiado calor durante demasiados meses.

—Bueno, dejas amigos —le replicó Beatriz—. Y te podías haber quedado currando allí.

—Bueno, eso sí, pero me refiero a que no tenemos hijos, que quizá

en ese caso me hubiese quedado allí por ellos —dijo mirándome como si me estuviera explicando a mí la situación.

—¿Y cómo has quedado con tu ex? Bien, ¿no? —le preguntó Beatriz

—Sí, bien, no puedo decir otra cosa. La separación ha sido de mutuo acuerdo —respondió mirándome de nuevo a mí —. A mí me ha dado pena separarme, y antes de que lo decidiéramos, pues es triste ver cómo se va deteriorando una relación por la que tú has luchado y en la que tú has creído. Pero cuando ya no tiene solución, pues lo mejor es no dejar que vaya más lejos y no hacerse daño. Por lo menos eso es lo que hemos intentado nosotros. Pero dejemos de hablar de mí y de mi separación —según lo había ido contando, yo no podía dejar de pensar en mi situación con Víctor, y en si nosotros terminaríamos igual, separados, o seríamos de los que van más lejos hasta hacerse daño. La expresión de mi cara debió cambiar acorde a mis pensamientos, porque Beatriz comenzó a mirarme fijamente.

—Pues sí, hablemos de otras cosas. Laura, ¿quieres otra cerveza? —preguntó Beatriz, yo sonreí vagamente y respondí.

—Bueno, sí.

—Voy yo a buscarlas —dijo Raúl—. Bea, ¿te traigo una a ti también?

—Sí, gracias, y más patatas. —Raúl se levantó y Beatriz se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Estás bien? Te has quedado medio ida.

—Estoy bien, de verdad, bueno, ya sabes cómo estoy, pero no quiero hablar más del tema. Lo que quiero es distraerme.

—Lo que tú quieras.

—Aquí están las cervezas, y ahora traigo las patatas —dijo Raúl colocando los vasos sobre la mesa.

—Gracias —respondí.

—Por nada —contestó él despacio y sonriéndome antes de alejarse de nuevo hacia la barra. Y cuando me sonrió y me miró, sentí como si no acabara de conocerle, como si fuéramos dos viejos conocidos que nos hubiéramos vuelto a encontrar y estuviéramos recuperando la complicidad que habíamos tenido en otro tiempo. De repente me sentí relajada, los problemas con Víctor pasaron a un segundo plano, dejaron de preocuparme, dejé de sentirme triste, y sonreí.

Después de tomarnos dos cañas cada uno, empezamos a pedir comida y terminamos cenando los tres en la taberna. Beatriz me había prevenido contra él, pero de Raúl no percibí en ningún momento que intentara ligar conmigo, o hiciera alguna insinuación al respecto. Raúl era cercano y divertido, y por la manera en que contaba episodios de su vida se podía entender que para él la vida era un lugar para disfrutar, no había cabida para el sufrimiento si este podía evitarse. Beatriz y él pasaron gran parte de la cena recordando anécdotas de su adolescencia y juventud, y entendí por qué para Beatriz había sido

siempre una especie de hermano. Al despedirnos, Raúl me abrazó largamente y junto con Beatriz esperó a que llegara mi taxi. Cuando el taxi llegó se acercó a él y me abrió la puerta.

Llegué muy tarde a casa, mucho más tarde de lo que habitualmente llegaba cuando Beatriz y yo quedábamos los martes. Cuando abrí la puerta, no había ninguna luz encendida, lo que significaba que Víctor se había ido ya a dormir. Intenté no hacer ningún ruido, o al menos el menor ruido posible mientras me desvestía y me metía en la cama, pero Víctor se despertó y me preguntó qué hora era. «Las doce y media», respondí. Él se dio media vuelta y volvió a quedarse dormido.

Yo me fui al cuarto de baño ya con el pijama puesto a lavarme la cara y los dientes y comencé a pensar en todo lo que había contado Raúl sobre su separación. Cuando terminé de lavarme los dientes, apagué la luz, me metí en la cama, y sorprendentemente me quedé dormida casi de inmediato.

21

En casa todo seguía como las últimas semanas. Yo notaba a Víctor cada vez más involucrado en su trabajo, al que dedicaba más y más horas cada día. No me parecía tampoco extraño teniendo en cuenta que le habían promocionado dentro de su departamento.

Nuestra relación era muy distante y a Víctor no parecía importarle, pero cada día que pasaba yo sentía que la pena en mi interior crecía y se volvía más oscura, y valoraba la posibilidad de intentar de nuevo que habláramos del tema, aunque eso supusiera nuestra ruptura. Hay personas que saben manejarse en el conflicto y en la incertidumbre, ese no había sido nunca mi caso. Desde pequeña había evitado cualquier problema o discusión, y no podía seguir soportando la angustia que me causaba el mutismo que se había instalado en nuestra vida.

Había pasado una semana desde que había conocido a Raúl y a veces pensaba en él, en el vitalismo y las ganas de vivir que contagiaba el día que le conocí. La tarde que estuve con él me sentí de nuevo ligera, relajada y a la vez con una vitalidad que no recordaba. Con Víctor todo se había convertido en una especie de drama. Con Raúl todo parecía fácil. Claro que solo había compartido con él unas horas y con Víctor tenía una historia en común. Raúl era un desconocido, no sabía nada de su vida ni de cómo era en realidad. Pero no podía negar que junto a él me había sentido de manera muy distinta a como me sentía en los últimos meses en mi relación con Víctor.

Quizá en un futuro no muy lejano me sentiría así todo el tiempo, así es como me había sentido la mayor parte de mi vida, y así es como quería seguir sintiéndome.

Yo seguía sin entender por qué Víctor no era capaz de comprender que necesitara tiempo para plantearme tener un hijo. Y me costaba aceptar que en el caso de no querer tenerlo él optara por dejarme, por dejar nuestra relación. En el fondo quería creer que para Víctor yo estaba por encima de todo, es lo que había considerado desde que comenzamos nuestra relación, pero ahora la situación parecía desmentirlo.

Beatriz me había avisado que quizá llegaría un poco tarde a nuestra cita, por lo que estuve hablando un rato con Pelayo al llegar a la taberna. No sabría decir si era mi propia situación, que había cambiado mi manera de ver a los demás, pero le noté taciturno y sin

ganas de bromear, aunque acogedor como siempre.

—¿Qué vas a hacer estas Navidades? —me preguntó mientras abría una botella de sidra.

—¿Navidades? Ni lo había pensado, ir a casa de mis padres como otros años, y a casa de los padres de Víctor. Queda tanto tiempo todavía.

—Eso te parecerá a ti, pero ya están aquí. Ni te imaginas la cantidad de reservas que tengo ya para comidas y cenas de Navidad —afirmó como intentando constatar que realmente estábamos en las puertas de las fechas festivas.

—Qué exagerada la gente, ¿no? —repliqué con sorpresa—. Imagino que entonces tú te quedas aquí, como otros años.

—Pues ¿te digo la verdad? Me pide el cuerpo irme, estoy cansado, aunque es verdad que la caja en esos días arregla los agujeros de otros meses —Pelayo hablaba con desgana y la vista perdida en ningún lugar de la taberna, la habitual energía que desprendía en otros momentos había desaparecido. Volvió su mirada de nuevo hacia mí y prosiguió—. No sé si he cumplido un ciclo aquí, en esta ciudad, o ya me he cansado, pero últimamente reflexiono mucho sobre la posibilidad de marcharme, cerrar el local e irme a un sitio más tranquilo y menos inhóspito que Madrid.

—Pero si tú eres de Madrid, Pelayo.

—Ya, pero noto dentro de mí, no sé, como que ya no pertenezco a este lugar. Y son muchas horas aquí dentro cada día y ahora llega la Navidad y más trabajo, y no sé si quiero seguir así.

—¿Y qué harías con el negocio?

—Pues traspasarlo, supongo —afirmó mientras me servía otro culín de sidra en el vaso. Beatriz entró en ese momento por la puerta y vino directa hacia mí.

—Perdona el retraso, no veía el momento de acabar. ¿Qué pasa, Pelayo? ¿Me pones otro culín a mí?

—Eso está hecho —contestó al mismo tiempo que colocaba otro vaso de sidra en la barra.

22

Nos sentamos en una mesa y dejamos a Pelayo en la barra. Beatriz también le había notado alicaído.

—¿Qué le pasa? —me preguntó Beatriz cuando nos sentamos haciendo un gesto con la cabeza en su dirección—. Está raro, ¿no? ¿O triste? ¿Te ha contado algo?

—Sí, no, bueno, no me ha contado nada particular, pero yo también creo que está como tristón, me ha dicho que piensa a menudo en irse de aquí.

—Eso lo lleva diciendo desde que le conozco —afirmó Beatriz—. Es un poco como yo con el trabajo, que estoy hasta los cojones todos los días, pero en el fondo sé que no me voy a mover. Si no me equivoco, a este le pasa lo mismo. Siempre dice que se quiere ir a su tierra, pero su tierra es esto. —Cogió el vaso y le dio un trago que lo vació. Se sirvió otro culín de sidra de la botella que nos habíamos traído a la mesa y me miró con los ojos muy abiertos y bajando la cabeza me preguntó directamente—: Y tú, ¿qué tal estás? —Apreté fuertemente los labios y llené los carrillos de aire, como si fuera un trompetista. Después de un par de segundos, solté el aire y respondí.

—Mal, para qué te voy a decir otra cosa.

—¿Seguís igual Víctor y tú?

—Igual, y no sé qué hacer. A veces tengo la tentación de volver a intentar hablar, pase lo que pase, pero luego no soy capaz. Y así pasa un día y otro, y no sé. Nos distanciamos cada día un poco más. No sé si es normal, si todas las parejas pasan por esto, si se va a solucionar sin más. Yo qué sé, Bea, es todo como puf.

—Es normal, las parejas no siempre están igual. Hay rachas mejores y peores. Hay crisis que muchas parejas no superan, y a otras les sirve para estar mejor que antes.

—Además —proseguí—, cada día nos comunicamos menos, pero a él parece como si no le importara, o no le hiciera daño, mientras que yo es que no termino de entender cómo hemos llegado a esta situación. —Me callé y bebí un trago de sidra—. ¿Sabes lo que te digo? Que vamos a cambiar de tema, porque es que me amargo, y no quiero amargarme. ¿Sabes qué me ha preguntado Pelayo? Qué voy a hacer en Navidades, que según él ya están a la vuelta. Con lo que falta todavía de tiempo.

—Bueno… —Se rio—. Yo he llegado tarde porque vengo de reservar mi viaje de Fin de Año.

—¿En serio? ¿Y dónde vas? Y, sobre todo, ¿con quién?

—Pues mira, me voy hasta el 3 de enero a Estambul. Y me voy con un amigo, que a lo mejor te presento algún día —respondió levantando las manos y echándose hacia atrás en el asiento.

—¿Ah, sí? ¿Un amigo?

—Sí, un amigo. Tendré que pasar por el trámite de las Navidades en familia, ya sabes, el 24, el 25, pero el 27 me piro. No te preocupes, que a la vuelta ya te contaré con detalle. ¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer? Otros años os ibais unos días de vacaciones también en estas fechas.

—Sí, eso, otros años, estamos ahora para organizar un viaje. ¿No te digo que casi ni nos hablamos? No discutimos, pero entre que Víctor está cada día más tiempo fuera de casa y prácticamente no nos comunicamos. Es todo tan raro, Beatriz.

—¿Cuántos años lleváis viviendo juntos? Cuatro, ¿o me equivoco?

—Cuatro, este año hemos hecho cuatro.

—Bueno, ya sabes lo que dicen de llegar a los cinco años, que muchas parejas se separan. Es lógico, se ha pasado ya la primera época en que se vive como en un encantamiento, cuando todo va bien, claro, que hay parejas que desde el principio no se soportan. Yo no te puedo hablar por mi experiencia, porque desde el principio vi que vivir en pareja no era para mí. Vosotros habéis pasado momentos muy duros, quizá necesitáis tiempo para que todo vuelva a ser como antes, o distinto, no sé, volver a encontraros. No puedo darte consejos, solo puedo decirte que hagas lo que tú consideres, siempre vas a tener mi apoyo, incluso aunque te equivoques y hagas lo que no debes.

—No sé ni qué debo ni qué no debo hacer. Me siento confusa, perdida. No quiero pensar que estemos en el principio del fin. Además, no hablo de esto con nadie, eres la única persona que sabe cómo estamos. No sé qué haría ahora sin ti.

—Ya lo sé, no sabrías hacer nada sin mí —recalcó colocando su mano derecha sobre mi brazo—, ni ahora ni nunca. Ahora en serio, Laura, yo no puedo hablarte de convivencia en el tiempo, porque ni yo aguanté ni creo que vuelva a dar otra oportunidad a la convivencia con nadie. Pero ya sabes que es muy jodida, y desgasta todo.

—Pero lo nuestro no ha sido un problema de convivencia. Hasta el verano, hasta la discusión que te conté que tuvimos en Portugal, nosotros éramos felices, no teníamos problemas de convivencia. Bueno, los roces tontos que puedes tener, pero nos llevábamos estupendamente, de verdad. Es que yo no reconozco a Víctor ahora —se me comenzó a quebrar levemente la voz—. Es como si fuera otra persona. Y, además, no entiendo eso de anteponer tener un hijo a nuestra pareja. Es que no lo entiendo. Es como si estuviera ofuscado con ese tema y si no doy mi brazo a torcer, no sé, es como si me

estuviera castigando con la indiferencia. Y yo empiezo a no poder aguantar más esta situación.

—Verás que todo se soluciona, de una manera o de otra. Y lo siento si voy a sonar un poco brusca, pero si lo vuestro se ha acabado, y os tenéis que separar, cuanto antes mejor. Que no te digo que sea fácil, incluso para mí no lo fue cuando me separé, pero a veces es lo mejor, es lo que hay que hacer. Ya oíste el otro día a Raúl, mejor separarse que empezarse a hacer daño. Yo estoy de acuerdo totalmente.

—Ya, eso es muy fácil decirlo —repliqué con resignación. Solo de pensar en la posibilidad de la separación se me ponía un nudo en la garganta. Intenté cambiar de tema para no dar paso al llanto que amenazaba con brotar en cualquier momento—. ¿Ya está en Madrid?

—¿Quién?

—Raúl. ¿Ya está en Madrid?

—Sí, vino ayer, está con toda la mudanza. Y volviendo a ti, ¿me prometes que vas a intentar estar tranquila y pensar en ti por encima de todo lo demás?

—Sí —contesté casi sin fuerza en la voz y bajé la vista para mirar un punto perdido en la mesa.

—Hija, no grites tanto, que se ha dado la vuelta todo el mundo —me dijo con sorna. Yo levanté la mirada y la sonreí con tristeza—. No seas tonta, Laura, créeme, ya verás que todo se va a solucionar, de una manera o de otra. Date tiempo.

23

Cuando me levanté el miércoles, Víctor ya no estaba en la cama. Fui a la cocina, y allí le vi cortando pan sobre una tabla de madera. Olía a café recién hecho. La mañana era oscura, y Víctor había encendido todas las luces de la cocina. Aunque ya había amanecido, el cielo estaba cerrado por nubes grises que no dejaban hueco para que los rayos del sol pudieran entrar por la ventana.

—Buenos días —dije al entrar en la cocina, esperando su respuesta.

—Buenos días —respondió con gesto pensativo y se llevó la taza de café que tenía en la mano a la boca—. Creo que me voy a París mañana por la mañana. —Hizo una pequeña pausa—. Y vuelvo el domingo.

—¿Y eso? —contesté yo—. ¿Te lo acaban de decir ahora, a las ocho de la mañana? —pregunté con perplejidad.

—Sí y no. Ayer por la tarde ya me avanzaron algo. Es un viaje al que tenía que ir mi jefe, es un *Summit* europeo de todos los directores, pero está con gripe estomacal, así que me han pedido que vaya yo. —Puso dos rebanadas de pan en la tostadora y siguió hablando—. Para mí no es problema, porque he preparado yo prácticamente todos los documentos. ¿Quieres que te corte pan?

—Bueno, es problema que te vas mañana y vuelves el domingo. Vas a estar todo el fin de semana fuera trabajando.

—Si te soy sincero, para mí es una oportunidad de que me conozcan el resto de colegas de Europa. Y lo del fin de semana, pues bueno, tampoco es para tanto. A veces el trabajo viene así —admitió con un deje de indiferencia—. ¿Te corto pan?

—No, solo quiero café —respondí—. ¿Y cuándo sabes seguro si te vas?

—Pues en cuanto llegue a la oficina. De momento me han escrito a primera hora diciéndome que lo prepare todo como si fuera a ir yo, y esta mañana ya deciden si definitivamente voy yo. En cuanto lo sepa te lo confirmo.

—Pues nada, qué quieres que te diga —respondí con resignación—. Buen viaje.

Víctor se marchó el jueves de madrugada de viaje. Yo ni siquiera me levante para despedirme de él. Estaba en la cama oyendo sus movimientos, sin moverme. Cuando el taxi llamó para decir que estaba abajo se acercó a la cama, se sentó a mi lado y me dijo: «Laura, me voy». Yo me di la vuelta y abrí los ojos. «Que tengas buen viaje.

¿Me das un beso?». «Claro». Me besó y salió de la habitación.

Me sentí triste y sola, muy sola. No sabía en qué se había convertido mi relación con Víctor y con ella, mi vida. Recordé las palabras de Raúl y las palabras de Beatriz. Quizá era verdad, quizá estábamos en el momento en que aún no nos hacíamos daño, aunque a mí me dolía la situación. Quizá era el momento de seguir cada uno nuestro camino.

Víctor cada vez estaba más enfocado en su trabajo. Al contrario que yo, siempre había sido ambicioso en sus proyectos. Yo me conformaba con seguir como estaba, me iba bien. No necesitaba salir del espacio que habitaba, un espacio cómodo y confortable donde me sentía segura.

El jueves por la noche llamé a Víctor. No habíamos hablado en todo el día. Se oían voces y risas detrás de él. «Estamos en una cena todos los del *Summit* —me dijo—. Te llamo mañana por la mañana». Aunque llevábamos meses distanciados, esa noche en que él no estaba en casa me di cuenta de lo que significaba estar sola de verdad. Con él en casa me había sentido sola a menudo en los últimos tiempos, pero él estaba ahí, en casa. Esa noche, sin embargo, yo estaba sola en casa. Me aterrorizó la idea de que nos pudiéramos separar y todas mis noches fueran como esta, en soledad. Nunca había vivido sola. De casa de mis padres había pasado a vivir con Víctor, y no era capaz de imaginarme noche tras noche, día tras día, sola en casa. Me acordé de Beatriz, no podíamos ser más diferentes. Ella había elegido vivir sola y se sentía bien así. Yo no podía concebirlo ni como una posibilidad, aunque lo fuera.

Llamé a mis padres para hablar un rato con ellos y sentirme acompañada. Ellos ignoraban la situación que estábamos pasando Víctor y yo. En realidad, excepto Beatriz, nadie sabía nada. En realidad, quién sabe nada de las relaciones de los demás, incluso aunque estemos junto a ellos. Quién es feliz, quién no lo es. Quién se siente solo, aunque esté acompañado. Casi nunca sabemos nada.

Hablar con mis padres no me animó, pero sí me reconfortó. Estar con ellos o hablar con ellos me hacía volverme a sentir segura como cuando era niña y no temía nada. Aunque no les hiciera partícipes de mis problemas o preocupaciones y nuestra conversación fuera trivial, tan solo el hecho de oír su voz al otro lado me consolaba.

Después de colgar con ellos, llamé a Beatriz, no me veía capaz de pasar todo el fin de semana sola y quería preguntarle qué planes tenía para unirme si estos no eran muy descabellados.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho antes? —casi me gritó al otro lado del teléfono—. Mañana tengo entradas para el teatro, y el problema es que ya está todo vendido, y el sábado por la mañana me voy hasta el domingo por la tarde fuera de Madrid. Pero ¿sabes? Antes

del teatro voy a tomar algo con Raúl, vente y por lo menos sales de casa.

—¿A qué hora es el teatro?

—A las once, por eso vamos a tomar algo antes de entrar.

—¿Vas con Raúl?

—No, voy con mi amigo, ya sabes, el de Estambul. Pero le prometí a Raúl que tomaría algo con él este fin de semana, y como el sábado me voy, hemos quedado mañana por la noche.

—¿También con tu amigo? Vas a tener que presentármelo.

—¿Para qué? Lo mismo después de Estambul ya dejamos la amistad. —Una carcajada sonó al otro lado antes de proseguir—. Llámame egoísta, pero es que yo solo quiero principios, cuando todo es fácil y todos somos felices. —Se hizo una pausa—. Perdona, Laura, no quería decir eso, bueno, sí —su voz se había tornado más seria—. Pero no quiero que relaciones esto con tu situación. Bueno, que lo dicho —su voz sonaba de nuevo divertida y enérgica—, que te vengas mañana con nosotros a cenar. Luego te paso sitio y hora, ¿vale?

—Gracias, Bea.

—¿Estás tonta? ¿Gracias por qué?

—Por todo.

24

Me sorprendió el restaurante que había elegido Beatriz. Ella era una enamorada de los bares tradicionales y de los restaurantes tipo al de Pelayo, con buen producto y sin florituras ni pretensiones. Por eso, mi primera impresión cuando entré en el restaurante italiano donde habíamos quedado fue que me había equivocado de número de la calle y había entrado en otro local. Esa idea desapareció en el momento en que vi a Raúl sentado en la barra que había en la entrada, levantando la mano derecha para indicarme que estaba allí.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó después de darme un abrazo al acercarme a él y ofrecerme el taburete donde había estado sentado hasta que yo aparecí.

—Sí, ¿qué estás tomando tú?

—Un negroni. ¿Te gusta? ¿Te pido uno?

—Sí, pídeme otro, por favor —le respondí mientras me quitaba el abrigo y miraba a mi alrededor observando el papel de las paredes del restaurante.

—¿No te gusta el local? —me preguntó Raúl al comprobar que yo no dejaba de mirar a mi alrededor intentando escudriñar cada detalle del restaurante.

—No, al contrario, me encanta. Solo que no sé, no me pegaba que a Beatriz le gustaran los sitios así. Como nosotras siempre vamos a bares, o la taberna de Pelayo, ese tipo de bares, tú sabes.

—Su negroni —me interrumpió la camarera que colocó el cóctel sobre la barra.

—Gracias —le respondí y cogí de inmediato el vaso. Raúl cogió el suyo y lo acercó al mío en un brindis.

—Salud —me dijo mirándome fijamente a los ojos y chocando su vaso levemente contra el mío.

—Salud —respondí y sentí una especie de calor en las mejillas.

—Ya veo que aquí no se espera a nadie para empezar a beber cócteles, se han perdido las buenas maneras completamente —dijo Beatriz a mi espalda—. Pues nada, pedid otro para mí.

Habíamos quedado temprano para cenar, a las nueve menos cuarto, ya que Beatriz tenía entradas para el teatro a las once. El tiempo pasó muy rápido, sin que ninguno nos diéramos cuenta. Beatriz había puesto una especie de alarma a las diez y media para no llegar tarde al teatro, así que a esa hora se levantó y se despidió de nosotros. Raúl dijo que se fuera, que no se preocupara por la cuenta, que esa noche

invitaba él.

—Tú ten cuidado con este —me dijo mirándome y señalándole a él con el índice de la mano derecha. Raúl se reía abiertamente mientras la observaba—. Y tú, a ver cómo me tratas a Laura, ¿eh? Que mañana a primera hora la voy a llamar para preguntarle. —Raúl se echó atrás en la silla riéndose y moviendo la cabeza hacia los lados.

—No tienes solución. Corre, que no llegas al teatro —le replicó Raúl. Yo no sabía qué decir, así que opté por guardar silencio y sonreír mientras veía a Beatriz alejarse de nuestra mesa—. ¿Quieres tomar algo aquí o en otro sitio? —me preguntó Raúl cuando volví la cabeza para mirarle una vez que perdí de vista a Beatriz.

—Como quieras. Mejor casi en otro sitio, ¿no? ¿Se te ocurre algún sitio por aquí cerca donde ir a tomar algo?

—Sí, bueno, hay un paseíto, pero si no te importa, podemos caminar. Son como diez, quince minutos. ¿Has venido en coche?

—No, he venido en taxi.

—Como yo. Entonces no hay problema de tener que venir luego a por los coches. ¿Me trae la cuenta cuando pueda, por favor? —le preguntó al camarero que estaba recogiendo los restos de los postres y los cafés que habíamos tomado.

Raúl pagó la cuenta y nos levantamos para abandonar el restaurante. Cuando nos devolvieron los abrigos que anteriormente nos habían guardado, Raúl sujetó el mío para que pudiera ponérmelo con más comodidad. Me di cuenta en ese momento que Víctor nunca había tenido ese gesto conmigo en todos los años que llevábamos juntos.

Salimos a la calle, era finales de noviembre y el viento venía más frío de lo habitual en esas fechas, aunque todavía no era invierno. Me cerré el cuello del abrigo y me puse los guantes.

—Son muy bonitos los guantes, y muy originales —me dijo Raúl.

—Gracias —respondí mientras comenzamos a caminar—. Tengo un montón de pares, soy una especie de loca de los guantes. Los tengo de todos los colores, cortos, largos. Menos mitones, que yo los guantes los uso por necesidad, para calentarme las manos, bueno, para que no se me hielen más, que normalmente las tengo frías —me di cuenta de que estaba hablando casi sin freno. Me callé y le pregunté—: ¿Qué tal la mudanza? Te has mudado esta semana, ¿no?

—Bien, muy bien. La verdad es que esta vez he venido muy ligero de cosas, se lo he dejado casi todo a mi ex en Sevilla. Prefiero empezar de cero. Así que no ha sido nada complicada como otras que he hecho en el pasado.

—Ya, es que una mudanza siempre es algo muy pesado.

—¿Has hecho muchas mudanzas?

—No, en realidad una, bueno, dos. Cuando me vine a Madrid y

cuando nos cambiamos a la casa nueva donde vivimos. ¿Tú has hecho muchas?

—Pues, a ver, déjame que piense. —Se paró y dejó perdida la mirada durante unos segundos—. Nueve con esta.

—¿Nueve? —pregunté con sorpresa.

—Sí, la verdad es que he hecho alguna que otra. Por eso he aprendido a ir ligero y desprenderme de cosas cuando me mudo.

—¿Es aquí? —pregunté al ver que se paraba delante de la puerta de lo que parecía un club más que una cafetería o un bar.

—Sí, aquí es. Hace años venía mucho, me encantaba. Vemos cómo está y, si te gusta, nos quedamos.

25

El local parecía uno de estos salones elegantes que tienen los hoteles de cinco estrellas donde igual puedes tomarte un café que un vino o una copa a cualquier hora. Sofás tipo Chester compartían espacio con cómodas butacas con respaldo suficientemente alto para apoyar la cabeza si así se quería. El público era de lo más heterogéneo, desde parejas de treinta años a grupos de amigos, pero por lo que pude apreciar en un primer vistazo nadie llegaba a los cincuenta.

—¿Te gusta? ¿Nos quedamos? —me preguntó Raúl nada más entrar.

—Sí, me gusta —respondí mientras escudriñaba el local—, creo que hay una mesa allí al fondo.

—Aquí están tan buenos los cafés como las copas —me dijo casi al oído mientras avanzábamos por el local hasta llegar a una mesa con dos butacas enfrentadas donde nos sentamos—. ¿Qué te apetece tomar?

—No sé, ¿qué vas a tomar tú? ¿Son The Jesus and Mary Chain? —pregunté levantando el dedo índice como queriendo señalar la música que en forma de ondas invisibles nos llegaba.

—Sí —respondió después de escuchar durante unos segundos mientras me miraba fijamente—. ¿No te gustan? —me preguntó.

—Sí, me encantan. Los conozco por mi primo Javier. Él tiene cinco años más que yo y desde pequeña me ha ido enseñando la mayoría de los grupos que conozco. Pero me ha sorprendido escucharlos aquí.

—Una de las razones por las que venía tanto a este local cuando vivía en Madrid era por la música que ponían.

Raúl sonrió y se quedó mirándome sin decir nada.

Me gustaba la atmósfera del local, tranquila pero animada al mismo tiempo. La música estaba al volumen perfecto para ser escuchada y poder mantener una conversación. De vez en cuando se oían risas que provenían de una mesa no muy alejada de la nuestra. Justo enfrente de nosotros, a la espalda de Raúl, había una pareja. Yo los veía sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, pues en realidad quedaban a la izquierda de Raúl en mi ángulo de visión. Ambos tenían las manos encima de la mesa, y se las acariciaban el uno al otro, mirándose fijamente a los ojos. Ninguno hablaba, solo se miraban. Parecía que el tiempo se hubiera detenido para ellos. Yo pensé cuánto tiempo hacía que no me sentía como aquella pareja. Víctor y yo también habíamos tenido momentos así, pero ahora parecía haberse

desvanecido, y no sabía si para no volver. Una voz que venía desde muy lejos interrumpió mis pensamientos.

—¿Laura? —Raúl me miraba con los antebrazos sobre la mesa.

—Sí, sí, perdona.

—No pasa nada, no te preocupes. Te decía que si al final quieres una copa o un café para decirle al camarero. —Y me sonrió para a continuación mirar al camarero que había llegado a nuestra mesa sin que yo lo hubiera advertido.

—De momento un café. Solo, por favor. Gracias —le pedí directamente al camarero—. Está muy bien este sitio, me gusta, es distinto, parece como un hotel —le dije a Raúl.

—A mí siempre me ha encantado, pero hay gente a la que le parece eso, como un bar inglés de hotel. Me alegro de haber acertado y que te guste.

—¿Y ya te has incorporado al trabajo aquí?

—El lunes. Esta semana he estado con la mudanza, y el lunes ya voy a trabajar. Me ha contado Beatriz que no eres de Madrid, que llevas aquí, ¿qué? ¿Cinco años?

—Cuatro.

—¿Y te gusta Madrid?

—Mucho. La verdad es que ahora no me veo viviendo en otra ciudad. Al principio pensé que se me haría grande, vengo de una ciudad pequeña. Pero me encanta.

—Para mí Madrid es la mejor ciudad del mundo, bueno, yo es que soy de aquí, qué te voy a decir.

—¿Y quitando los años de Sevilla siempre has vivido aquí?

—Siempre. Y a Sevilla me fui porque intenté convencer a mi ex de vivir aquí, pero ella no quiso. Y bueno, ya sabes, cosas que haces por tu pareja. Pero veníamos muchísimo, lo único que ella no quería instalarse aquí.

—Hablas con mucha naturalidad de tu ex.

—Bueno, es que para mí es algo ya superado. Aunque nos separamos hace seis meses, llevábamos ya casi dos años distanciados. No sé, en algún momento nos dimos cuenta de que habíamos dejado de compartir muchas cosas, que ya no había tantas risas, que todo había cambiado. Nos llevábamos muy bien, la verdad, y por eso intentamos que funcionara, pero no lo conseguimos. De hecho, nos seguimos llevando muy bien, pero tenemos metas muy distintas en nuestras vidas, entendemos la vida de una manera muy diferente.

—¿Cómo la entiendes tú?

—Pues mira, Laura, no sé explicarte, pero yo llevo ya un tiempo pensando que estamos aquí muy poco tiempo, en esta vida, me refiero, y que hay que aprovechar para hacer lo que uno quiere, o por lo menos intentarlo, y no lastrarse con tantas cosas que vamos

acumulando por el camino.

—¿Y tu ex no es así?

—Pues no. Ella, por ejemplo, quería tener la casa de Sevilla, tener una casa en la playa, incluso quería comprar una casa en Madrid para cuando viniéramos. Y mucha vida social, mucha cena, mucha fiesta. Ella estaba encantada en ese ambiente y yo no. Yo, pues lo veo todo de otra manera, me da mucha pereza tanto rollo social, no me llena nada, prefiero hacer otro tipo de cosas. Porque, además, me doy cuenta de que esto se acaba de repente, y te llevas lo que has vivido, nada más. —Se calló, me sonrió y volvió a hablar—. Vaya rollo que te estoy soltando, ¿eh?

—No, para nada, me encanta que me lo cuentes.

26

Cuando llegué a casa aquella noche me quedé reflexionando si tal vez lo que nos estaba sucediendo a Víctor y a mí era algo parecido a lo que me había contado Raúl que le había pasado con su ex. Quizá Víctor y yo teníamos distintas maneras de entender la vida, quizá habíamos dejado de compartir demasiadas cosas. Él siempre había tenido más ambición que yo en todos los aspectos. Cuando quería algo, simplemente iba a por ello. Yo, sin embargo, en general me dejaba llevar la mayoría de las veces por las circunstancias sin plantearme si eso era lo que quería o no.

Mientras me lavaba los dientes, pensé que había estado muy a gusto con Raúl. No entendía por qué Beatriz me había prevenido tanto contra él. En ningún momento me había sentido incómoda con él ni había percibido que hubiera intentado ligar o algo parecido. Todo lo contrario, había sido amable, caballeroso, cálido, cercano. Me había sentido tan a gusto a su lado que cuando me dijo que si no tenía planes y quería quedar con él el sábado, que Beatriz le había dicho que estaba sola, no lo dudé ni un momento. «Sí, me encantaría», le contesté. «Te llamo entonces mañana por la mañana», me dijo antes de darme un abrazo y despedirse. Ahora pensaba si tendría que haber contestado que no.

Me acosté. Había tanto silencio que podía oír las pisadas descalzas del vecino en el piso superior. Quizá otras noches la casa estaba tan silenciosa como esa noche, pero el hecho de que Víctor no estuviera me hacía sentir que lo estaba mucho más.

Me tumbé boca arriba en la cama, en mi lado. Aunque la cama estaba vacía había como una especie de barrera invisible que me impedía ir más allá de la parte de la cama donde yo dormía cada noche cuando estaba Víctor al otro lado. Tenía los ojos abiertos y, una vez que se acostumbraron a la oscuridad, me dediqué a observar las tenues sombras que se proyectaban en el techo resultado de la luz que de la calle entraba a través de la ventana. «No he bajado la persiana», pensé, pero no me levanté para cerrarla.

Me pregunté qué es lo que yo quería, en mi vida, en general. Recordaba las palabras de Raúl respecto a su ex, querían cosas distintas, había dicho. ¿Qué quería yo? Víctor, imaginé, probablemente quería ser director de su departamento, terminar de pagar la casa donde vivíamos, quizá comprar otra, hacer dinero. Además, como me había dicho, quería hijos, una familia, pero, ¿qué

quería yo?

La única respuesta que pude darme fue la relacionada con nuestra relación. Yo quería que nuestra relación volviera a ser como había sido. Puede que Beatriz también tuviera razón, todas las relaciones se desgastan con la convivencia, y la nuestra no iba a ser una excepción. Ella lo había visto claro cuando se casó y decidió no volver a pasar por el mismo camino. «Solo quiero el principio de las relaciones», me había dicho unos días antes cuando hablamos del tema.

Pero las relaciones no pueden quedarse siempre en el principio, pensé, tienen que avanzar. Quizá la nuestra tan solo estaba en un periodo de cambio para ir a un nivel superior. O no. Quizá nuestra relación había dado de sí todo lo que podía dar, y solo era cuestión de tiempo que nos separásemos o empezáramos a hacernos daño.

La imagen de la pareja que se acariciaba las manos volvió a mi cabeza. No hablaban, solo se miraban. No sabía cuánto tiempo hacía que Víctor no me miraba fijamente. Quizá eso también era parte del principio de una relación y había que aceptarlo. Raúl también me miraba de ese modo, fijamente. Cuando yo hablaba me miraba sin apartar sus ojos de los míos. Yo le aguantaba la mirada, pero a veces sentía una especie de inquietud interior, como si no debiera devolverle yo la mirada de esa manera.

Cerré los ojos y su imagen, la imagen de Raúl mirándome fijamente, vino a mi cabeza. Sonreí. Y él sonrió también en mi cabeza. Entonces imaginé que nos encontrábamos sentados de nuevo en la mesa donde habíamos estado hasta hacía un rato, pero esta vez yo colocaba mis manos sobre la mesa y él comenzaba a acariciarlas con las suyas, como hacía la pareja que estaba a su espalda en el local. Y con esa imagen me quedé dormida.

27

Dormí hasta que amaneció y los primeros rayos de luz entraron por la ventana. No había bajado la persiana y la claridad del día me despertó. Me levanté para bajar la persiana, pero al ver el día luminoso y el sol tan radiante, decidí ir a la cocina y tomarme un café. «Si acaso vuelvo luego a la cama», pensé. Me sentí de nuevo muy rara estando sola en casa por la mañana. Era la primera vez que no estaba por la mañana con Víctor en casa un sábado al levantarme.

Miré la hora, demasiado pronto para llamarle, y más si anoche tuvo cena de trabajo. Ya me llamará él. Tan solo cuatro días atrás estábamos los dos en la cocina, él cortando pan para tostar y diciéndome que tenía que irse a París. Ahora me encontraba sola, como estarían en ese momento tantas otras personas en sus respectivas casas en cualquier otro lugar. Pensé de nuevo en Beatriz, que había decidido vivir su vida sola. Para ella todas las mañanas serían más o menos así.

Me tomaría el café, y quizá volvería a meterme en la cama a leer un rato, era demasiado pronto para hacer ninguna otra cosa. Por otro lado, no se me ocurría nada que hacer. Sentía que lo peor de estar sola no era ese preciso momento de estar en soledad un sábado por la mañana, levantarme o desayunar sin compartir esos momentos con otra persona. Sentía que lo peor, en el caso de que Víctor y yo llegáramos a separarnos, era la sensación de no tener con quién compartir el resto del día.

Con Víctor, aunque estuviéramos distanciados, los planes eran siempre comunes. Excepto cuando él iba a montar en bici los domingos por la mañana, o cuando yo quedaba con Beatriz los martes, siempre teníamos planes conjuntos, él no tenía sus planes y yo los míos. Tomando la segunda taza de café pensé que al separarte tienes que volver a inventarte una vida. Si Víctor hoy no estuviera en París, si yo estuviera sola porque nos hubiéramos separado, ¿qué haría yo hoy?

Dejé de darle vueltas al tema, porque me alteraba y en el fondo me hacía sentir un desasosiego que no era capaz de manejar, y preferí pensar que tan solo teníamos una crisis, nuestra primera crisis, que superaríamos, como tantas otras parejas. Cuando me llamara no iba a contarle que iba a quedar con Raúl por la tarde. Probablemente no lo entendería, entre otras cosas porque no le conocía ni siquiera de oídas, no le había hablado de él, y no era el momento para explicarle todo.

Después de desayunar, me metí de nuevo en la cama a leer hasta que a las once aproximadamente decidí levantarme y darme una ducha. Serían las doce menos cuarto aproximadamente cuando terminé de arreglarme y llamó Raúl.

—Buenos días —su voz sonaba alegre y un poco cantarina.

—Buenos días.

—Sé que ayer te dije de quedar esta tarde…

—Si no puedes, no pasa nada —le interrumpí—, lo entiendo.

—Al contrario, es que he pensado que como el día ha salido tan espectacular, y anochece tan pronto, podíamos ir a comer a una terraza, ¿qué te parece?

—Me parece muy bien —me escuché responder sin dudar.

—Pues entonces te espero a la una y media en la puerta del Retiro que está en la calle Alcalá. He pensado que podemos ir a un sitio que está al lado a comer y luego podemos dar una vuelta por el parque.

—Perfecto, allí nos vemos —volví a responder sin dudarlo. No se oía nada al otro lado—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, aquí estoy, escuchándote.

—Bueno, pues te veo en un rato.

—Adiós, Laura.

—Adiós.

Quedaba una hora y media más o menos, pero yo tardé aproximadamente una hora en decidir cómo iba a ir vestida. Me probaba una cosa, y luego otra, y después otra distinta, y con nada me veía conforme, hasta que apremiada por la hora tuve que elegir qué ponerme para salir de casa. Cuando estaba cerrando la puerta me di cuenta de que Víctor no me había llamado, así que decidí llamarle yo a él. «Estará ocupado», pensé mientras marcaba su número sin moverme de la puerta de casa.

Contestó mi llamada en el primer tono.

—¿Laura?

—Hola, ¿cómo estás?, ¿qué tal todo? —le pregunté.

—Muy bien, muy liado, aquí con todos los del *Summit*, pues liado todo el rato, pero muy bien. Ahora comiendo, que aquí en París se come muy pronto. —Un coro de voces hablando en distintos idiomas se oía detrás de su voz.

—Como no me habías llamado —respondí sin poder esconder mi decepción.

—Ya, que estoy muy liado, con todos los colegas europeos, nos llevan de un lado para otro, pierdo la noción del tiempo. Te iba a llamar luego. Pero estoy bien.

—Ya me imagino. Bueno, no te quiero quitar más tiempo.

—¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes.

—Luego te llamo, te dejo —fue lo último que dijo antes de colgar.

Al terminar la llamada me quedé parada un rato y con la mente en blanco. La conversación había sido rara, pero no quería seguir pensando más en Víctor y en mí. Guardé el móvil y me puse en movimiento. El día era espléndido y me esperaba una comida soleada.

28

Cuando llegué a la puerta del Retiro, Raúl ya estaba allí. Me vio antes de que me acercara a él y comenzó a caminar sonriendo hacia mí. Me dio un abrazo rápido y me preguntó si quería ir a comer ya o prefería ir a tomar algo antes. «Lo que tú prefieras», contesté. Nos dirigimos a la terraza donde íbamos a comer y nos sentamos. La terraza estaba protegida por paredes de cristal, de manera que el viento frío no llegaba hasta nosotros, y las mesas estaban montadas igual que si fuera un restaurante cerrado.

—Aquí está todo buenísimo, ya verás.

—No lo conocía, no he estado antes aquí —contesté.

—Pues ahora cuando veas la carta, si quieres pedimos varias cosas para compartir y así pruebas más platos.

—Me parece una muy buena idea —le dije sonriendo y Raúl me devolvió la sonrisa. Aunque el techo de la terraza estaba abierto, las paredes de cristal conseguían un verdadero efecto invernadero, de manera que empecé a notar calor—. Pero con una condición.

—Dime.

—Que pidas tú, que eres el que conoces el sitio.

—¿Y si algo no te gusta? —me preguntó risueño.

—Seguro que me gusta todo lo que pidas.

—¿Seguro? —y levantó la ceja izquierda al decirlo—. ¿Y si no?

—Que sí, que me gusta todo, creo que no hay nada de comida que no me guste. Bueno, las ostras, no me gustan las ostras.

—Vaya, hombre, es lo primero que iba a pedir —replicó muy serio.

—¿De verdad?

—Que no, estaba bromeando. Pero ¿de verdad no te gustan?

—Nada, las odio.

—A mí me encantan, pero no pasa nada.

—Uf.

—¿Qué? Uf, ¿qué?

—Qué asco, solo de pensar en comer una, uf. —Y puse una cara de repugnancia que hizo que Raúl estallara en una carcajada.

—Tendrías que verte, qué cara has puesto, ¡y eso que no las hemos pedido!

Estuvimos cerca de un par de horas comiendo en la terraza, quizá un poco más. Raúl propuso antes de levantarnos de la mesa ir directos al Retiro a dar un paseo. El día no podía acompañar mejor la propuesta. Al levantarnos, Raúl cogió mi abrigo y me ayudó a

ponérmelo, como había hecho la noche anterior. Salimos de la terraza y nos dirigimos caminando despacio hacia una de las puertas del parque.

Aunque el sol calentaba, el aire era del norte y se notaba bastante frío. Me coloqué la bufanda para que no entrara ni una gota de aire y saqué los guantes del bolso.

—Pues sí que te gustan —me dijo mientras me ponía los guantes.

—¿Perdón?

—Los guantes, que sí que te gustan. Ayer eran rojos, hoy son ¿malva? ¿Violeta? —preguntó como si de verdad estuviera interesado. Yo sonreí.

—Yo diría lila.

—¿Lila? ¿En serio eso un color?

—Pues claro —respondí con intención de explicar la diferencia entre los diferentes colores si era necesario.

—Que ya lo sé, estaba bromeando. —Me miró y le sostuve la mirada. Sus ojos, a la luz del día, tenían el color de la miel, con la zona del iris un poco más oscura. Seguimos caminando en silencio.

Las hojas de distintos colores tapizaban el suelo del parque. Las copas de los árboles que poco a poco las iban soltando acogían todas las tonalidades posibles del amarillo al marrón oscuro, pasando por la gama de los tejas y los ocres. De repente pensé en Víctor.

No había pensado en él desde que habíamos hablado por teléfono antes de comer. Recordé que el primer año de vivir en Madrid solíamos ir a pasear también al Retiro. Solo hacía cuatro años, pero parecía que había pasado una vida. En ese momento no le echaba de menos y me sentía feliz.

Hacía muchos meses que no me encontraba así de bien. Me sentí un poco culpable. Contemplé los rayos del sol otoñal que intentaban atravesar las ramas más altas de los árboles y pude ver cómo iban cayendo hojas de distintas ramas, de una manera azarosa, y cómo con cada nueva racha de viento las hojas caían a montones. Giré la cabeza para mirar a Raúl. Quería decirle: «¿Has visto como caen las hojas?», pero me quedé callada. Él me estaba mirando. Le sostuve la mirada y sentí una especie de punzada en el estómago.

29

El domingo me desperté con una sonrisa en los labios, la misma con la que me había dormido. Recordaba cada momento de la tarde anterior, el paseo por el Retiro con Raúl, cómo vimos anochecer y nos fuimos a tomar un café una vez hubo anochecido. Después fuimos a tomar unas cañas, pero no cenamos nada, no teníamos hambre.

Estuvimos hablando sin parar todo el tiempo, cualquier tema era bueno para la conversación, a veces hasta nos pisábamos las palabras el uno al otro, lo que nos hacía reír continuamente. «Perdona, habla tú». «No, tú». Y así seguíamos entre risas hablando de todo y de nada a la vez.

Con Raúl, desde que nos había presentado Beatriz, tenía esa extraña sensación de que nos conocíamos, como si hubiéramos estado juntos en un momento pasado que no lograba recordar y de nuevo hubiéramos vuelto a reencontrarnos. Con él sentía que podía ser espontánea. No tenía que medir lo que decía ni lo que hacía, como me ocurría con Víctor en los últimos tiempos. Me sentía feliz, y no podía explicar por qué. Solo estar con él, su sola presencia, me hacía sentir feliz.

Cuando nos despedimos, por la noche, nos dimos un abrazo y nos quedamos en silencio, mirándonos. Yo sentí como un aguijonazo en el pecho al pensar que al día siguiente no le iba a ver. Nos miramos durante un rato con sonrisas rígidas, pero ninguno dijo nada. Me pareció ver un halo de tristeza en su mirada. O quizá fue una imaginación mía. Tal vez deseaba pensar que en ese momento él tampoco quería separarse de mí. «Te vas a quedar helada», fue lo último que me dijo mientras me subía la bufanda que tenía colocada alrededor del cuello. Me di la vuelta y abrí con la llave el portal de mi casa, hasta donde me había acompañado. Al abrir la puerta me giré para mirarle de nuevo y levanté la mano para despedirme.

Por la noche mi cabeza no paraba de dar vueltas a mi situación con Víctor y a todo lo que en dos días había sentido con Raúl. Valoraba si contarle a Beatriz lo que había pasado, lo que estaba sintiendo. No. Quizá debía darme tiempo. Podía haber sido todo un espejismo, o simplemente un momento pasajero en el que me había sentido bien después de tanto tiempo sintiéndome triste y confusa por mi situación en casa.

Al día siguiente Víctor regresaba a casa, esa era mi realidad. Lo de Raúl podía haber sido algo parecido a cuando uno sale de excursión y

pasa un día fantástico fuera de casa, pero todo se queda en ese día y esa excursión ya no volverá a repetirse. Además, ¿qué sabía yo de Raúl? Solo había estado con él tres veces. Puede que todo estuviera tan solo en mi cabeza. O no. Pero me daba igual, porque nadie podía arrebatarme lo que había sentido. Había sido como volver a sentirme viva.

Víctor me llamó desde el aeropuerto de París, a la hora de comer estaría en casa. Llegó agotado. Al entrar en casa se dirigió a la habitación para dejar la maleta y todo lo que llevaba encima, y volvió al salón para saludarme. Me levanté, se acercó, me dio un beso y se encaminó a la cocina. «¿Comemos?», preguntó. «Cuando quieras», respondí.

Después de comer se tumbó en uno de los sofás y se quedó dormido. Yo le miraba mientras dormía y pensaba en el paseo que el día anterior a esa misma hora estábamos haciendo Raúl y yo. En la comida Víctor me contó todo lo que habían hecho en París, la agenda que les tenían preparada había sido muy intensa, pero él venía tan entusiasmado como exhausto. Era un gran paso para él, me dijo, haber sustituido a su jefe en una reunión de este tipo.

Mientras me hablaba y me contaba detalles de la reunión y de los lugares donde los habían llevado a comer y a cenar los días que había estado en París, mi mente se fue al Retiro, a pasear de nuevo entre las hojas color teja, ocre y terracota que inundaban los caminos del parque por los que había paseado con Raúl.

Así que no me enteré de mucho de lo que me contó sobre París, y me daba igual. Porque después de haberme sentido tan mal durante tantas semanas, dando vueltas a nuestra relación, ahora me encontraba feliz. Solo tenía que cerrar los ojos y volver a pasear por el Retiro. O incluso irme al Retiro de paseo con los ojos abiertos.

30

Pasaron tres semanas sin casi darme cuenta, ya estábamos en vísperas de Navidad. Ese viernes cogía vacaciones hasta después de Año Nuevo. Desde el fin de semana que Víctor se había ido a París y yo ya había comido con Raúl no había vuelto a verle. No le había contado a Beatriz que habíamos comido juntos el sábado y ella no debía saberlo, porque tampoco me comentó nada.

Cada día esperaba tener noticias de Raúl, que Bea me comentara algo, o que él me llamara. Pero nada de esto ocurrió. Yo tenía claro que no iba a ser yo quien le llamara o preguntara por él. Pero mi cabeza no dejaba de recordar las horas que habíamos estado juntos, repasando una y otra vez cada detalle. Me había rendido a la evidencia de que no podía dejar de pensar en él y me preguntaba si él en algún momento pensaría en mí o todo era una película en mi cabeza.

A la semana de su regreso de París, a Víctor le habían comunicado que iban a crear un nuevo puesto de trabajo para él, una especie de segundo del departamento, por debajo de su jefe, pero con el resto de sus compañeros por debajo. Eso suponía más dinero y más viajes, pero Víctor estaba entusiasmado. Desde entonces se mostraba risueño conmigo y en casa, aunque seguíamos distanciados de alguna manera.

Los silencios incómodos que antes teníamos y las charlas tensas que enseguida se convertían en discusiones habían dado paso a una relación casi amistosa, nos llevábamos fenomenal, pero para mí no era suficiente, no sentía que fuéramos la pareja que habíamos sido, y a menudo fantaseaba con la posibilidad de vivir sola, de separarme de Víctor. Me imaginaba cómo sería, por ejemplo, un domingo sin él, y me imaginaba desayunando sola, comiendo sola, cenando sola, viendo una película sola.

Otros días, en cambio, imaginaba que Víctor llegaba a casa después de trabajar y me reconocía que había estado equivocado todo el tiempo atrás, que yo era lo más importante para él, y entonces nos mirábamos a los ojos y nos abrazábamos y todo volvía a ser como al principio de estar juntos.

Cuando salí de la oficina las luces de Navidad ya estaban encendidas iluminando las calles del centro, que estaban llenas de gente. Parecía que todo el mundo se había vuelto loco yendo en todas direcciones a toda prisa. Quedaban tres días para Nochebuena. En los bares y los restaurantes no había sitio para más comensales, todo

estaba lleno. En las tiendas los compradores esperaban a ser atendidos en algunos casos con impaciencia mal disimulada.

Había quedado para cenar con Beatriz antes de irnos de vacaciones. Yo iría a ver a mis padres y cuando volviera a Madrid ella ya estaría fuera de España, así que estaríamos sin vernos dos semanas.

Al igual que el año anterior, le habíamos pedido a Pelayo que nos hiciera un menú especial para cenar como despedida de Navidad e incluso habíamos tenido que llamarle para que nos guardara la mesa, en esas fechas era imposible ir a ningún sitio si no tenías una reserva. Al final de la cena, como ya era tradición también, se sentaría con nosotras y brindaríamos por los deseos de cada uno con una copa o lo que cada uno quisiera tomar, todo por cuenta de la casa.

Cuando llegué a la taberna el ambiente no podía ser más festivo. Aunque eran las ocho y media pasadas, todavía había mesas que aún no se habían levantado de la comida, y seguían tomando una copa tras otra, a la vez que se iban incorporando nuevos clientes de a poco a las mesas preparadas para grupos de amigos. Todo el mundo tenía ganas de beber, de comer y de pasarlo bien. Una vez pasadas las fechas navideñas, Pelayo se quejaba de todo lo que había que tolerar en pro de las fiestas.

—Si no fuera por las cajas que se hacen esos días, iba a aguantar yo lo que aguanto.

—Todos los años dices lo mismo —le replicaba Beatriz.

—Es que es verdad, la única razón por la que lo hago es por la pasta. Cualquier día cierro y me subo a…

—¡… a tu tierra! —le finalizaba Beatriz la frase.

—Y si no fuera por lo que la quiero, la iba a aguantar a esta también —me decía Pelayo señalando a Beatriz con el pulgar.

—¡Si te encanta aguantarme! —afirmaba Beatriz—. No encontrarías otra como yo ni buscándola. —Y así cada año desde que yo había conocido a ambos.

No sé si sería por el ambiente que se respiraba por todas partes, en la calle, en la oficina, en cualquier tienda o bar que entraras, pero yo me sentía muy animada. Puede que también influyera el hecho de que me iba de vacaciones, y aunque no teníamos previsto ningún viaje, como en años anteriores, iba a pasar una semana con mis padres, y eso siempre me animaba. Además, esos días me servirían para poner distancia con todo lo que había pasado con Raúl. Quizá al volver de las vacaciones ya no pensaría tanto en él como había estado pensando últimamente.

Acababa de llegar a la mesa, haciéndome hueco entre la cantidad de personas repartidas por el local que a esa hora estaban celebrando o a punto de celebrar, y estaba a punto de soltar el abrigo y el bolso cuando oí a mi espalda la voz de Beatriz: «Ya estamos aquí». Me di la

vuelta, le di un beso y, al separarme de ella, le vi, acercándose mirándome, sonriéndome. «Le he dicho a Raúl que viniera, no te importa, ¿verdad?».

31

Estuve nerviosa toda la cena, como si fuera una niña a punto de salir a actuar en la función de teatro del colegio. Todo lo que había estado pensando desde la última vez que le vi se vino abajo. Cada vez que me miraba, que era casi continuamente, algo dentro de mí me empujaba a levantarme y besarle. Deseaba acercarme a él, tocar sus manos, su pelo. Quería preguntar a Beatriz si él había sido el que había querido venir, o había sido algo espontáneo de su parte. Me hubiera gustado poder contárselo y que ella pudiera corroborar lo que yo percibía o me desengañara con una frase tipo: «Está todo en tu cabeza, olvídalo».

Debí comportarme de manera extraña en alguna ocasión, porque Beatriz me preguntó si me pasaba algo. «Es que hay mucho follón, ¿no?», le contesté para salir del paso. «Ya sabes, es Navidad, querida, es lo que hay». Me levanté y fui al baño, necesitaba estar un momento sola. En el baño, apoyada en la pared, pensaba si no era mejor marcharme. Necesitaba distanciarme de Raúl.

Podía irme a casa ya, necesitaba dejar pasar las vacaciones. Necesitaba aclararme. No sabía nada de Raúl. No le conocía. No sabía casi nada de su vida. Y, sin embargo, no podía evitar sentir lo que sentía. Y estaba Víctor. Vivíamos juntos, el momento que estábamos pasando no era el mejor, pero éramos pareja. Mi cabeza parecía a punto de estallar mientras me miraba fijamente en el espejo del baño.

—¿Estás bien? —Beatriz acababa de entrar en el baño—. Venía a buscarte, llevas aquí un buen rato.

—Sí, es que hay tanto follón ahí fuera que quería estar un poco más tranquila aquí dentro.

—Es que ya me tenías preocupada, no sabía si te habías mareado o algo. Bueno, nos tenías preocupados. Ha sido Raúl el que me ha dicho que llevabas ya un rato en el baño. —Me quedé mirándola en silencio.

—Bea, es que.

—¿Qué?

—No sé, Bea, es que no sé qué me pasa. —En ese momento quería decirle: «No sé qué me pasa con Raúl, y no sé por qué has tenido que traerle, porque me remueve todo por dentro», pero no fui capaz, y me oí decir en voz alta—: Es que creo que quiero separarme. Tengo mucho lío en mi cabeza. —Beatriz emitió un pequeño suspiro.

—¿Y lo has pensado ahora en el baño? Mira, Laura, entiendo la situación en la que estás, me has contado muchas cosas, pero es Navidad, en tres días estarás en casa con tus padres, y supongo que

también con los de Víctor en algún momento. Hazme caso, no le des más vueltas ahora, déjalo estar hasta que pasen las Navidades —Beatriz me hablaba con ternura de hermana mayor—. Así que, por favor, hazlo por mí, aunque en el fondo lo estarás haciendo por ti. Vamos a salir, decimos que estabas un pelín mareada, y seguimos cenando, tómate una copa o, si quieres, te vas a casa, yo te llamo un taxi o lo que quieras. Pero antes de salir me prometes que vas a hacer lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Hazme caso. Aunque insisto en lo de la copa, ¿eh? Tal vez lo que necesitas es distraerte y dejar de pensar tanto. —Salimos juntas del baño y al regresar a la mesa volví a encontrarme la mirada permanente de Raúl.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó al sentarme de nuevo.

—Sí, estaba un poco mareada por todo el follón que hay hoy aquí. No es nada.

—Me alegro.

Terminamos de cenar y Pelayo vino a nuestra mesa a tomar una copa con nosotros para desearnos felices fiestas. Yo me debatía entre quedarme o irme lo antes posible. Notaba que la situación me estaba superando, pero no podía marcharme sin más, y menos aún cuando Pelayo se unió a nosotros. Cuando veía a los demás a mi alrededor, disfrutando del momento, pensaba si no me estaría volviendo loca, si no estaba haciendo un mundo de una nimiedad, de unas miradas. Si le estaba dando demasiada importancia a una pequeña crisis de pareja que probablemente tendrían tantas parejas.

Como una hora más tarde pedí un taxi y me fui a casa, a pesar de la insistencia de Beatriz por que fuera con ella y con Raúl a tomar algo en lo que Pelayo cerraba y se unía a ellos. Camino de casa ya estaba arrepintiéndome de no haberme quedado. Estaba hecha un lío. Cuando llegué a casa, Víctor estaba en el salón, lo que me sorprendió, ya que era muy tarde.

—¿Qué estás terminando de ver una peli? —le pregunté cuando le vi en el sofá al entrar en casa. Víctor estaba medio recostado sobre el lazo izquierdo, la pierna derecha doblada simétricamente sobre la pierna izquierda.

—No, terminó hace un rato, estoy viendo ahora un documental de no sé qué de la Segunda Guerra Mundial —me explicó señalando al televisor—. En realidad, estaba haciendo tiempo hasta que volvieras.

—Pues gracias —contesté—. Yo me voy directa a la cama.

—Sí, yo también voy. —Y se levantó del sofá a la vez que apagaba la televisión.

Cuando nos acostamos, Víctor comenzó a acariciarme. Desde la bronca que tuvimos en Portugal no habíamos vuelto a tener contacto físico más allá de pequeños besos que nos dábamos en los labios a modo de saludo o despedida. De eso hacía más de tres meses. Pero esa

noche Víctor volvía a ser el Víctor que yo conocía. Y esa noche volvimos a ser la pareja que habíamos sido.

32

El viernes por la tarde llegamos a casa de mis padres. Al día siguiente de la cena con Beatriz, mi madre me había llamado para confirmar conmigo cuándo llegábamos y que cenábamos con ellos el día de Nochebuena, como en años anteriores. Era ya casi una tradición cenar en mi casa el 24 y comer en casa de los padres de Víctor el día de Navidad.

Antes de irnos pasé a despedirme de Nazaré. Quería desearle feliz Navidad y ver qué tal iba con el embarazo. Desde la comida que tuvimos en casa no habíamos vuelto a vernos, ni tan siquiera habíamos coincidido en el portal de casa, algo que a veces ocurría. Me sentía un poco mal por apartar a Nazaré de mi vida. Era una chica estupenda que conmigo siempre había tenido gestos amables, pero había algo, no sé, que hacía que no llegáramos a conectar del todo.

Aun así, el jueves por la tarde me acerqué a su casa pensando que ya habría llegado, como en efecto así era. Me abrió la puerta con sorpresa, pero con su amabilidad característica me invitó a pasar.

—No te preocupes, si solo quería venir a desearte feliz Navidad y preguntarte qué tal llevas el embarazo —le dije mientras ya caminábamos las dos dentro de su casa hacia el salón.

—La verdad es que no me estoy enterando de que estoy embarazada, espero que dure así hasta el final. ¿Qué quieres tomar? ¿Un café, una cerveza?

—Muchas gracias, Nazaré, de verdad que no quiero nada.

—Mira, me da igual, te voy a poner un moscatel, que así me tomo yo otro. ¿Te gusta el moscatel? Este no es muy dulce, ya verás qué rico. —Se levantó y volvió con dos copitas y una botella de moscatel que sirvió en las dos copas. Cogió una de las copas y me la ofreció—. Huélelo, verás cómo te huele un poco a flor y a canela.

—Tienes razón. —Bebí un poco después de olerlo—. Y sí, está muy rico, y es muy distinto de otros que he probado.

—Laura, quería comentarte que me sentí un poco violenta el último día que comimos en tu casa. —Su sinceridad me desconcertó, no sabía a qué podía referirse—. Cuando Luis hizo el brindis por la inversión que Víctor y él han hecho juntos, no sé, me pareció que no sabías nada, que te pillaba de sorpresa, y me sentí mal por ti.

—No te preocupes, luego Víctor me explicó todo. Es verdad que me pilló de sorpresa, pero no tenías por qué sentirte mal —mentí.

—No sé, quizá te malinterpreté, pero me pareció que no era solo

eso, pero bueno, da igual. Lo que cuenta es que creo que va a ir muy bien, ya verás.

—Seguro que sí. Bueno, ¿y tú qué tal estás? ¿Qué tal llevas el embarazo? —pregunté intentando cambiar el tema lo antes posible.

—Pues ya te digo, de momento ni me entero, lo llevo muy bien.

Las dos nos quedamos en silencio. De golpe afloraron a mi memoria recuerdos de mi embarazo y no quise seguir hablando del tema.

—Pues ojalá sigas así hasta el final. Bueno, me voy a ir. —Me levanté con una sonrisa—. Que mañana nos vamos de viaje y tengo que preparar las maletas. Como te dije, solo quería desearte feliz Navidad y ver qué tal estabas.

Nazaré se levantó y me acompañó hasta la puerta.

—Gracias, Laura. Feliz Navidad para ti también. —Abrió la puerta para que pudiera salir y, cuando me di la vuelta para despedirme, me dio un abrazo que yo no esperaba—. Y, Laura, aquí estoy si algún día me necesitas.

Al día siguiente, al llegar a casa de mis padres me sentía feliz. Para mí volver a casa suponía siempre una especie de descanso no solo físico sino también mental. No solo era el hecho de volver a la casa en la que más tiempo de mi vida había pasado, con todos los recuerdos y la sensación de seguridad que me brindaba, era también ralentizar el ritmo de vida que desde que me había instalado en Madrid se había visto acelerado por el propio ritmo de la ciudad.

En la ciudad donde me crie y donde seguían viviendo mis padres y la mayoría de mi familia parecía que la gente nunca tenía prisa por llegar a ningún sitio, al contrario de lo que sucedía cada día en las calles de Madrid. Caminar por el centro de mi ciudad natal era para los viandantes una especie de costumbre ancestral donde el tiempo quedaba suspendido. La gente salía a pasear por pasear, ahora miraba un escaparate, ahora se paraba a saludar a unos conocidos. Nunca había prisa para nada.

Quizá en algún momento, dependiendo de la estación del año, se sentaba uno a tomar un café o un helado en alguna de las múltiples cafeterías o terrazas, o un vino con una tapa en algún bar donde el camarero muchas veces te conocía por tu nombre. Madrid para mí era todo lo contrario. Era ir corriendo casi siempre a casi todos los lados, no conocer a nadie cuando caminabas por la calle, ahora una carrera para cruzar el semáforo o coger el autobús que ya parece que viene y si no, me toca esperar otros diez minutos.

Pero regresar a mi ciudad, la ciudad donde nací, donde me crie, donde estudié en la universidad, me hacía sentir la misma que había sido cuando vivía allí. Y pasar unos días con mis padres, ver a algunos de mis tíos, mis primos, todo me transmitía una energía especial.

Estaba deseando pasar allí los días de Navidad y dejar atrás lo que había vivido los últimos meses.

33

El día de Nochebuena en mi casa siempre había sido un día muy señalado. En mis recuerdos de infancia desde primera hora de la mañana todo era movimiento y compras, y cazuelas en el fuego, y mi madre de un lado para otro organizando todo para la cena. Mi madre no era especialmente devota de la Navidad, pero le encantaba el rito de la cena de Nochebuena. De hecho, solía decir al día siguiente: «Bueno, pues ya está, otras Navidades que hemos pasado» y a mi padre y a mí nos entraba la risa, pues para nosotros no había sido sino el comienzo de las mismas.

Mi madre era una anfitriona fantástica, de las que cuidan cada detalle e intenta que cada uno de los invitados a su casa se sienta mejor que en la suya propia. A la cena de Nochebuena venía siempre mi tío Javier con mi tía y mis primos. Cuando mi abuelo vivía, algunos años venían mis abuelos maternos. Ahora solo vivía mi abuela, y cada año iba a casa de alguna de mis tías si no venía a la nuestra. Este año no le tocaba venir.

Yo estaba deseando ver a mi primo Javi, y que me contara novedades de su vida en Inglaterra, donde estaba desde hacía varios años. No habíamos perdido el contacto, pero los últimos años apenas nos habíamos visto, incluso algún año solo habíamos estado juntos en Navidades, pero eso no había hecho que nuestra complicidad disminuyera ni un ápice.

A mi padre también le encantaba tener invitados en casa, y se preocupaba de elegir vinos especiales para las comidas o las cenas. Además, que viniera mi tío Javier, otro enamorado del vino como él, era un reto añadido, eran demasiados años compartiendo botellas y no era fácil sorprenderle. En otras casas las Navidades eran sinónimo de discusiones y mal humor, pero en mi casa todos deseábamos que llegara la cena de Nochebuena, y todos nos arreglábamos como si de una fiesta se tratase.

Pasé todo el día ayudando a mi madre, me encantaba. Por la mañana salimos a recoger varios encargos y, por la tarde, después de comer, la ayudé a terminar de preparar la cena. Víctor había ido a comer a casa de sus padres y todavía no había regresado cuando mi madre y yo empezamos a cocer el marisco para la cena. El 24 de diciembre, desde que yo tenía recuerdos, la cocina de mi casa olía por la tarde a marisco recién cocido y a asado en el horno. Cuando terminamos de preparar la cena no quedaba un hueco vacío en las

encimeras donde colocar una bandeja más con comida o aperitivos. Víctor llegó cuando yo estaba a punto de subir a ducharme y cambiarme de ropa.

Serían las ocho y veinte, más o menos, porque ya estábamos mis padres y yo junto a Víctor arreglados y sentados en el salón, esperando que llegaran mis tíos y mis primos cuando sonó un móvil. Yo había dejado el mío arriba, de donde venía el sonido, pero no esperaba ninguna llamada. Como los demás tenían sus móviles con ellos, comenzaron a mirarme como pidiendo que subiera a responder la llamada, y así cesara el sonido incesante de la misma.

Subí las escaleras lo más deprisa que pude, y respondí sin mirar siquiera quién estaba llamando. Lo único que quería era parar la música que sonaba.

—¿Sí? —casi grité al contestar.

—¡Qué energía! Solo quería desearte feliz Navidad —Me quedé paralizada al oír la voz de Raúl. No había pensado en él en todo el día.

—Hola —respondí tras reponerme de la sorpresa—. Igualmente, aunque no es Navidad hasta mañana —intentaba sonar espontánea, pero empecé a notarme nerviosa.

—Bueno, pues entonces te llamo mañana —respondió con una sonrisa que podía percibir a través del teléfono.

—No, bueno, me refiero, no me líes —seguía sin saber qué decir—. La verdad es que no esperaba que fueras tú el que llamaba, me has pillado de sorpresa.

—¿Estás con tu familia, me imagino?

—Sí, ¿y tú?

—También, en un rato veré a Beatriz, nos juntamos las dos familias para cenar.

—Qué bien, no lo sabía. Nosotros también nos juntamos con unos tíos míos y mis primos.

—¿Con tu primo el de la música? —preguntó Raúl.

—¡Laura, baja, que ya están en la puerta! —se oyó una voz gritando desde el piso de abajo.

—Oye, tengo que irme. Que… feliz Navidad.

—Adiós, Laura —dijo y nos quedamos los dos en silencio, sin que ninguno colgara, escuchando ambos la respiración del otro durante unos segundos.

—Adiós —colgué.

34

Bajé las escaleras despacio, mis tíos y mis primos estaban intercambiando abrazos con mis padres y preguntando por mí. Cuando bajé les abracé a todos, verles me hacía sentir muy feliz. Nos sentamos en la mesa a cenar, yo me senté junto a mi primo Javi. Ahora que no nos veíamos tanto aprovechábamos cualquier ocasión de este tipo para ponernos al día de nuestras respectivas vidas.

Desde que se había ido a vivir a Londres nos veíamos muy poco, y aunque yo llevaba años prometiéndole que iría a verle, todavía no había cumplido mi promesa. Javi ya había pasado la barrera de los treinta, de hecho, tenía treinta y dos años. A mí, que todavía no había salido de los veinte y algo me parecía que él estaba en otro nivel. Él seguía como siempre había sido, una persona abierta y risueña.

—¿Qué? ¿Este año sí vas a venir a verme a mi casa de Londres? —me preguntó mientras empezábamos a dar buena cuenta de los aperitivos que había repartidos por toda la mesa.

—Te lo iba a prometer, pero como cada año hago la promesa y luego nunca voy, este año no te prometo nada, y ya verás cómo voy —le contesté sonriendo. Me sentía tan contenta siempre que estaba a su lado.

—Es que eres tonta, tienes allí donde quedarte, te lo digo siempre. Además, me he mudado hace un mes a una casa más grande que la otra y mejor situada que donde vivía.

—¿Y eso? ¿Te ha obligado tu novia inglesa? Por cierto, ¿vendrá para Nochevieja a pasar unos días como el año pasado?

—Pues mira, este año no. Hemos roto hace un mes, por eso me he mudado.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? Lo siento. Si estabas muy feliz con ella, o eso parecía.

—Efectivamente, eso parecía. —Se acercó un poco más a mí como buscando intimidad en lo que iba a contarme, aunque nuestra conversación se perdía en las voces del resto de comensales—. No te digo que estuviéramos mal, pero nuestra relación se había hecho muy rutinaria, y qué quieres que te diga, no me apetecía quedarme en una relación así toda mi vida. No me sentía yo, sentía que me había acomodado, pero ese no era yo.

—O sea, que rompiste tú, ¿no? ¿Y cómo se lo tomó ella?

—Pues un poco drama, la verdad, pero a veces hay que tomar este tipo de decisiones. ¿Tú que tal con Víctor? Se os ve muy bien,

cualquier día os casáis.

—Qué tonto, casarnos no. Creo que ni hemos hablado de boda en todo el tiempo que llevamos juntos. Pero bien, estamos muy bien, sí. Muy liados los dos, él más ahora con su trabajo, pero bien. —Miré a Víctor que hablaba muy animado con mi padre y mi tío Javier e inmediatamente después vino la imagen de Raúl a mi mente.

—Se os ve, ya te digo que se os ve. Ojalá llegue yo a conocer a alguien con quien tener una relación como la vuestra. —Miró a Víctor y volvió a mirarme a mí—. Fíjate la relación de Víctor con tus padres. Ojalá hubiera tenido Helen una relación así con mi familia, era demasiado inglesa. Aunque bueno, tampoco sé si hubiera sido suficiente para seguir juntos ahora.

Nuestra conversación a dos dio paso a una conversación coral donde de repente todos estábamos hablando con todos sin orden ni concierto, interrumpiéndonos los unos a los otros, y riendo con las ocurrencias de mi tío Javier, que seguía tan gamberro como siempre. Mi primo Javi tenía razón, Víctor estaba muy integrado en mi familia, siempre lo había estado. En mi caso no era así con la suya. Mi relación con su familia era cordial y educada, conmigo eran muy amables y trataban de que yo me encontrara a gusto cuando estaba con ellos, pero en el fondo, no sabía explicar por qué, sentía que no formaba parte de ellos.

Miraba a mi familia y pensaba si esto era a lo que Víctor se refería cuando hablaba de tener los dos una familia propia. Por otro lado, seguía sorprendida por lo que mi primo había manifestado respecto a cómo veía mi relación con Víctor, nuestra relación como pareja. A sus ojos éramos una pareja ideal, sin embargo, yo llevaba meses pensando que nuestra relación de pareja no funcionaba. Y, además, estaba Raúl.

No sabía decir si había aparecido en mi vida porque mi relación con Víctor no llenaba las expectativas que yo tenía respecto a ella, o igualmente, aunque mi relación fuera ideal, se habría hecho un hueco en mi mente. Me pregunté por qué se separan las parejas. Por qué a veces hay espacio para una tercera persona, que en muchas ocasiones desencadenan la ruptura de la pareja, y en otras hay parejas que son capaces de superar crisis que les hacen más fuertes, o quizá es lo que dicen, y simplemente se conforman y tiran la toalla.

Debía estar muy pensativa porque mi tío Javier se acercó por detrás sin que yo le hubiera visto —debía venir del cuarto de baño—, y abrazándome con cariño por detrás, me dijo al oído: «No pienses tanto, Laurita, que es malo», me dio un beso en el pelo y volvió a sentarse en la mesa.

35

La mañana del 25 me desperté sobresaltada. Al abrir los ojos tardé un rato en situarme en la habitación y darme cuenta de que estaba en casa de mis padres. Sonaba una música a lo lejos, una música que me había sacado de golpe del sueño en el que estaba inmersa.

En el sueño paseaba por el Retiro con mi madre, y de frente, el uno junto al otro, hablando animadamente, veía venir a Raúl y a Víctor, este empujando un cochecito de bebé. Mi madre les saludaba a los dos con la misma efusividad y a lo lejos veía a mi primo Javi que venía corriendo como queriendo unirse al grupo, y junto a él, también corriendo, venía su exnovia inglesa. Yo miraba perpleja a Víctor que hablaba con Raúl y con mi madre entre risas. Quería preguntar de qué se conocían, pero no me atrevía. Cuando mi primo Javi llegó donde estábamos, empezó a sonar una música muy fuerte, tan fuerte que me despertó.

Estaba sola en la cama. Víctor ya debía haberse levantado. Miré la hora, eran más de la diez de la mañana. Bajé a desayunar. La casa estaba inundada por la luz blanquecina del sol que entraba por todas y cada una de las ventanas de la casa. Aunque el día había amanecido muy frío, con varios grados bajo cero de temperatura, no podía ser más luminoso.

En la cocina estaban mis padres hablando con Víctor. Los tres estaban muy animados, pero mi padre tenía cara de cansado, como si no hubiera dormido bien.

—Nos estaba contando Víctor lo de su promoción en la empresa y lo de la inversión que habéis hecho —dijo mi padre después de que les diera un beso a mi madre y otro a él, y me sentara en la mesa para tomar un café.

—A lo mejor está el café frío, prueba y me dices, que pongo otra cafetera —interrumpió mi madre a mi padre cuando comencé a servirme café en la taza.

—A tu padre le ha parecido muy buena idea lo de la inversión —afirmó Víctor dirigiéndose a mí. Yo permanecí callada y probé el café.

—Está bien, mamá, no te preocupes, no está frío —me dirigí a mi madre.

—Le estaba comentando a Víctor que la inversión que habéis hecho es muy buena idea. Parece que tendrá bastante rentabilidad, y como sois muy jóvenes, podéis esperar, no tenéis prisa. —Yo asentí y volví a beber de la taza.

—¿No quieres nada de comer, cariño? —me preguntó mi madre.

—No, de verdad, mamá, gracias, ayer cenamos mucho y hoy hay también comilona.

—Hablando de comilona. —Víctor se levantó y antes de salir de la cocina se dirigió a mí—. Voy a llamar a mis padres a ver a qué hora quieren que estemos allí.

—Yo también voy a descansar un poco —dijo mi padre después de darle un beso a mi madre en la mejilla antes de dejarnos solas.

—¿Le pasa algo a papá?

—¿Por?

—No sé, le he notado como muy cansado. —Mi madre me miró fijamente sin decir nada.

Mi madre se sentó, cogió la taza de café que yo acababa de terminarme y se sirvió un poco más que bebió de un trago sin añadirle nada más.

—No, no está bien. Pero, por favor, Laura, prométeme que no vas a decirle nada, porque le di mi palabra de que no iba a decírtelo, o por lo menos no hasta que pasara la Navidad.

—Pero ¿es el cáncer otra vez? —Mi madre asintió con la cabeza, yo me quedé en silencio, no sabía qué decir—. Pero ¿está en tratamiento?

—Hasta esta semana ha estado, ahora está de descanso, y después de Reyes vuelve a revisión —me dijo mirándome a los ojos fijamente. Su mirada era de una tristeza infinita.

—¿Por qué no me has llamado para contármelo?

—Tu padre me pidió que no lo hiciera. Ya sabes cómo es, no quiere preocupar a nadie, y a ti menos que a nadie. Si sufres tú, él sufre el doble. —Se levantó y comenzó a recoger lo que había en la mesa. Me levanté yo también y la ayudé a recoger todo. Las dos estábamos en silencio. Cuando terminamos volví a preguntarle.

—¿Te puedo ayudar en algo más?

—No, cariño, no te preocupes. —Me acerqué y la abracé. Salí de la cocina sonriendo intentando que no se notara la desolación que estaba empezando a sentir.

Subí a la habitación, Víctor estaba tirado encima de la cama aún por hacer leyendo una revista. Acababa de hablar con sus padres, nos esperaban a la una y media para hacer un aperitivo antes de la comida. Me debió notar preocupada porque nada más verme entrar en la habitación me preguntó si me pasaba algo y dejó la revista abierta boca abajo a su lado.

—Nada —mentí—. Voy a ducharme.

—¿Has oído a tu padre? Le parece muy buena idea nuestra inversión.

—Querrás decir tu inversión —le respondí muy despacio sin darme la vuelta mientras sacaba unas perchas con ropa del armario.

—¿Otra vez, Laura? ¿Vamos a volver con lo mismo de nuevo?

—Tienes razón, Víctor, tienes razón. No volvamos con lo mismo de nuevo. —le miré mientras colocaba la ropa que iba a ponerme encima de la cama.

—No hace falta que te pongas cínica.

—No estoy siendo cínica, Víctor. Pero vamos, que le digas a mis padres que hemos hecho una inversión cuando la hiciste tú solo sin tan siquiera comentarme nada. Pero de verdad, no volvamos con lo mismo, es Navidad, y no quiero que discutamos aquí. Voy a la ducha.

No tenía ganas de discutir con Víctor. Tampoco tenía ganas de hablar con él. Solo quería poder ir a ver a mi padre y abrazarle, pero si lo hacía sospecharía que mi madre me había contado algo, así que me impedí a mí misma hacerlo. Quizá pensaría lo mismo si iba a hablar un rato con él justo después de hablar con mi madre. No, mejor me duchaba primero, y luego le buscaba para pasar un rato con él antes de irme a comer. No me apetecía nada ir a casa de los padres de Víctor, menos aún con la noticia que acababa de conocer, pero tenía que hacerlo.

Pensé en Raúl. Pensé en Beatriz. Los dos habían estado casados y los dos se habían separado. Yo no estaba casada, pero le daba vueltas a la idea de cómo llega una pareja a separarse. Quizá un momento como el que acababa de tener yo con Víctor era uno más de los que se van acumulando a lo largo del tiempo en una pareja hasta que llega el momento de la ruptura.

En ese momento pensar en una ruptura también me daba igual. Solo pensaba en mi padre, en lo que estaría pasando él y lo que estaría pasando mi madre. Y en por qué no había querido contármelo. En otro momento hubiera llamado a Beatriz para desahogarme con ella, pero tampoco tenía ganas. En ese momento lo único que quería era abrazar a mi padre, y después, volver a escuchar la voz de Raúl.

36

La madre de Víctor me saludó tan cariñosa como siempre. Para ella la Navidad también significaba poder reunir a sus hijos de nuevo en casa y se notaba que le encantaba ejercer de anfitriona en la comida de Navidad.

En familias tan numerosas no era fácil que en la misma celebración navideña pudieran estar todos los hijos, pero de alguna manera ella lo había conseguido en los últimos dos años. En la comida de Navidad íbamos a estar además todas las parejas y los dos bebés que recientemente habían nacido en la familia. Víctor era el hermano pequeño y, de los cuatro, era el único que no estaba casado. Supongo que su madre tenía una predilección por él no solo por ser el pequeño, sino que además era el único que vivía en otra ciudad, de manera que le veía con menos frecuencia que al resto.

Aunque nosotros no estábamos casados, Víctor cenaba con mi familia en Nochebuena y yo comía con la suya en Navidad, a diferencia de otros amigos nuestros, que aprovechaban el hecho de no tener un papel que certificara su unión para celebrar las fiestas navideñas cada uno con su familia.

El padre de Víctor era un hombre seco y recio que intentaba ser amable a su manera, algo que no siempre conseguía, y para lo que siempre estaba al quite su mujer. Ella era la que se encargaba de todo lo relacionado con la celebración. Era una mujer muy resuelta que siempre había dividido su tiempo a partes iguales entre la empresa familiar a la que su marido vivía entregado, y la casa y la familia. Ahora sus hijos ya no vivían en casa y cada uno tenía su vida, pero ella seguía con ese reparto del tiempo en su vida.

Se preocupaba de verdad por cada una de las parejas de sus hijos, incluida yo, sabiendo mantener la distancia adecuada para no resultar molesta en ningún momento. Yo le había preguntado al llegar en qué podía ayudarla, pero como cada año me dijo que solo me preocupara de disfrutar, que era una invitada en su casa y, aunque agradecía mi intención, quería que me sintiera como tal.

En la mesa estábamos diez comensales, lo que hacía que a ratos el guirigay impidiera tener una conversación con más de una pregunta y respuesta, la segunda pregunta ya no se entendía. El padre de Víctor, casi como una tradición, aprovechaba que todos sus hijos estaban sentados de nuevo en la misma mesa para preguntar novedades sobre los trabajos de cada uno, como queriendo hacernos a todos partícipes

de las informaciones más recientes de toda la familia.

Víctor les había contado a todos el tema de su promoción en el trabajo y la reciente inversión que había realizado, temas que durante más de quince minutos estuvieron en boca de todos, entre enhorabuenas y preguntas técnicas sobre la inversión realizada. Yo estaba hablando con la mujer del hermano mayor de Víctor, que estaba sentada a mi izquierda, cuando Víctor me llamó por mi nombre.

—Laura, ¿no has oído lo que ha preguntado mi padre? —yo sonreí, no había oído nada fuera de la conversación que yo estaba manteniendo.

—No, perdona —respondí. Y dirigiéndome al padre—. Si no te importa repetir lo que has dicho.

—Nada, le he preguntado que cuándo os casáis, que supongo que es algo que tendréis en mente, así como tener niños. Ya van dos en la familia —dijo con cara de abuelo orgulloso—, en cualquier momento os toca a vosotros.

—Bueno, nosotros, no sé, Víctor, échame una mano —le dije con una risa nerviosa intentando eludir la respuesta.

—Ya le he dicho que estamos en ello —dijo mirándome fijamente.

Yo sonreí apretando los labios con fuerza y no añadí nada más, intentando que el tema se diluyera por completo y diera paso a otro nuevo. Me quedé mirando a Víctor, que siguió hablando con su padre y uno de sus hermanos, entre risas, y sentí que estábamos muy lejos el uno del otro. Pensé en mi padre, en lo que mi madre me había revelado.

Quería volver a casa de mis padres, me sentía una extraña en aquella mesa. Todos eran amables, pero había algo que me alejaba de ellos. Miré a la madre de Víctor, ella me estaba mirando con una sonrisa cálida en los labios. Yo pensaba en mi padre y en cuál sería el estado de su enfermedad. Necesitaba saberlo, y necesitaba hablar con mi padre, aunque mi madre me hubiera dicho que no lo hiciera.

Recordé también a Raúl. Le imaginaba en otra mesa llena de gente, rodeado de su familia. Estaría con Beatriz, tenía que llamar a Beatriz para desearle feliz Navidad, con todo lo que había pasado había olvidado por completo llamarla. A ella le daría igual, nunca tenía en cuenta esas cosas. Qué cerca me sentía siempre de ella, aunque no fuéramos familia, aunque nos conociéramos desde hace escasos años. Ella me entendía y me confortaba, incluso cuando no me entendía me confortaba. Y, sin embargo, yo le había ocultado el día que quedé con Raúl. Tenía que contárselo. Ella nunca me juzgaba. Por otro lado, no tenía nada que ocultar, tan solo habíamos comido y paseado. Aunque no podía negar que cada vez lo tenía más presente en mi cabeza y me sentía muy confundida.

Después de comer pasamos varias horas en casa de los padres de Víctor, casi hasta rozar la hora de la cena. Yo quería irme, pero entendía que debía quedarme, así que me uní a todas las conversaciones en las que se me involucraba, intentando responder a las preguntas que, quizá por el hecho de no vernos a menudo por vivir en otra ciudad, eran muchas.

Al despedirnos, la madre de Víctor nos acompañó hasta la puerta de casa. Me ayudó a ponerme el abrigo y cuando fui a darle un beso de despedida, me dijo:

—No te molestes por lo que ha dicho mi marido, ya sabes que es muy tradicional, es como le educaron.

—No te preocupes, de verdad, no me ha molestado para nada —le contesté mostrando todo el afecto que me fue posible en el tono de voz, y nos fundimos en un abrazo.

37

En el camino de vuelta a casa de mis padres, mientras iba en el coche con Víctor, mirando por la ventana, decidí que iba a hablar con mi padre. Íbamos los dos en silencio, algo sonaba en la radio, pero no sé si era música o un grupo que hablaba de música, no le estaba prestando ninguna atención. Tenía que hablar con mi padre. Quizá esa noche no, era el día de Navidad, pero intentaría hablar con él cuando estuviera solo en algún momento. Eso no era difícil, mi padre pasaba mucho tiempo en el despacho o en el salón escuchando música —casi siempre *jazz*, por no decir siempre—, y leyendo. Mi madre le acompañaba en la lectura en muchos de esos momentos, tenía que decidir si hablar con él cuando ella estuviera presente o hablar primero con ella para explicarle mi intención, al fin y al cabo, era ella la que me había informado de la situación de mi padre y me había pedido que no le comentara nada al respecto.

Cuando llegamos a casa de mis padres, nos sentamos con ellos un rato en el salón y tomamos un oporto que nos sirvió mi padre. Todos estábamos cansados y ninguno teníamos hambre después de la comida de Navidad, los dulces, los licores y las copas que habíamos tomado, pero mi padre, que estaba tomando un oporto cuando nosotros entramos a saludar, nos convenció con entusiasmo para que nos sentáramos un rato con ellos y tomáramos algo con él mientras charlábamos un rato antes de irnos a dormir.

Me costaba creer lo que mi madre me había contado. Miraba a mi padre y le veía pletórico. Es cierto que a mi padre se le notaba algo cansado, pero todos lo estábamos, las fiestas navideñas son capaces de dejar extenuado a cualquiera. Lo que veía en mi padre era una jovialidad y unas ganas de hacer cosas que ni siquiera yo tenía.

Nos tomamos un par de copitas de oporto cada uno, y después de una animada conversación en la que la voz cantante la llevó mi padre, Víctor y yo nos subimos a nuestra habitación.

Toda la locuacidad que Víctor había tenido durante el día con su familia y con la mía se transformó en silencio cuando cerramos la puerta. Yo no sabía si quería hablar con él o no. La pregunta de su padre sobre nuestra boda y sobre todo la respuesta de Víctor me había dejado desconcertada, y tampoco entendía por qué nosotros no podíamos hablar con claridad de nuestra vida, de que no teníamos intención de casarnos o de tener hijos. No entendía por qué teníamos que ser como los demás. Y si no lo éramos, teníamos que aparentarlo

delante de sus padres.

Estaba tumbada en la cama leyendo cuando me sorprendió la pregunta de Víctor.

—¿Viste lo que preguntó mi padre?

—Sí —respondí sujetando el libro con la mano izquierda mientras marcaba la página por donde iba con el dedo índice—, pero no entiendo qué quieres decir ahora con eso.

—Pues lo que hablamos la última vez, que me gustaría saber si tienes planes de familia, como yo. Si has decidido ya si quieres tener hijos o no, y, además, pues que podíamos ir pensando en casarnos.

—Víctor, no quiero discutir ahora.

—Yo tampoco quiero discutir, pero quiero saber. Es nuestra vida, joder, es mi vida. Quiero saber qué es lo que tú quieres conmigo. Es que no parece que sea tan difícil de saber. —Yo le miraba, pero no sabía qué contestar—. ¿Qué? ¿De verdad que no tienes nada que decirme, Laura?

—Mi madre me ha dicho que mi padre tiene cáncer otra vez. No he podido hablar más con ella, y no he hablado todavía con mi padre —le dije en voz muy baja—. Me lo dijo hoy por la mañana antes de ir a comer a casa de tus padres.

—Joder, lo siento, Laura, de verdad. El caso es que yo le he visto muy bien ayer y hoy, muy animado. Mira cómo estaba hace un rato, si hasta nos ha insistido para tomarnos el oporto con él. ¿Por qué no me lo habías contado?

—No sé, cuando me lo dijo mi madre me pilló muy de sorpresa, y luego, pues, nos fuimos a la comida de Navidad. Mi padre le había pedido a mi madre que no me contara nada.

Víctor se quedó en silencio. Los dos nos quedamos en silencio. Víctor se tumbó boca arriba, se giró para darme un beso, y volvió a tumbarse. Yo miraba a un punto en el techo que no existía, los dos seguíamos en silencio. Se oía a lo lejos los ladridos de varios perros. Volví a abrir el libro y retomé la lectura hasta que me venció el sueño.

38

El día siguiente a Navidad la niebla lo cubría todo, no se veía ni tan siquiera la casa que estaba a unos metros de la casa de mis padres. «Mañanita de niebla, tarde de paseo», recordé que me decía mi abuela cuando era una niña pequeña. Los días de niebla tenían para mí algo de cuento, y no sé por qué, desde mi infancia, los tenía asociados a las vacaciones de Navidad, aunque hubiera más días de niebla una vez que estas se terminaban.

Mi madre me había preguntado cuántos días íbamos a quedarnos con ellos. Víctor y yo habíamos decidido quedarnos hasta el 29. La noche del 31 la íbamos a celebrar con Luis y Nazaré en su casa. Luis nos había invitado a través de Víctor y este le había respondido que sí sin tan siquiera preguntarme. Los días restantes Víctor quería quedar con algunos de los amigos de la facultad, y yo quería aprovechar para estar con mis padres y ver a algunas personas más de la familia.

Era media mañana y Víctor acababa de irse cuando decidí ir a buscar a mi padre para hablar con él. Estaba en el despacho y al verme me sonrió.

—Pasa, cariño.

—Hola, papá —le dije después de darle un beso en el pelo—. ¿Qué haces? ¿Qué está sonando? —pregunté mirando el plato donde giraba el vinilo. Su imagen me trasladó de golpe a las tardes de mi infancia, sentada en la alfombra al lado de mi padre en la misma habitación.

—Estoy aquí, leyendo —dijo mientras me enseñaba la portada del libro—. Tu madre ha salido un momento y ahora vuelve. ¿Qué suena? Chet Baker. ¿Te gusta?

—Sí, un poco triste, ¿quizás? ¿Y no sonaría mejor en CD?

—Quizás. Su vida fue triste. Aunque a mí me parece más sentimental que triste. Y no, no suena mejor un CD que un vinilo —contestó con una amplia sonrisa—. Pero bueno, dejemos de hablar de música, ¿no? ¿Qué tal estás? ¿Qué tal ayer con la familia de Víctor? —Cerró el libro y lo dejó encima de la mesa.

—Bien, creo. —Y solté una especie de risa—. Dejémoslo ahí. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien, cariño, ¿y tú? —No sabía cuándo decirle lo que ya sabía.

—Mamá me ha contado lo del cáncer —le respondí de sopetón.

—Ay, tu madre —dijo lanzando un pequeño suspiro.

—Por favor, me dijo que no te dijera nada.

—Estoy bien, solo que no quiero que te preocupes, Laura.

—Mamá me dijo que ya estabas en tratamiento. ¿Estás bien o cómo estás?

—Sí, lo estoy. Es un tratamiento experimental y de momento ha ido muy bien. Ahora estoy de descanso y después de Navidades vuelvo.

—Pero ¿es otra vez un tumor?

—No, esta vez no es un tumor, por eso no me han operado. Las células cancerígenas se han ido extendiendo por distintas partes del cuerpo. Pero no te preocupes, de verdad, porque el tratamiento está funcionando.

—¿Y por qué no me dijisteis nada?

—Porque no quiero preocuparte, hija.

—Pero, papá, es que yo quiero preocuparme por ti. Eres mi padre. Y quiero saber cuándo te pasa algo. —mi padre me cogió las manos y me las apretó con fuerza—. Por favor, ¿me prometes que a partir de ahora me vas a contar todo lo que te pase a ti, o a mamá?

—Te lo prometo.

—¿Qué le estás prometiendo a la niña? —exclamó mi madre que entró en ese momento en la habitación.

—Que le vamos a contar todo —respondió mi padre—. Que tiene derecho a saber lo que nos pasa. —Mi madre me lanzó una mirada de reprobación—. No la mires así, mujer —le dijo mi padre a mi madre —, es lógico que haya venido a hablar conmigo. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Mamá, lo siento, pero no podía no hablar con papá. Si me apuras, la culpa es suya por decirte a ti que no me contaras nada. — Mi madre sonrió levemente y miró a mi padre con ternura.

—Ya sabemos —prosiguió mi padre dirigiéndose a mi madre—, no podemos ocultarle nada. De hecho, se lo acabo de prometer. —Y se acercó a mi madre, a la que pasó un brazo por encima del hombro.

Mi madre apoyó la cabeza en la cabeza de mi padre. Mirándoles me preguntaba cómo habían sido capaces de llegar hasta ahí, yo solo llevaba unos cuantos años con Víctor y ya tenía la sensación de que lo nuestro, de alguna manera, se había roto.

Sentí una tristeza infinita por todos los momentos que había vivido junto a mis padres y que ya nunca volverían. Ya solo me quedaba el recuerdo. Ahora estaba en otra etapa de mi vida, en una vida que no sabía si me gustaba más que la que tenía hacía tiempo, junto a ellos, pero daba igual, porque el tiempo no era reversible, el tiempo nunca es reversible.

Pensé entonces que tenía que aprovechar cada uno de los momentos que, como aquel, todavía podía compartir con ellos. Porque uno nunca sabe cuándo esos momentos van a pasar a formar parte del recuerdo y de repente, un día cualquiera, uno se encuentra de frente

tan solo con recuerdos.

39

Decidimos ir a comer fuera los tres y antes de irnos llamé a Beatriz por teléfono. Al día siguiente se iba de viaje y no volvía hasta pasada una semana. Su voz al otro lado sonaba, como siempre, enérgica y llena de optimismo. Para Beatriz la vida entera era como un viaje en el que ella saboreaba cada momento, entre otras cosas, porque no dejaba que nada le amargase cada experiencia.

—Pero bueno, Laura, ¿qué tal la Navidad? ¿Bien o en familia? —preguntó soltando una carcajada que resonó a través de toda la línea.

—Bien, ya sabes, en familia. Con mis padres muy bien, el 24 además estuve con mi tío Javier y mis primos, estuve con mi primo Javi. Muy bien. Ayer, con la familia de Víctor, más formal, ya sabes. ¿Tú qué tal?

—Muy bien, ya sabes cómo me tomo yo la Navidad siempre. También estuvimos con la familia, vino Raúl con mi tía y mi tío, que por un lado estaban disgustados por la separación, pero por otro mi tía está encantada porque así tiene a su hijo a su ladito, que antes le veía muy poco.

—¿Qué tal está Raúl? —pregunté fingiendo desinterés.

—Muy bien, ya le has conocido un poco, es disfrutón, en eso es como yo, se queda solo con lo bueno. Entonces, ¿tú bien todo de verdad? ¿Qué tal con Víctor?

—Pues como estábamos. Ahora prefiero no pensar en el tema, quiero disfrutar de mis padres, de estar con ellos.

—¿Qué tal están ellos?

—Pues resulta que mi padre tiene cáncer, pero no me lo habían querido decir —respondí después de una breve pausa.

—¡Joder, Laura! Lo siento. Pero ¿está bien?

—Sí. Por lo visto está en tratamiento y está funcionando. Ahora después de Navidades vuelve a retomarlo —suspiré.

—¿Pero es un tumor?

—No, no es un tumor. Por lo que he entendido es como si tuviera células cancerígenas por distintas partes del cuerpo. No se puede operar.

—Lo siento, de verdad, de corazón. No sé qué decirte.

—Ya. Normal. No pasa nada. Lo único, bueno, yo me he quedado, pues te puedes imaginar.

—Sí, me imagino.

—Pero bueno, que yo llamaba para desearte feliz Navidad atrasada

y feliz viaje, que ya me contarás a la vuelta del viaje, y del amigo.

—Ya te contaré, ya te contaré. Y tú, Laura, ánimo, que seguro que el tratamiento funciona y tu padre sale adelante sin problema.

—Gracias, Bea. Te voy a dejar que nos vamos a ir los tres a comer por ahí.

—¿Los tres? ¿Tus padres y tú? ¿Y Víctor?

—Había quedado con unos compañeros de la facultad o no sé qué.

—¿Y tú no quedas con ellos?

—Si éramos de distintos grupos de amigos.

—¿Y no quedas con tus amigos de entonces?

—Pues hablamos el otro día, y quedamos en volver a hablar para ver si nos veíamos uno de estos días. Pero como estamos todos en plan papis, pues ya sabes. Yo, de todas maneras, con la noticia de lo de mi padre, me apetece estar todo el rato con ellos.

—Te entiendo. Además, tú siempre has estado muy unida a ellos, bueno, estás muy unida a ellos.

—Sí, para mí mis padres son como un faro, ya lo sabes. Están ahí, y aunque muchas veces ni les cuente mis problemas, solo saber que están me vale. Bueno, que no me quiero poner en modo sensible.

—Pero ¡si tú siempre estás en modo sensible!

—Bueno, más. ¡No seas mala! —Otra carcajada se escuchó al otro lado de la línea—. Pues eso, que feliz viaje. A la vuelta nos vemos.

—¡Gracias! Y tú también, que pases unos días muy buenos. Un beso, Laurita, cuídate y mímate.

—Lo haré. Por cierto…

—¿Qué?

—Dale recuerdos a Raúl. —Y cerré los ojos fuertemente como no queriendo escuchar justo lo que acababa de decir.

—Se los daré.

40

Aunque teníamos toda la semana de vacaciones, regresamos a Madrid el día antes de Nochevieja. Yo no tenía que organizar nada, ya que íbamos a cenar en casa de Luis y Nazaré. Al llegar a casa llamé a Nazaré para ver si necesitaba algo para la cena o quería que la ayudase en algo. «No te preocupes, Laura, está todo controlado. Pero gracias».

Desde que Víctor y yo habíamos hablado en casa de mis padres y le había comunicado que mi padre tenía cáncer parecía como si Víctor hubiera cambiado su actitud conmigo. El vacío que sentí los meses anteriores, donde el silencio reinaba entre nosotros, se llenaba con planes que Víctor me proponía por momentos como si una fuerza incontenible le obligara a hacer que me sintiera bien a cada momento. Ahora estaba casi permanentemente sonriente y haciendo pequeñas bromas que supongo esperaba que yo celebrara. Pero yo no podía dejar de pensar en mi padre, en su situación. Y tampoco podía dejar de pensar en Raúl. Aunque ahora no sentía la indiferencia de Víctor, había algo en Raúl que me atraía y no me permitía dejarle a un lado.

Rememoraba lo que había vivido con él y pensaba que era todo una locura. Que no me había sentido más viva estando con él, que todo había sido fruto de la crisis que estábamos atravesando Víctor y yo. Era mi imaginación, buscando nuevas ilusiones a las que aferrarse, la que me arrastraba a esos recuerdos, pero si me obligaba, si hacía un acto racional y objetivo y pensaba qué habían significado esos ratos junto a Raúl, todo estaba en esa imaginación. O no.

Cuando recordaba los momentos que había compartido con Raúl descubría que junto a él me había vuelto a sentir como hacía mucho tiempo que no me sentía. Volvía a sentir ese cosquilleo que uno experimenta cuando está conociendo a alguien y esa persona te gusta. Pero quizá ese cosquilleo estaba condenado a formar parte solo del principio de una relación. Así había sido el comienzo de mi relación con Víctor.

Ahora que había pasado el tiempo, que éramos una pareja que llevaba algunos años conviviendo, puede que estuviéramos en otra fase que precisamente por ser desconocida me atemorizaba. Tal vez solo tenía que aceptar esto, que el amor y las relaciones pasan por distintas fases, y que uno no puede vivir siempre en el principio por más que quiera. O no. Y por eso hay que personas que no aceptan esto, que no claudican, y se niegan a perder el encanto que tiene el

comienzo de una relación. Y cuando son conscientes de que ha llegado ese instante, prefieren romper, aunque el precio sea la soledad.

Y volvieron a mi mente las palabras de mi primo cuando me contó por qué había roto con su novia: «No me sentía yo, sentía que me había acomodado, pero ese no era yo». ¿Me estaba pasando eso a mí? Tenía que dejar de pensar tanto. Te lo dice todo el mundo, Laura, te lo dijo hasta tu tío, piensas demasiado.

Era el día 31 por la tarde, y lo único que tenía que hacer era arreglarme para ir a la cena. Llamé a mis padres y estuve hablando con ellos casi una hora. Hablé con mi padre y luego con mi madre, a la que le hice jurarme que mi padre estaba bien y no me lo decía solo para tranquilizarme. Después de la llamada me quedé tumbada en el sofá viendo *Con faldas y a lo loco*, quería terminar el año de buen humor, y esa película siempre conseguía hacerme sentir bien, además, me recordaba a mi padre, tantas veces la habíamos visto juntos. Víctor vino al sofá y se sentó al lado de mis piernas, como queriendo darme a entender que quería hablar conmigo. Yo puse la película en pausa.

—Tú y tus pelis antiguas —me dijo con un tono increíblemente cariñoso.

—Ya sabes, no lo puedo evitar.

—Ya, en eso has salido a tu padre.

—¿Querías decirme algo en particular, o te importa si sigo viendo la película? Me gustaría terminarla antes de arreglarme para la cena.

—Sí, te quería decir algo en particular —contestó con voz solemne —. Quería decirte que quiero que nos casemos. —Mis ojos se abrieron de par en par—. Y déjame terminar, por favor. Quería decirte que quizá he sido un poco combativo con el tema de tener un hijo, y, tienes razón, somos muy jóvenes, y no hay por qué planteárselo ahora. Así que creo que entiendo lo que querías decirme, lo de ahora no sé si quiero tener un hijo. Y lo siento si antes no era capaz de entenderlo. También es que veo a Luis y Nazaré, que todavía no lo han tenido, pero ya están de alguna manera atados, y son mayores que nosotros, y me doy cuenta de que tienes razón, que podemos esperar. Solo necesito que me digas qué te parece lo de casarnos. Y no pienses que es por lo que dijo mi padre, aunque bueno, en parte sí. Me refiero a que no te pido que nos casemos por mi padre, pero cuando nos lo preguntó el otro día, pues yo también me lo pregunté a mí mismo. ¿Por qué no nos casamos? —Me quedé en silencio, Víctor esperó y me preguntó—: ¿No tienes nada que decir?

—Uf. —Le miré y le sonreí con agradecimiento—. Gracias por lo que has dicho de lo tener niños, y yo quiero decirte que entiendo lo que dices de tu padre. Lo sé, sé que lo de casarnos no lo haces por él. Pero yo ahora lo que necesito es esperar, no es que no quiera casarme,

pero ahora, de verdad, con el tema de mi padre, necesito esperar y ver que todo va bien. Que espero que todo vaya bien.

—Va a ir bien, Laura, ya lo verás.

—¿Podemos esperar a que esté bien? Me refiero, no dar ahora la noticia, ni nada, y cuando ya esté bien del todo, lo comunicamos y lo organizamos todo. ¿Te parece?

—Me parece —contestó sonriendo. Se acercó para besarme en los labios y después se levantó y salió del salón.

Tardé un rato en quitar la pausa de la película. Víctor acababa de pedirme que nos casáramos, nos íbamos a casar. De nuevo volvía a ser el Víctor que yo conocía. Todo estaba volviendo a su cauce, se habían terminado los silencios y la frialdad que durante los meses anteriores se habían instalado con nosotros. Y, sin embargo, después de haberle dicho que sí, que nos casaríamos, no me sentía mejor. ¿De verdad quería casarme? ¿O era una forma de acomodarme? Lo mejor era que pusiera la película de nuevo en marcha y olvidarme de todo. Era Nochevieja. «Deja de pensar tanto, Laura», me dije. Y, sin embargo, en ese mismo instante, vino de nuevo a mi mente la imagen de Raúl.

41

Pasó Nochevieja, pasó el día de Año Nuevo, y el día 2 de enero, que era lunes, volví a la oficina. Beatriz seguía de viaje, así que la pereza de volver a trabajar se multiplicó. Será una semana corta, pensé, el jueves ya es víspera de Reyes y solo se trabaja por la mañana.

Víctor no trabajaba hasta la semana siguiente, tenía varios días más de vacaciones que le debían por los viajes que había realizado. Él también se levantó temprano. «Voy a aprovechar estos días para montar en bici por las mañanas», me dijo. Estaba alegre y muy cariñoso. Nos despedimos y me marché.

Desde el día 24 no había vuelto a hablar con Raúl. No sabía por qué, pero por alguna extraña razón había llegado a creer que me llamaría el 31 por la tarde, igual que me había llamado la tarde de Nochebuena. Pero no llamó. Por mi mente cruzó la idea de ser yo la que le llamara, pero la descarté casi de inmediato. No, yo no podía llamarle. No debía llamarle. Tenía que dejar de pensar en él.

Mis padres habían celebrado la Nochevieja con varios de mis tíos y cuando hablé con ellos el día anterior los escuché muy animados. Buena señal, pensé, cuando a uno le falta salud no tiene ganas de casi nada, y mi padre no para de hacer cosas. Estuve tentada de contarles el tema de la boda, por si ayudaba a animarlos un poco más, pero le había pedido a Víctor que no dijéramos nada hasta que mi padre estuviera bien, así que, no sin esfuerzo, me contuve.

Hay empresas donde el volumen de trabajo es el mismo en época de vacaciones, o incluso aumenta. En mi empresa, tanto en Navidades como en verano se podía decir que trabajábamos menos de la mitad de cualquier otro día del año. Incluso habiendo estado una semana fuera de la oficina, a eso de las doce de la mañana ya me había puesto al día con todo lo que tenía que hacer.

Como Beatriz estaba fuera, deseché la idea de ir a tomar un café, no me apetecía ir sola y no tenía especial relación como para ir a tomar algo con los compañeros que ese día estaban en la oficina. Sonó el teléfono. Miré la pantalla. Era Raúl. Por un momento pensé en no contestar, pero no lo hice. Contesté.

—¿Sí?

—Hola, Laura, ¿qué tal? ¡Feliz Año!

—Igualmente, ¡feliz Año!

—¿Qué tal estás? ¿Has vuelto ya de vacaciones?

—¿De casa de mis padres, dices? ¿O del trabajo?

—No sé, ambas, supongo.

—De casa de mis padres volví la semana pasada, he pasado la Nochevieja en Madrid. Y hoy precisamente me he incorporado después de las vacaciones. ¿Tú qué tal?

—Bueno, muy bien. Unas Navidades distintas. Con toda mi familia, la verdad que encantado, después de años sin estar con ellos. Y viendo a amigos que hacía tiempo que no veía, también. Y bueno, con el tema de la casa, montando cosas, y también en la oficina.

—Sí, bueno, me imagino, claro, el follón de la mudanza, y volver, y todo eso… —Me interrumpió el sonido del teléfono fijo—. ¿Me perdonas un momento que me están llamando por el fijo?

—Sí, claro, ¿quieres que te llame más tarde?

—No, no te preocupes, seguro que es una consulta rápida de algo del trabajo —dije antes de descolgar el auricular del teléfono que no paraba de sonar—. ¿Sí?

—¿Laura? Te paso una llamada que ha entrado por centralita, dice que es urgente.

—¿Sí?

—¿Laura? Soy Luis…

No recuerdo con claridad lo que pasó a partir del momento en que Luis me contó que Víctor había tenido un accidente. Un coche le había atropellado mientras iban en bici por la carretera. Súbitamente todo se volvió niebla a mi alrededor. Ignoro si me despedí de Raúl, que estaba al otro lado de la línea en el móvil, o directamente colgué el teléfono sin tan siquiera despedirme. Tampoco sabría explicar cómo llegué al hospital. Tan solo recuerdo el pensamiento recurrente que tuve durante todo el trayecto hasta que conseguí verlo.

Luis solo me había comunicado que había tenido un accidente grave y que lo habían trasladado al hospital en una ambulancia, y aunque no quería ponerme en el peor de los escenarios, cuando iba camino del hospital, por mi cabeza pasaba la idea de que pudiera estar muerto y no me lo hubieran querido comunicar. «Cuando alguien muere se lo dicen en persona, no por teléfono, se lo dicen en persona», pensé. «Dios mío, que no esté muerto, por favor. Que no esté muerto».

42

Llegué sola y me encontré perdida al llegar. Tardé un rato en encontrar a alguien que pudiera darme información sobre dónde estaba Víctor. Luis llegó donde yo estaba. Según me explicó uno de los médicos, tenía un traumatismo craneoencefálico que estaban valorando y parecía tener la clavícula rota, en ese momento estaba en la unidad de críticos. Posiblemente en unas horas podía pasar a verlo. Cuando tuvieran más información me la irían comunicando.

Me senté en un asiento que vi cerca. Luis se sentó a mi lado. No era capaz de pensar nada con claridad. No sabía qué hacer. «Tienes que tranquilizarte, Laura, piensa con calma». Llamé a mi padre.

—Laura, cariño, ¿qué tal estás?

—Papá, Víctor está en el hospital, ha tenido un accidente —le dije entre sollozos.

—Laura, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—No sé qué ha pasado, papá, solo sé que me ha llamado Luis, que iba con él en bici. Parece que le ha atropellado un coche. Ahora está en la unidad de críticos, me han dicho que tiene un traumatismo craneoencefálico y que están siguiendo su evolución. —Los sollozos habían dado paso a lagrimones que resbalaban por mis mejillas.

—Laura, tranquila, cariño. ¿Estás sola?

—No, está aquí Luis conmigo. —Luis me miró y me acarició el hombro con cariño.

—No te preocupes, nosotros cogemos el coche y vamos para Madrid. Tú estate tranquila, y quédate con Luis. ¿Lo saben los padres de Víctor?

—No lo sé, yo no les he llamado. Solo te he llamado a ti.

—No te preocupes, yo les llamo. Tú tranquilízate. Verás que no va a pasar nada. Te llamo en un rato, ¿vale? Y si hay cualquier cosa, me llamas inmediatamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Luis se levantó y en un minuto regresó con una botella de agua que me ofreció. Yo seguía sin poder recomponerme, la incertidumbre me lo impedía. Lo único que sabía sobre Víctor es que tenía un traumatismo en la cabeza, pero todavía no tenían información suficiente para decirme si era de carácter leve o grave, necesitaban seguir haciendo pruebas para comprobar las lesiones.

Quería hablar con Beatriz, pero su móvil estaba apagado. «Estará de vuelta del viaje». Me negué a moverme del hospital hasta tener más

información. Y así pasaron las horas. Nazaré llegó al hospital y fue a buscar unos sándwiches y algo de bebida, pero mi cuerpo no admitía ningún alimento, tan solo fui capaz de tomar un café de la máquina del hospital que sabía a cualquier cosa menos a café.

Serían las tres y media aproximadamente cuando me llamaron mis padres para decirme que ya estaban en Madrid. También habían llegado los padres de Víctor. Un poco después de que llegaran todos nos informaron que por las pruebas que le habían realizado no se apreciaba ninguna fractura ni ningún hematoma de especial relevancia, y que Víctor estaba consciente, aunque todavía conmocionado. Lo único que se apreciaba roto era la clavícula derecha. Le iban a dejar en observación toda la noche en la unidad de críticos, pero si todo iba bien, al día siguiente le trasladarían a planta.

A media tarde pude entrar a verle unos minutos. Me propuse no llorar, pero nada más traspasar la puerta, cuando le vi, comencé a llorar como una niña pequeña. Víctor estaba despierto pero inmóvil.

—Laura —musitó al verme.

—Víctor —la congoja me impedía hablar.

—No llores, estoy bien —Víctor hablaba sin fuerza. Cogí una de sus manos y suspiré, intentando dejar de llorar.

—Te vas a poner bien, verás. Dentro de nada estás en casa —conseguí decir—. Tus padres y los míos están fuera. También están Luis y Nazaré. —Víctor hizo una pequeña mueca que intentaba simular una sonrisa y apretó su mano contra la mía.

Salí de su habitación rota de tristeza, pero a la vez reconfortada por haberle visto, y haber comprobado cuál era su estado. Si todo iba bien, al día siguiente estaría en una habitación y podría pasar con él todas las horas. No quería irme a casa, pero no había otra opción. Mis padres vinieron conmigo a casa, se iban a quedar allí conmigo. Los padres de Víctor me dijeron que no querían causarme ninguna molestia y se fueron a un hotel. Nos veríamos al día siguiente.

Al llegar a casa era bastante tarde, desde que había llegado al hospital cuando me avisaron, habían pasado unas siete u ocho horas. Me desnudé mientras miraba por la ventana de la habitación. Fuera la vida continuaba como siempre, coches que iban y venían, el autobús recogiendo a las personas que esperaban en la parada, viandantes con bolsas de la compra que subían la calle. Todo seguía su curso, y yo no podía dejar de pensar que Víctor estaba en el hospital, que podía haber muerto, que la vida cambia de un momento para otro, que quizá mientras yo hablaba con Raúl un coche estaba atropellando a Víctor.

Me metí en la ducha con el agua ardiendo, notaba cómo me quemaba la piel, pero no cambié la temperatura. No podía dejar de pensar la manera en que, en las últimas semanas, habían cambiado las

cosas a mi alrededor. Mi padre tenía cáncer otra vez, y ahora el accidente de Víctor. Me sentía sin fuerzas, pero a la vez me decía a mí misma que necesitaba ánimo para poder seguir adelante y no dejarme vencer por la situación. Salí de la ducha, tomé con mis padres algo de comer que había preparado mi madre y me fui a la cama pensando en Víctor, no podía quitarme de la cabeza la última imagen suya en el hospital.

43

Cuando pasas mucho tiempo en un hospital tiendes a perder la noción del tiempo, desde luego yo la perdí. Al día siguiente del accidente Víctor fue trasladado a una habitación fuera de cuidados intensivos, y podíamos pasar con él el día y la noche si así queríamos. Yo pasaba allí muchas horas del día, otras me iba a descansar y se quedaban sus padres con él. Todo evolucionaba favorablemente, y era cuestión de días que le enviaran a casa.

De aquellos días no recuerdo con nitidez muchas cosas. Las horas, los minutos, tan pronto volaban como se hacían interminables. Las rutinas propias del hospital, que se cumplían cada día a la misma hora, o si no, aproximadamente, eran las que marcaban el ritmo de cada día. Recuerdo estar sentada en la incómoda butaca que estaba al lado de la cama de Víctor y mirar fijamente los mismos puntos de la habitación de una manera hipnótica cuando Víctor dormitaba.

La habitación del hospital tenía un teléfono en la mesilla de noche, pero, en una de las paredes seguía colgado un antiguo teléfono de rosca con el cable cortado, un teléfono igual que el que tenían mis padres cuando yo era pequeña, de los que tienen la rosca en el centro del aparato y el auricular en la parte superior, de un color indefinido, que podría ser beis o verde o gris. Cada vez que miraba ese teléfono recordaba momentos de mi infancia. Mis abuelos también tenían un teléfono así en la cocina de su casa, si mi memoria no me fallaba.

Miraba el teléfono y me recreaba en antiguos recuerdos. Me veía corriendo con mis primos por la casa de mis abuelos y escondiéndome en una de las habitaciones, mientras mis padres y mis tíos celebraban entre risas un cumpleaños más del paterfamilias, y una sonrisa se instalaba en mi cara. No podía decir si mi infancia había sido siempre feliz, pero los recuerdos de la misma sí lo eran.

Víctor cada día iba un poco a mejor, pero la medicación que tenía le hacía pasar mucho tiempo en esa especie de duermevela que tenemos cuando no nos encontramos del todo bien. En los momentos en que estaba despierto se le veía animado y con ganas de regresar a casa, lo que es el primer síntoma de que uno empieza a encontrarse bien. Nunca recordó nada de cómo se produjo el accidente. Su memoria pasaba, como si de una película se tratase, de una escena en la que estaba pedaleando a un fundido en negro con despertar en el hospital.

Era jueves 5 de enero, víspera del día de Reyes, y los médicos

habían decidido darle el alta, aunque tendríamos que observar con detenimiento cualquier mínimo síntoma que pudiera dar información de alguna posible lesión oculta. Era eso o dejarle en el hospital hasta el día 9.

Cuando íbamos en el coche camino de casa recuerdo que pensé que realmente no somos conscientes de lo valiosa que puede ser nuestra vida cotidiana, aburrida a veces, hasta que nos es arrebatada. Dormir en tu casa, darte una ducha, comer cuando quieres, entrar, salir, levantarte, acostarte. Tantas cosas que hacemos cada día de manera inconsciente y que no apreciamos precisamente por esa inconsciencia que las automatiza, por esa repetición ya acostumbrada. Pero bastan unos días encerrado en un hospital para que estés deseando regresar a esa vida normal y aburrida pero conocida que es tu propia vida.

Había hablado brevemente con Beatriz por teléfono. Cuando regresó de su viaje me llamó preocupada al ver que no estaba en la oficina. «Me han dicho que estás fuera por un tema médico familiar, ¿qué ha pasado, Laura?». Desde esa llamada que duró apenas dos o tres minutos no habíamos vuelto a hablar. Cada día me enviaba mensajes para comprobar que todo iba bien. Tenía ganas de verla.

El día de Reyes invité a los padres de Víctor a que vinieran a comer a casa y estar todo el día con nosotros. Mi madre me dijo que no me preocupara de nada, que ella se encargaba de todo, que yo estuviera con Víctor. Tenía el brazo en cabestrillo y tendría que llevarlo así durante quince días en principio, según nos habían dicho los médicos.

—Tú no te preocupes por nada, hija, que yo me encargo de todo. —Estábamos en la cocina.

—Gracias, mamá. —Y me acerqué para darle un beso.

—Gracias por nada. —Yo me puse a llorar.

—¿Por qué lloras, Laura? —Se acercó y me levantó la cara sujetándome con cariño la barbilla.

—No sé, mamá. Es que primero lo de papá, ahora esto. Lo siento, siento ponerme así, con todo lo que tú tienes.

—No tienes que sentir nada —mi madre me hablaba con infinita ternura—. Laura, las cosas vienen como vienen y es preferible no darle vueltas y hacerlas frente como uno puede. Tu padre vuelve al médico la semana que viene, va a seguir con su tratamiento, no te preocupes. Y lo de Víctor, podría haber sido una tragedia, pero al final, de momento lo que tiene es una escayola y, si todo sigue así, ahí se va a quedar todo, en el susto y probablemente en la rehabilitación que tendrá que hacer. Así que, cariño, anímate.

Me quedé pensando en lo que me había dicho mi madre. Probablemente tenía razón. «Piensas mucho, Laura», volví a repetirme. Los padres de Víctor llegarían en breve, y por la tarde vendrían Luis y Nazaré. «Anímate», me dije, pero sentía que no era

capaz. En vez de sentirme feliz por lo que no había sucedido, al fin y al cabo, Víctor podía haber muerto, y todo se había quedado en un susto, sentí un poso de tristeza dentro de mí.

44

El lunes me desperté con ganas de llorar. Mis padres se habían marchado el día anterior, y los padres de Víctor dos días antes. Víctor estaba mucho mejor, y parecía muy animado. A pesar de los dolores y la escayola tenía ganas de hacer cosas, aunque aún no salía de casa, pero ya no quería pasarse las horas tumbado en la cama descansando. Era la señal inequívoca de que mejoraba día a día. La escayola la tendría que llevar al menos otra semana y media más, hasta que volviera a revisión. Y por supuesto estaba de baja, en sus condiciones no podía ir a trabajar.

Los días anteriores la casa había estado llena de gente de manera continua. A mis padres y los padres de Víctor había que sumar a Luis y Nazaré, que venían cada tarde a ver a Víctor. Muchas tardes cuando estaban todos reunidos en el salón yo me deslizaba hasta la habitación y llamaba a Beatriz para charlar, aunque fuera un par de minutos. Era mi vía de escape.

Esa mañana tenía que incorporarme de nuevo a la oficina. Víctor podía manejarse a medias, pero podía quedarse solo sin problemas unas horas.

—Puedo arreglármelas, Laura, de verdad.

—Pero te dejo algo de comer, tú no puedes cocinar con esa escayola, y yo no puedo asegurarte a qué hora llegaré a la hora de comer, o incluso si podré venir —repliqué.

—Que no te preocupes, de verdad —añadió desde la cama mientras yo terminaba de arreglarme para marcharme.

Salir camino de la oficina supuso una especie de pequeño respiro después de los últimos días sin salir de casa rodeada de gente. Hacía una semana desde el accidente de Víctor y desde entonces todo había transcurrido como en un universo paralelo: la llamada, la UCI, el hospital, la vuelta a casa con la incertidumbre de lo que podía haber sucedido. Pero todo había ido bien. O por lo menos todo había ido mucho mejor de lo que podría haber ido.

Al llegar a la oficina y sentarme de nuevo en mi mesa miré el teléfono fijo y recordé que estaba hablando con Raúl cuando Luis me llamó para comunicarme el accidente. Pensé que tal vez debía llamarle y explicarle lo que había sucedido. Aunque quizá Beatriz le habría contado lo que había pasado. Lo primero era volver al trabajo y poner todo al día, más tarde pensaría qué hacer.

Se notaba que la gente había vuelto de vacaciones, el ritmo de

trabajo ya era el habitual de cualquier época del año, y la mañana se pasó volando. Llamé a Víctor para ver qué tal había pasado la mañana, y decirle que intentaría ir a casa a la hora de comer para prepararle algo. Cuando hablamos le noté muy animado, y me dijo que no me preocupara, Luis le había llamado: iba a ir a comer con él y llevaría comida para los dos, no hacía falta que fuera a casa.

Aproveché para llamar a Beatriz y comer con ella, no nos habíamos visto desde antes de Nochebuena. Le propuse que fuéramos donde Pelayo, aunque fuera una comida rápida de tapeo. Tenía ganas de verla a ella y de ver a Pelayo. No le había contado que Raúl y yo habíamos quedado el sábado que ella se había ido de viaje, e ignoraba si él se lo habría dicho. De esto hacía apenas un mes y medio. No había pasado tanto tiempo desde entonces y, sin embargo, habían sucedido tantas cosas.

Aunque me sentía mal por ello, decidí que iba a seguir así. Si Raúl se lo había contado ella me lo diría. En ese caso tendría que buscar una excusa para explicar por qué yo no le había dicho nada. O quizá no necesitaba esa excusa. No se lo había contado y punto. No sé si lo entendería, pero estaba convencida de que no me juzgaría. Tampoco era nada excepcional lo que había sucedido, Raúl y yo habíamos quedado para comer, nada más. Aunque para mí hubieran cambiado muchas cosas. Desde entonces yo no podía sacarme a Raúl de la cabeza.

Iba a paso rápido camino de la taberna cuando sonó de nuevo mi teléfono móvil. Lo saqué del bolso, era Raúl. Contesté sin pensar. Estaba deseando oír su voz.

—¿Laura? ¿Cómo estás? Me ha contado Beatriz lo de Víctor, ¡vaya susto! ¿Qué tal está?

—Está mucho mejor. La verdad es que sí, ha sido un susto tremendo. Podía haber pasado cualquier cosa, pero quitando lo de la clavícula, lo demás son traumatismos, y del golpe en la cabeza, pues no ha vuelto a tener ningún síntoma para preocuparse, así que…

—Y tú, ¿cómo estás? —me interrumpió mientras yo relataba.

—Yo estoy bien —mentí—. Mira, precisamente voy a comer con Bea ahora, así me distraigo un poco, que ha sido una semana muy intensa entre el susto, el hospital, los días de después.

—Me puedo imaginar.

—Por cierto, que quería haberte llamado para disculparme porque el otro día te dejé colgado en el teléfono, cuando estábamos hablando, que fue cuando me avisaron. Luego vi que me llamaste otra vez, pero claro, con todo lo que había pasado.

—Laura, por favor. Qué vas a tener que disculparte. Fue extraño, sí, por eso volví a llamarte, imaginaba que algo había pasado. Luego ya me contó Beatriz lo del accidente.

—¿Le dijiste que estábamos hablando por teléfono? —pregunté medio asustada, aunque no sabía de qué.

—No, no le dije nada. Ella me lo contó porque estaba en *shock* por lo que había pasado. —Se quedó en silencio un par de segundos—. Por si te preocupa, tampoco le he contado que comimos juntos aquel sábado. —Algo dentro de mí se removió. Sabía que no habíamos hecho nada digno de reproche, pero ambos lo callábamos, como si aquel día hubiera sucedido algo que los dos debíamos guardar en secreto.

—Raúl, perdona, tengo que dejarte. —Quería seguir hablando con él, pero al mismo tiempo me sentía un poco alterada y no sabía qué más decir.

—Claro. No quiero molestarte más. Cuídate, por favor.

—No me molestas, Raúl, de verdad, pero tengo que colgar. Cuídate tú también.

Cuando llegué a la taberna, Pelayo salió de la barra y me dio dos besos y un fuerte abrazo para felicitarme el Año Nuevo, aunque hacía más de una semana que había comenzado el año, nosotros no nos habíamos visto desde antes de las Navidades. Estar de nuevo en la taberna, con Pelayo, me hacía sentir que había vuelto a casa. Cuando estaba con él, aunque no habláramos, me sentía acompañada. Tantas tardes, tantos mediodías, tantas noches había compartido con él y con Beatriz, con ellos me sentía como si estuviera en familia. Y en esos momentos, después del accidente de Víctor, necesitaba sentirme así.

Con Raúl también, de un modo extraño, sentía una cercanía que no era capaz de comprender de dónde venía. Apenas nos conocíamos, tan solo habíamos compartido unas horas de nuestras vidas, y, sin embargo, cuando estaba con él, cuando hablaba con él, me encontraba como si estuviera con un viejo amigo con el que hubiera compartido la mitad de mi vida.

Muchas veces me he preguntado qué hace que sintamos esa sintonía con personas casi desconocidas para uno, personas con las que uno siente que no es necesario hablar para comunicarse o entenderse, basta una mirada cómplice o una medio sonrisa al mismo tiempo, y es como si ambas personas resonaran en la misma frecuencia. En esos momentos uno se siente de nuevo tranquilo y alegre al mismo tiempo y se siente vibrar, como si el miedo a no se sabe qué, que con el paso del tiempo se ha ido instalando, de repente desapareciera, y uno volviera a ser el que era años atrás.

Y, sin embargo, en el extremo opuesto, sucede que uno siente a veces que no es posible conectar con las personas más cercanas. Es como si un muro invisible se hubiera levantado e imposibilitara todo tipo de comunicación, y uno sufre buscando la frecuencia de resonancia que no aparece en ningún momento.

Raúl era una persona con mi frecuencia de resonancia.

Beatriz entró en la taberna como si fuera un vendaval. A mí me parecía increíble la energía inagotable que emanaba de ella. Nos abrazamos fuertemente y durante un rato largo cuando nos vimos. Al separar nuestros cuerpos después del abrazo, nos quedamos otro rato mirándonos y sonriéndonos agarrándonos los brazos con fuerza, sin decir nada. Fue Pelayo el que acercándose a nosotras rompió el momento:

—¡Qué!, ¿os pongo una tapita de algo o vais a pasar la hora de comer mirándoos a los ojos?

45

Habían pasado tres semanas desde el accidente. Al salir de la oficina la tarde lucía un sol intenso y radiante que aún no calentaba. Recordé el refrán que solía decir mi abuela «por los Reyes lo conocen los bueyes». Hacía quince días desde el día de Reyes y los días se iban alargando y se notaba día tras día.

Durante esas últimas semanas Víctor había seguido de baja. Cada día Luis iba a comer con él a casa llevando comida para los dos, y comían juntos. Reconozco que al principio me pareció casi una intromisión en nuestra vida, pero después me di cuenta de que era una manera de ayudar a Víctor y acompañarle, y por extensión, de ayudarme a mí, ya que, entre otras cosas, me permitía quedarme a comer en la oficina sin tener que correr para ir a casa y después salir corriendo de nuevo para regresar a la oficina. Víctor se sentía bien, pero la escayola le impedía realizar tareas cotidianas como ducharse, vestirse, o prepararse la comida.

Cuando le quitaron la escayola le dieron el alta y se incorporó al trabajo de nuevo, estaba deseando volver a trabajar. Por las tardes iba a rehabilitación durante una hora. Desde el accidente Víctor estaba muy cariñoso conmigo y no habíamos vuelto a tener ninguna discusión por nada. Nuestra vida era plácida. Tan plácida como la vida de dos amigos que comparten casa y que tácitamente se esfuerzan por hacer mejor la vida del otro.

Serían las ocho de la tarde aproximadamente cuando Víctor llegó a casa. Desde que se había incorporado al trabajo, cuatro días atrás, ya no nos veíamos desde que nos despedíamos por la mañana hasta que él volvía de la rehabilitación por la tarde noche. Venía contento pero dolorido.

—¿Qué tal hoy? —le pregunté al verlo entrando al salón.

—Dolorido, pero bueno. El fisio me ha dicho que si no duele no mejora.

—Tómate algo para el dolor con la cena.

—Ahora veo, primero voy a ducharme. —Y salió del salón—. Por cierto —dijo asomándose de nuevo por la puerta.

—¿Qué?

—La semana que viene vuelvo a París.

—¿Y eso? ¿Estás listo ya para viajar? No hace ni un mes escaso del accidente. No creo que debas irte de viaje tan pronto, Víctor.

—Laura, ya sabes cómo son las empresas, no esperan por nadie.

Entre Navidades y el accidente he estado fuera más de un mes, justo cuando acababan de nombrarme para el nuevo puesto, o empiezo a demostrar algo…

—Eso lo entiendo, Víctor, pero lo primero es la salud.

—Desde que salí del hospital no he tenido ni un síntoma de que pudiera existir una lesión oculta. Recuerda lo que me dijo el médico, que observáramos, y si no había nada raro, que hiciera vida normal. —Intenté decir algo, pero añadió sin dejarme hablar—. Y mi vida normal es mi trabajo, y en mi trabajo tengo que viajar. —Quería argumentar, pero decidí que eso quizá nos llevaría a una discusión sin sentido, así que me limité a preguntar.

—¿Y entonces cuándo te vas y cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Me voy el lunes y vuelvo el jueves por la noche.

—¿Y la rehabilitación?

—He estado hablando con el fisio, y, aunque no será lo mismo, me ha dado unas gomas para que pueda hacer cada día unos pequeños ejercicios que me ha enseñado. No es lo mismo, pero por lo menos haré algo. —Me quedé en silencio, mirándole—. Bueno, me voy a la ducha.

Un rato después volvió al salón, «¿cenamos?», preguntó. «Claro», respondí levantándome para dirigirme a la cocina. Víctor vino a la cocina conmigo y comenzó a cortar queso en una tabla. Los dos estábamos en silencio, así que encendí la radio y seguí cocinando.

Cenamos en el salón. Nuestra conversación estuvo en todo momento centrada en la comida, en las verduras al curry con huevos que había preparado y en cómo se podían preparar de otras mil maneras las verduras o cómo el curry se utiliza también con arroces y otra variedad de platos. Sobre todo era Víctor el que hablaba. En las últimas semanas en que había estado de baja había visto horas y horas de programas de cocina. «Cualquier día me meto en la cocina y hago una de las recetas que he visto este tiempo atrás. En cuanto no me duela tanto la clavícula». «Cuando quieras», respondí mientras pensaba: «O cuando estés en casa el tiempo suficiente».

46

Víctor se había marchado el lunes de madrugada al aeropuerto, su vuelo a París salía a las siete y media. Yo iba a estar sola hasta el jueves por la tarde que regresaba. Esa semana yo tenía más trabajo del habitual, así que esperaba que los días pasaran también más deprisa de lo habitual.

El martes quedaría con Beatriz por la tarde, después de casi un mes sin nuestros martes. Desde que Víctor había tenido el accidente me iba directamente a casa después de la oficina. La semana anterior, aunque Víctor ya estaba trabajando, me había ido a casa por si necesitaba que fuera a buscarle a rehabilitación. Ahora estaba sola y Víctor estaba en París.

Beatriz me dijo, puesto que estaba sola, que si quería podíamos quedar también el lunes y el miércoles. «Te digo algo», le respondí.

Era la hora de irme a comer cuando sonó mi móvil. Yo estaba de pie junto a mi mesa, dejando unos papeles que traía de la mano, los dejé y cogí mi bolso. Cuando fui a responder ya habían colgado. Era mi padre. Marqué su número para devolverle la llamada y comencé a bajar las escaleras para salir de la oficina. Acababa de pisar la calle cuando respondieron al otro lado.

—¿Sí? ¿Laura?

—Hola, papá. ¿Me has llamado?

—Hola, cariño, sí, te he llamado. ¿Te pillo bien? ¿Puedes hablar?

—Sí, papá. Precisamente acabo de salir para ir a comer. ¿Qué tal estás tú? Ayer hablé con mamá y me dijo que hoy tenías revisión, te iba a llamar luego a ver qué tal todo y qué te habían dicho.

—Sí, precisamente salimos ahora de la revisión. Está aquí mamá conmigo.

—Ah, muy bien. ¿Y? ¿Qué te han dicho?

—Laura, ¿te acuerdas que me obligaste a prometerte que no tendría más secretos de mi enfermedad contigo? —Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sí, ¿por? Papá, ¿ha pasado algo? ¿Qué te han dicho?

—Laura, no puedo seguir con el tratamiento.

—¿Por qué?

—No es fácil de explicar, es un poco complicado, verás…

—Pero ¿entonces? ¿Qué significa? —le interrumpí. Oí un suspiro al otro lado.

—Laura, dicen los médicos que me quedan unos tres meses de vida.

Si me hubieran golpeado en la cabeza con un bate no me hubiera quedado tan noqueada como al escuchar las palabras que mi padre pronunció.

—¿Laura, cariño? —mi padre había seguido hablando, pero yo no había escuchado nada de lo que había dicho. Me costó poder articular una palabra.

—¿Papá?

—Cariño, es lo que hay. Quería ser yo el que te lo dijera. Te lo prometí.

No sabía qué decir. En aquel momento no encontraba ninguna palabra o frase que pudiera servir para ese momento, pero no podía quedarme en silencio.

—Papá, lo siento. De verdad. Lo siento. No sé qué decirte. Lo siento.

—Lo sé, cariño. Si quieres hablamos luego, ahora te voy a dejar, que estoy aquí con mamá. Te envía un beso.

—Dale otro de mi parte. Y otro para ti, papá. Y lo siento, de verdad.

—Adiós, cariño.

Estaba paralizada, no sabía qué hacer. Había perdido la noción del tiempo y del espacio. ¿Mi padre iba a morirse en unas semanas? Comencé a caminar hacia ninguna parte. Caminé y caminé sin fijarme por dónde iba hasta que me paré en un semáforo que estaba en rojo. Me había alejado bastante de la oficina.

Miré el reloj. Hacía más de media hora desde que había cogido el bolso para ir a comer y había hablado con mi padre. No tenía hambre. No sabía qué hacer. Lo único que quería en ese momento era estar con mis padres, abrazar a mi padre. Pensé en mi madre. Pensé en Raúl. Quería llamarle y contarle lo que estaba pasando.

Empecé a recordar los últimos viajes que habíamos hecho los tres solos, mi padre, mi madre y yo antes de que yo me mudara a Madrid y empezara mi vida sin ellos. Roma, Venecia, Milán, Turín, Praga, Lisboa, Oporto, y tantos otros, que ya no podríamos repetir. Ya no volvería a ver a mi padre colocando la aguja sobre uno de sus vinilos de *jazz* antes de sentarse en su silla de trabajo. Vinieron a mi cabeza tantas comidas y cenas los tres solos en casa. Me dolía cada recuerdo, pero al mismo tiempo me obligaba a recordar, lo necesitaba.

Seguí caminando hasta que vi una enorme cristalera de una cafetería con varias mesas desde las que se veía la calle. Había una mesa vacía. Entré y me senté en la mesa. «¿Vas a comer?», me preguntó una camarera muy amable vestida de negro con un delantal del mismo color y el nombre de la cafetería impreso. «Te dejo la carta y ahora vuelvo», añadió antes de irse.

Miré por la ventana y miré a mi alrededor. En la calle la gente iba y

venía de un lado a otro. En la cafetería todas las mesas estaban llenas. En algunas, chicos con traje comían entre risas; en otras, chicas tomaban café. Un señor leía un libro en otra mientras comía sin prestar atención a la comida.

Miré por encima el menú cuando la camarera se acercó de nuevo con una sonrisa.

—¿Qué te pongo entonces? ¿El menú?

—Sí, gracias —respondí sin saber qué platos lo componían.

—¿Y para beber? ¿Cerveza?

—Sí —repetí.

La camarera se alejó con el menú de la mano. Me preguntaba por qué había entrado en la cafetería y por qué me había sentado y había terminado pidiendo el menú. Ya no podía irme. No debía.

Saqué el móvil del bolso y marqué.

47

Hablar con Beatriz fue lo que me sacó del estado de parálisis en el que me había dejado la noticia de mi padre. La camarera me había traído una cerveza y un bol con una crema de zanahoria que olía deliciosa, pero tenía el estómago cerrado. Llamé a Víctor, pero no contestó. Llamé a Beatriz y contestó a la primera.

Cuando terminé de contarle la conversación con mi padre su única pregunta fue: «¿Dónde estás? Voy a buscarte». Fue entonces cuando hice el esfuerzo de situarme para darle la dirección. Hasta ese momento no era consciente ni de en qué calle estaba. Pedí la cuenta a la camarera haciendo una seña en el aire, no había tocado el primer plato y no quería que me trajera nada más.

—¿No vas a comer nada? —me preguntó la camarera con cara de preocupación y voz melosa.

—Disculpa, es que no me encuentro bien, no me entra nada de comida —le respondí sorprendida por su amabilidad, al fin y al cabo, no era más que otro cliente anónimo.

—No te preocupes, no pasa nada. ¿Me llevo también la cerveza? —Le respondí moviendo afirmativamente la cabeza y volvió a preguntar —. ¿Quieres que te traiga algo para el estómago, una infusión?

—No, de verdad, gracias —le respondí—. Eres muy amable. —Se dio la vuelta y me sonrió mientras se llevaba la comida que no había probado y la cerveza que no había bebido.

Pagué y cuando salí a la calle Beatriz estaba llegando a mi encuentro. Volvimos caminando juntas hasta la oficina. Yo estuve casi todo el camino en silencio, mirando el suelo, mirando el cielo. Quería llorar, pero no podía. Quería gritar, golpear cualquier cosa. Sentía tristeza, pero aún sentía una rabia más fuerte que la tristeza.

—Es una putada, Laura, no te puedo decir otra cosa. Y no te voy a decir que todo va a ir bien, porque creo que hay que ser realista. Tienes que intentar ser fuerte y prepararte, porque quizá tengas que ayudar tú a tu padre y a tu madre en esta situación.

—Ya —contesté en voz muy baja—. Ahora mismo soy incapaz de asimilarlo.

—Me imagino. Yo no he pasado por esto y no me puedo imaginar si a mí me pasara. Pero ya sabes, no hace falta que te lo diga, pero te lo digo y te lo diré mil veces, que aquí estoy. Si necesitas llorar, me llamas y lloras. Si no quieres estar con nadie, me llamas. Si no quieres hablar, me siento a tu lado y no hablamos. Pero no tienes que pasar

por esto sola. Aquí estoy para lo que necesites.

Por la noche, antes de cenar, me llamó Víctor. Había estado todo el día de reuniones y no había podido llamarme antes. Ahora estaba en el hotel y podía hablar tranquilamente.

—Laura, pero ¿cómo no me has llamado para decirme lo de tu padre?

—Te llamé al mediodía, pero no contestaste —le dije casi con dejadez.

—Pero haberme puesto un mensaje, te hubiera llamado.

—No sé, imaginé que cuando vieras mi llamada, me llamarías tú a mí.

—Es que no sabes cómo es estar aquí. Es una reunión detrás de otra, a veces para nada. Pero como nos reúnen a los de toda Europa, pues quieren aprovechar el tiempo al máximo. ¿Tú cómo estás?

—Pues te lo puedes imaginar.

—¿Y tus padres?

—La verdad, no sé. Voy a llamarles ahora de nuevo, me apetece hablar con ellos y ver cómo han pasado el día. De hecho, te voy a dejar y voy a llamarles, no quiero que se me pase la hora —le dije con intención de cortar la conversación.

Llamé a mis padres inmediatamente después de colgar con Víctor. La voz de mi madre no sonaba triste y me sorprendió. Habían pasado un día normal, me dijo. Sí, lo de mi padre ellos ya lo esperaban. Aunque en Navidades me habían prometido que me mantendrían al tanto del más mínimo detalle, el accidente de Víctor les había hecho cambiar de idea, y no me habían ido contando la evolución del cáncer de mi padre. Así que no les había caído de sorpresa.

Me costó mucho dormirme. Estuve la mitad de la noche dando vueltas en la cama y mirando el reloj a cada hora, como si mirar el reloj fuera a ejercer una especie de encantamiento que me hiciera caer dormida de inmediato. Eran las cuatro y media, la última vez que levanté la cabeza de la almohada para mirar el reloj antes de que sonara la alarma, que fue la que me despertó.

Abrí los ojos. Si hubiera podido, hubiera seguido durmiendo. El despertador me había sacado de golpe del sueño en el que compartía mesa con mi padre y con Raúl. Los tres estábamos comiendo en casa de mis padres mientras mi madre no paraba de traer comida a la mesa. Le decíamos que se sentara, pero ella decía: «Ahora, un momentito, que tengo una cosa en el horno» y seguía trayendo cosas sin parar a la mesa. Yo no decía ni una palabra, solo escuchaba a mi padre y a Raúl que hablaban animadamente de música.

Quería quedarme en el sueño. En el sueño yo era feliz.

48

El jueves por la noche Víctor había regresado de París. Venía exultante. Después de un mes sin trabajar, todos sus temores respecto a su nuevo puesto habían quedado atrás. Llegó cansado y casi no hablamos por la noche. Yo tenía decidido ir el viernes por la tarde a casa de mis padres y regresar el domingo. Quería estar con ellos y ver cómo se sentían, ver qué estaba pasando en realidad. El accidente de Víctor me había mantenido muy pendiente de él en las últimas semanas y eso había hecho que mis padres me hubieran tenido al margen de la situación de mi padre. Ahora, si era cierto que a mi padre le quedaban solo unas semanas, no quería perderme ni un segundo.

Mientras conducía y mi vista se perdía entre la carretera que tenía delante y los campos infinitos de la meseta que había a los lados, pensaba qué rápido pasa todo. Hacía ya casi cinco años desde que había dejado de vivir con mis padres. Me parecía increíble. Hacía prácticamente nada estaba estudiando en la universidad y viviendo con ellos, pero habían pasado ya casi cinco años. Y habían ocurrido muchas cosas en ese tiempo.

Encontré a mis padres animados y sonrientes. Desde que me habían dado la noticia el lunes yo me sentía triste y sobre todo abatida. Nos abrazamos al vernos y me preguntaron por Víctor. «No viene, llegó ayer de París y está agotado». Yo quería sentarme con ellos y preguntarles mil cosas que llevaban en mi cabeza dando vueltas desde el lunes, pero al verlos tranquilos y contentos, pensé que sería mejor esperar al momento adecuado.

Ese momento llegó a la hora de la cena. Mi madre había preparado una lubina a la sal y los tres nos sentamos en la mesa del comedor.

—¿Qué tal estás, cariño? ¿Cómo te van las cosas? —me preguntó mi padre con una amplia sonrisa.

—Bien, bueno, o no. Desde que hablamos el lunes no puedo decir que esté muy bien.

—Ya, bueno, te irás haciendo a la idea.

—Pero, papá… —Mi padre me interrumpió con dulzura.

—Hija, todos tenemos que morirnos. La diferencia es que a mí me han dado una fecha aproximada. —Mi madre nos miraba sin intervenir, yo notaba que se iba haciendo un nudo en mi garganta.

—Pero ¿de verdad no hay ninguna otra opción? ¿Otro tratamiento? ¿No se puede ir a otro médico? —pregunté.

—Cariño, llevo de médicos el último mes y no, no hay opción. Podría probar otro tratamiento alternativo, pero es que no quiero, no tiene garantías, y es un sufrimiento añadido para ¿qué? ¿Para ganar unos meses? Las células están por todo el cuerpo y van a seguir extendiéndose. Y yo lo único que no quiero es sufrir —me dijo mientras ponía su mano encima de la mía—. Espero que lo entiendas. —Y mirando a mi madre añadió—: Como lo ha entendido tu madre.

Yo miré a mi madre, que me sonrió con tristeza en sus ojos y volví a mirar a mi padre. No sabía qué decirle.

—No puedo decirte nada, papá. Si puedo ayudarte en algo…

—Me ayudas, cariño, solo estando conmigo y con tu madre ya me ayudas. —Bebió un poco de vino y continuó—: ¿Sabes qué decían los estoicos?

—No. Tampoco sé quiénes eran los estoicos.

—Luego te explico quiénes eran. Pero lo importante es lo que decían. Y decían que «a quien quiere le guían los hados, a quien se resiste, los hados le arrastran». Puedo aceptar mi situación o no, pero no puedo cambiarla, así que creo que lo más sabio que puedo hacer en este momento es aceptarla y llevarla con la mayor entereza posible.

—¿Y te han dicho qué va a pasar a partir de ahora?

—Bueno, yo ya he empezado a notar algunos pequeños efectos. Me han dicho que puede que el cuerpo pueda ir poco a poco paralizándose y el dolor irá a más. Pero yo podré seguir en casa, no tendré que ir a un hospital porque me van a dar tratamiento para que así sea. —Yo no pude evitar que se escaparan algunas lágrimas mientras me lo iba explicando—. No llores, Laura, cariño, que me vas a hacer llorar a mí.

—Lo siento —dije—, es que no puedo evitarlo. —Mi madre también lloraba y se levantó a buscar unos pañuelos de papel. Regresó y me ofreció uno.

Me limpié la cara y me soné la nariz.

—Prométeme que intentarás no llorar —me dijo mi padre.

—Te lo prometo. —Apreté los labios y sonreí con fuerza.

—Pues entonces, vamos a dejar este tema por ahora, y vamos a hablar de otras cosas y a tomar un poco más de vino y algo de postre. Lo que tenemos que hacer es intentar disfrutar del tiempo que nos queda juntos. Para mí es un propósito. Por cierto, la lubina estaba buenísima, muchas gracias —dijo mirando a mi madre.

49

El domingo por la tarde me monté de nuevo en el coche para regresar a Madrid. No quería irme, pero tenía que trabajar al día siguiente. A pesar de la situación de mi padre, el fin de semana no había sido triste, todo lo contrario. Me sentía extrañamente llena de vida, mis padres me habían hecho sentir llena de vida y alegría.

Mientras conducía pensaba si quizá mis padres habían estado fingiendo por mí, para que yo no sufriera. Pero no, pensé, nadie puede disfrutar y contagiar las ganas de vivir que me habían contagiado mis padres ese fin de semana si no era de verdad, nadie puede fingir eso. Tal vez tan solo trataban de exprimir al máximo el tiempo que le habían dicho a mi padre que le quedaba.

Hay personas que ante una situación así es lo que hacen, lejos de venirse abajo, intentan no desperdiciar ni un segundo de vida. Tenía que ser eso. El domingo vinieron a comer mi tío Javier y mi tía. Durante la comida estuve recordando tantas comidas que cuando era niña habíamos compartido las dos familias y lo felices que nos habíamos sentido siempre todos juntos.

Una gran sonrisa se había acomodado en mi cara, no sabía por qué pero me sentía más feliz y más vital que el viernes cuando estaba haciendo el camino en sentido inverso desde Madrid. Entonces me sentía triste y sin ganas de hacer nada. Sin embargo, los dos días con mis padres me habían inyectado una tremenda dosis de vitalidad. Estar junto a mi padre me había insuflado unas ganas formidables de aprovechar y disfrutar lo que los médicos le habían dicho que le quedaba de vida, y también cada minuto de la mía.

El sábado mi padre y yo habíamos pasado casi toda la tarde en su despacho, hablando de todo y de nada y escuchando música. Mi madre venía a ratos y se sentaba con nosotros, en silencio, y nos miraba. Yo sentía, por un lado, una profunda tristeza, pensaba que en breve esos momentos desaparecían para siempre, que ya nunca podrían volver a repetirse, pero al mismo tiempo me sentía feliz de poder vivirlos, aun sabiendo que no se repetirían, o precisamente por eso.

Después de hablar durante un rato, jugamos a un juego que durante mi infancia habíamos jugado mi padre y yo multitud de veces. El juego consistía en que mi padre iba poniendo distintos artistas de *jazz* y yo tenía que indicar si me gustaba lo que sonaba sin decir una palabra. Yo cerraba la mano y alzaba el pulgar o lo colocaba hacia

abajo como si fuera un emperador romano salvando la vida o condenando a muerte a alguien. Al igual que cuando era una niña, cuando mi dedo indicaba que no me gustaba, mi padre abría los brazos en el aire, pero ninguno podía hablar, solo podíamos hacer gestos. Ambos reímos durante horas. Y volví a reír sola, mientras iba en el coche, recordándonos a los dos.

Incluso cuando habían sonado canciones melancólicas yo me había sentido feliz escuchándolas, como cuando mi padre había puesto *My one and only love* de John Coltrane cantada por Johnny Hartman. Desde pequeñita era una de mis favoritas, quizá porque mi padre me la cantaba cuando aún era una niña. Tenía algo que me hechizaba, no sabía el qué. Quizá era el saxo de Coltrane sonando tan pausado o tal vez la voz tan grave de Hartman, que invitaba a cerrar los ojos y dejarse llevar. Tal vez era lo que decía: «*The very thought of you makes my heart sing*», empezaba, «*like an April breeze on the wings of spring*», seguía.

No quería volver a casa. Quería seguir disfrutando de momentos como los que acababa de vivir. Y no quería volver al trabajo. Me pregunté si era feliz con Víctor o seguía con él por inercia. Me pregunté cómo sería mi vida si no viviera con Víctor. Me pregunté si de verdad quería volver a ver a Raúl o los momentos que había tenido con él habían sido tan solo una ilusión, un espejismo que aún no había desaparecido. Aunque no me contestara sabía la respuesta. Me pregunté por qué me hacía tantas preguntas. Me pregunté si todo el mundo se hace tantas preguntas.

Estaba atardeciendo y el cielo mezclaba colores azules, rosados y rojizos mientras nubes deshilachadas se movían a través del horizonte. Daban ganas de parar el coche y bajarse solo a contemplar la estampa.

Al llegar a casa, Víctor estaba con Luis en el salón tomando una cerveza.

—Laura, ¿qué tal? ¿Qué tal está tu padre? —gritó Víctor cuando saludé desde la puerta de la entrada.

—Sí, lo siento, Laura, Víctor me ha contado —dijo Luis inmediatamente después, casi sin darme tiempo a contestar cuando entré en el salón.

—Está bien, de hecho, está muy bien —contesté sonriendo. Ambos me miraron como si no entendieran nada.

—Perdona, Laura, pero me había parecido que Víctor me había dicho que …

—Sí, que a mi padre le han dado tres meses de vida. —Yo seguía sonriendo—. Es así. Pero increíblemente está muy bien. Disculpadme un momento, voy a dejar la maleta en la habitación y ahora vuelvo con vosotros. Por cierto, Luis, ¿qué tal está Nazaré? ¿Cómo lleva el embarazo?

50

Tendría yo unos doce años cuando oí la expresión *tempus fugit* por primera vez en mi vida. Yo caminaba junto a mi abuelo. Mis padres y yo habíamos ido a comer a casa de mis abuelos, y después de comer mi abuelo y yo habíamos salido a pasear para aprovechar el sol invernal. Íbamos caminando en silencio, mi abuelo miraba al frente, a ninguna parte, y de repente lo soltó, como si se lo dijera al aire de la calle, o a alguna persona invisible que estuviera delante de nosotros. «*Tempus fugit*». «¿Qué has dicho abuelo?», le pregunté. Había oído con claridad la expresión, pero no entendía su significado, me parecía que había hablado en otro idioma «¿Hablas en otro idioma?». Mi abuelo se paró y me sonrió debajo de su bigote.

Mi abuelo, en invierno, parecía un actor de cine negro antiguo, con su abrigo cruzado, y su sombrero de fieltro. A mí me parecía guapísimo, con sus enormes ojos azules. «Es latín, Laura. Significa que el tiempo huye, que el tiempo pasa muy deprisa. Tú ahora no te das cuenta, pero cuando crezcas te darás cuenta de que el tiempo va demasiado deprisa».

En el coche, camino de casa de mis padres, repetía en voz alta la locución latina y asentía moviendo la cabeza de arriba abajo. Tienes razón, abuelo, el tiempo va demasiado deprisa. Había pasado ya un mes desde el primer fin de semana que había ido a ver a mi padre después de que le comunicaran que le quedaban unos meses de vida.

Según el cálculo de los médicos, teníamos por delante otras seis semanas, ocho a lo sumo. En este tiempo mi padre había perdido la movilidad de las piernas, por lo que estaba en su cama. De manera continua una bomba de morfina le suministraba la dosis que necesitaba para aliviar el dolor permanente. Yo había ido todos los fines de semana a estar con él, algunos había venido Víctor conmigo, otros había ido sola. No me importaba ir sola, algunas veces hasta lo prefería.

A pesar de su situación, mi padre seguía manteniendo un buen humor contagioso y ganas de seguir disfrutando de la vida. Yo me pasaba casi todas las horas con él en su habitación, comiendo, hablando, o sencillamente en silencio tumbada junto a él cuando él dormía.

En ese último mes el plato para los vinilos lo habíamos instalado en su habitación y yo era la encargada, cuando estaba con él, de seleccionar la música que escuchábamos cuando mi padre me pedía

que pusiera algo. A veces, cuando mi padre estaba con menos dolor, jugábamos mi madre, él y yo al Scrabble o a las cartas. Era increíble cómo jugar nos evadía de la situación, hasta el punto de hacernos discutir entre risas hasta el último momento de cada partida.

Ese sábado, aunque mi padre estaba animado, no tenía ganas de jugar a nada. Solo quería escuchar música. Yo intentaba epatarle eligiendo piezas que intuía eran de sus favoritas, aunque no lo fueran mías. Acababa de poner la aguja sobre *Patricia* de Art Pepper, a mi padre siempre le había encantado esa canción.

—Vaya, parece que estás en modo triste o sentimental esta tarde —me dijo mi padre.

—¿Quieres que ponga otra cosa?

—No, pero las últimas canciones que has puesto… ¿estás bien, cariño? ¿Te pasa algo?

—Estoy bien, de verdad —contesté elevando el tono de voz.

—Qué vergüenza, mentir así a tu padre, que además está moribundo —dijo con guasa. Yo bajé los ojos—. Laura, ¿qué te pasa? Te lo digo en serio, no puedes mentirme. Estar a las puertas de la muerte me ha regalado una lucidez que antes no tenía, y sé que te pasa algo. Lo llevo notando varios fines de semana. ¿No me vas a contar lo que te pasa? —Levanté la mirada para contestarle.

—¿Sabes lo que me pasa, papá? Que a veces no sé lo que quiero.

—Bueno, eso le pasa, eso nos pasa a la mayoría de las personas la mayor parte del tiempo. ¿Tiene algo que ver con Víctor? Estás triste desde hace tiempo. Bueno, no triste. Cómo te diría, es como si estuvieras viviendo a medio gas, no tienes la alegría que siempre has tenido. Y lo llevo notando desde las pasadas Navidades —mi padre parecía estar leyendo dentro de mí.

—Lo que pasa es que a veces tengo la sensación de que no he decidido nada de lo que ha sucedido, de que todo ha ido pasando sin que yo lo eligiera. Con Víctor, pues pasa que nosotros empezamos justo cuando acabamos la facultad, y como de repente los dos conseguimos trabajo en Madrid nos fuimos a vivir juntos, y desde entonces, pues seguimos juntos, pero, no sé, he sido muy feliz con él, pero desde hace un tiempo, pues todo es distinto. Y me planteo si esta es la vida que quiero, si lo que quiero es seguir con él. No sé si me explico, no sé si me entiendes. Pero, además, contarte esto a ti, ahora, en esta situación…

—Te explicas perfectamente y te entiendo mejor de lo que tú crees. ¿Y esta situación? ¿Quieres escuchar una historia?

—Claro.

—Te voy a contar la historia de tu madre y mía. Mejor dicho, te voy a contar la historia de antes de que tu madre y yo estuviéramos juntos.

51

—Cuando conocí a tu madre yo llevaba cinco años viviendo con la que entonces era mi mujer, aunque nunca llegamos a casarnos. —Mis ojos se abrieron mostrando asombro.

—No tenía ni idea —le dije sorprendida—. Yo sé cómo os conocisteis mamá y tú, y que tú tenías novia entonces, pero no que vivías con ella.

—Lo sé, por eso te lo estoy contando —prosiguió mi padre—. Tú sabes la historia conjunta de tus padres, pero no sabes casi nada de lo anterior. Bueno, pues cuando conocí a tu madre, yo vivía con la que había sido mi novia durante diez años y llevábamos cinco viviendo juntos. Yo pensaba que era feliz, pensaba que mi vida era feliz.

—¿Y no lo era?

—Sí, claro que lo era. Pero cuando conocí a tu madre, no sé cómo explicarte, es como si empezara a ver el mundo con otros ojos, con los ojos que miraba tu madre. Y todo era distinto. Más luminoso, más vibrante. Y no solo el mundo, tu madre me miraba a mí con otros ojos, distintos de los ojos con los que yo mismo me miraba. Distintos de los ojos con los que me miraba la chica con la que compartía mi vida. Tu madre me miraba y veía cosas en mí que ni yo mismo veía. Me enseñó a mirarme y a mirar el mundo. Es como si hubiera estado dormido hasta conocerla. Entonces, cómo te digo, yo llevaba cinco años viviendo con mi pareja de entonces. Nuestra vida era feliz, entonces yo pensaba que era feliz. Nos llevábamos muy bien, no discutíamos prácticamente por casi nada. Pero fue conocer a tu madre y darme cuenta de que me faltaba todo.

—Y te fuiste con ella.

—Sin pensarlo. No siempre hemos tenido momentos buenos, pero siempre he sabido que quería seguir con ella. Incluso cuando nos enfadábamos y no nos hablábamos. Incluso entonces quería estar a su lado. Y con esto no quiero decir que tú dejes a Víctor. Lo que quiero decirte es que a menudo son otras personas las que sacan lo mejor de nosotros, porque nosotros no somos capaces de vernos ni sabemos lo que queremos si no nos lo enseñan. Quizá tú no eres capaz de verte, de ver lo maravillosa que eres, que es como te veo yo, y tampoco eres capaz de verte a través de Víctor, porque si fuera así, lo sabrías. Busca a tu alrededor, seguro que hay personas que saben mirarte de esa manera luminosa como me miraba a mí tu madre. Y no tiene que ser un amor, puede ser una amiga, un amigo. Pero aprende a mirarte

como te miran ellos y quiérete como te quieren ellos. Fíjate en cómo te sientes cuando estás con ellos, y quédate con las personas que sacan lo mejor de ti. Cuando no tengas fuerza, cuando te sientas perdida, busca a esas personas, ellas son nuestra esperanza. Tu madre fue y ha sido, y sigue siendo, incluso en estos momentos, mi esperanza.

—Es precioso lo que dices de mamá.

—No es solo precioso, cariño, es la verdad. Ahora que casi no me queda tiempo de vida, te digo: aprovecha la tuya. Cuando llega la muerte, como es mi caso, ya es tarde para casi todo, porque casi todo se queda en lo que pudo haber sido si es que no fue. Y te lo digo yo, que he vivido una vida que volvería a repetir. Vive una vida que te encantaría repetir. Y si en algún momento sientes o piensas que no te gustaría volver a vivir lo que estás viviendo, y tienes la posibilidad de cambiarlo, no lo dudes, cámbialo. No es un drama darse cuenta de que uno está en el lugar equivocado. Al contrario, darse cuenta de eso es tener la oportunidad de empezar de nuevo. Claro que para eso hay que tener la valentía de irse. Hay que ser valiente, Laura.

—Yo no soy valiente, papá.

—Claro que eres valiente, eres más valiente de lo que tú crees. Y tienes toda tu vida por hacer. Elige tu vida, no dejes que tu vida te lleve.

—¿Y si no sabes qué quieres?

—A menudo es difícil saber lo que uno quiere, pero a veces es suficiente saber con certeza lo que uno no quiere. Piénsalo. Prométele a tu padre que lo pensarás.

—Te lo prometo.

Esa noche, mientras intentaba dormir, me di cuenta de que los padres son, la mayoría de las veces, los grandes desconocidos de sus hijos. En mi caso era así. A pesar de haber vivido con ellos veintitantos años, y haber compartido horas y días, viajes y experiencias, a pesar de lo cerca que los había sentido siempre, me di cuenta de que no los conocía. Que nunca los había mirado más que como padres Y también habían tenido sueños e ilusiones, y miedos y temores, igual que yo. Y agarrándose a los primeros quizá es como habían conseguido enfrentarse a los segundos. Ellos habían transitado por un camino que también había tenido curvas y cuestas de subida y de bajada.

Pensé que era una lástima que justo en ese momento, cuando empezaba a saber mirar a mi padre, tuviera que marcharse. Que ya serían contadas las charlas que podríamos tener. Que en breve solo me quedaría el recuerdo. ¿He perdido el tiempo o soy una hija más que no ha conocido a sus padres como le pasa a la mayor parte de las personas?, me preguntaba.

Y como respuesta me decía que, en el fondo, a pesar de que el reloj

seguía impasible contando los minutos hasta llegar al minuto final, me sentía afortunada por haber podido llegar a conocer esos rincones, no solo de mi padre, también de mi madre, y de su relación. Tal vez si no hubiera estado postrado en una cama no hubiéramos compartido tantas horas de conversación sincera y llena de verdad. «¿Qué puedo perder, hija? Nada. Y, sin embargo, he ganado mucha lucidez. Toda la lucidez».

52

Era sábado y estaba anocheciendo, y como cada tarde, una pequeña bandada de pájaros cruzó el cielo en una imagen que, desde la habitación, quedaba enmarcada por el ventanal de la terraza del dormitorio.

—Mira. —Mi padre señalaba la ventana con el brazo extendido. Las semanas habían ido pasando y mi padre cada vez estaba más cansado y pasaba más tiempo dormitando. Yo le preguntaba si le importaba que me tumbara a su lado. Él respondía con una medio sonrisa negando con la cabeza, moviéndola de manera casi imperceptible.

—¿El qué?

—Los pájaros. Como cada tarde —dijo mi padre—. Cada día espero a que pasen.

—¿Qué son? —pregunté.

—No sé. ¿Estorninos? —contestó con voz fatigada, me miró y volvió a cerrar los ojos.

El día antes, cuando llegué con Víctor, noté a mi padre casi sin fuerzas. Las semanas habían ido pasando. Exactamente habían transcurrido nueve semanas desde que mi padre me llamara aquel mediodía al salir del médico para decirme que le quedaban tres meses de vida.

Desde entonces todos los fines de semana los había pasado junto a él. Iba los viernes y volvía los domingos, y entre semana hablábamos todos los días, aunque fuera unos minutos.

Ahora el fin estaba de verdad ahí. Los médicos habían venido por la mañana a casa a hablar con mi madre y conmigo. Si todo seguía así, le sedarían en un par de días. Mi madre y yo nos miramos y asentimos.

Pensaba en la paradoja que era, que mi padre, moribundo, me hubiera enseñado a mirar la vida con ojos renovados. En estas últimas semanas, estando con él, me había sentido más viva. No había viajado a ningún país exótico, ni habíamos hecho nada especial, solo habíamos hablado, y compartido risas y minutos en los que no hacíamos nada, y, sin embargo, me sentía distinta.

Lo notaba cuando volvía a Madrid, lo veía todo con otros ojos. Y a pesar de la evidencia de que el tiempo jugaba en contra, y cada vez tenía menos tiempo para compartir con él, no me sentía triste. Me sentía contenta y llena de vida. Suponía que la tristeza vendría de golpe cuando él se fuera definitivamente, pero mientras estaba con él no sentía ninguna tristeza.

Las palabras sobre la bandada de pájaros fueron, sin que en ese momento lo supiera, las últimas que intercambié con mi padre. A partir de ese momento no volvió a estar consciente, y a los dos días le sedaron.

Yo me quedé con mi madre y Víctor regresó a Madrid, le avisaría cuando los médicos me indicaran. Era cuestión de días.

Durante esa semana, seguí subiendo a su habitación a pasar tiempo con él. Me sentaba a su lado, en la butaca que estaba al lado de su cama y le miraba, o miraba por la ventana sintiéndole a mi lado. A veces subía mi madre y entonces yo bajaba y la dejaba a solas con él.

Es curioso, pero ni un solo día de esa semana lloramos mi madre o yo.

Los médicos nos avisaron de que con mucha probabilidad moriría el fin de semana, así que el jueves avisé a Víctor y comenzamos a llamar al resto de la familia. Mi madre había estado en contacto con todos, y aunque yo había coincidido con algunos en fin de semana, la mayoría de las visitas las realizaban los días de diario.

El viernes por la noche llegó Víctor. Mi padre había comenzado a respirar con estertores, mi madre y yo ya estábamos avisadas de que eso ocurriría. Durante todo el sábado vinieron a despedirse de manera escalonada los hermanos y hermanas de mi padre, y también vino mi tío Javier. Todas las visitas estuvieron poco tiempo, pero quisieron venir a despedirse. Las hermanas de mi madre quedaron en venir el domingo por la mañana, pero ya no hubo tiempo.

Mi padre falleció a primera hora del domingo.

53

Ya. Mi padre acababa de morir. Así de simple. Una última exhalación y ya. Mi madre y yo nos abrazamos y rompimos a llorar sin soltarnos. Las dos llorábamos de manera desconsolada. Sabíamos que la ausencia de mi padre nunca la superaríamos. Podríamos aprender a vivir con ella, pero nunca la superaríamos.

Permanecimos unos cinco minutos en la habitación con mi padre ya muerto. Yo le miraba y me costaba creer, a pesar de que llevaba dos meses haciéndome a la idea de que se moría, que hubiera muerto. Recuerdo que le toqué y notar su piel fría me estremeció. Ya no pude volver a tocarle y mucho menos besarle, como hizo mi madre antes de que le incineraran.

Salimos de la habitación y fui a buscar a Víctor. Me acerqué a él y le di la noticia. Se quedó de pie, mirándome. «Lo siento, Laura», me dijo. Yo quería que me abrazara, romperme en ese abrazo, pero no me abrazó. «¿Me das un abrazo?», pregunté. «Claro», contestó. Y me abrazó. Yo cerré los ojos e imaginé que era Raúl quien me abrazaba. Recordaba su último abrazo y cómo me había hecho sentir. Aquel había sido un abrazo cálido y acogedor. Ahora Víctor me abrazaba, pero sentía frío. Al cabo de unos segundos se separó de mí. «Venga, Laura, tienes que sobreponerte. Sé fuerte».

La doctora tardó una media hora en llegar a casa para certificar la defunción. Venía acompañada de una enfermera, y con afecto no fingido nos dieron el pésame. Yo pensé en ese momento que no tenía que ser fácil tampoco para ellas entrar en una casa como la mía, donde acaba de fallecer alguien que quieres, y tienes que estar con los familiares, que quizá están sin acabar de creerse lo que ha pasado, y sin embargo tú tienes que certificar la defunción.

Después de irse la doctora, y antes de que llegaran los dos hombres de la funeraria, llegó mi tío Javier a casa con mi tía. Ellos nos ayudaron a mi madre y a mí haciéndose cargo a partir de entonces de todos los trámites que venían a continuación. Recuerdo también la mirada de los hombres de la funeraria y sobre todo recuerdo su amabilidad. Una amabilidad con la que nos convencieron a mi madre y a mí para salir de la habitación y poder empezar su trabajo. Hasta entonces mi madre y yo no habíamos querido salir de la habitación y dejar solo a mi padre.

Es curioso, porque yo estaba convencida desde antes de que muriera mi padre, de que, en realidad, cuando su cuerpo no aguantara

más y falleciera, él de alguna manera seguiría con nosotros. Pero, sin embargo, cuando falleció, me era imposible dejar su cuerpo allí solo. A mi madre le pasó lo mismo.

Quizá fue esa la razón por la que, más tarde, cuando cerramos el tanatorio a las visitas hasta la mañana siguiente, justo antes del funeral, mi madre y yo nos quedamos toda la noche en la sala donde estaba el cuerpo de mi padre. Mi tío Javier quiso acompañarnos, y allí los tres dormitamos en los sofás de la sala que nos habían asignado, y que, como en todos los tanatorios modernos, tenía más de antesala de espera de una gran empresa que de lugar donde se velaba a un muerto.

Ninguno salimos de la sala en toda la noche. Mientras intentaba dormir, o por lo menos relajarme, pensaba en el silencio tan absoluto que invadía todo el edificio. Ignoraba si en otras salas podía haber algún otro velatorio, quizá, si me hubiera asomado, hubiera visto alguna otra sala abierta, y quizá otros familiares acompañando algún otro cuerpo. Pero no lo hice.

54

Por la mañana, al despertar, tenía un mensaje de Beatriz preguntándome qué tal había pasado la noche. La había llamado por la tarde para darle la noticia y me había preguntado dónde y a qué hora se celebraría el funeral.

Fuimos a casa a ducharnos y cambiarnos de ropa antes de volver a abrir el tanatorio a las visitas. Yo no había llorado en toda la noche. Una pena enorme y oscura se había instalado dentro de mí, pero era incapaz de llorar. A cambio me costaba hasta caminar, como si la tristeza por la muerte de mi padre fuera una pesada cadena con una bola de hierro que sujeta a mi tobillo iba arrastrando allá donde iba.

Al llegar a casa, Víctor nos preparó el desayuno a mi madre, a mi tío y a mí. Mi tía estaba en la ducha cuando entramos, así que no la vi hasta que bajé ya duchada y vestida para el funeral.

En el tanatorio volvimos a reunirnos con todos los hermanos de mi padre, que, aunque habían estado toda la tarde anterior, quisieron volver a acompañarnos. Yo miraba a mi padre a través del cristal que separaba la sala del velatorio de la pequeña sala donde él se encontraba en el ataúd. Había varias coronas más que por la noche.

Me senté en un pequeño sofá que estaba justo enfrente del cristal y me quedé allí sentada hasta que vi cómo un operario abría una puerta en la parte de atrás y comenzaba a sacar las coronas con cuidado. Era la hora de llevar el ataúd a la iglesia.

Cuando llegamos a la iglesia había mucha gente fuera esperando. Yo casi no distinguí a nadie excepto a Luis y a Nazaré. Debía de haberles llamado Víctor. Entramos en la iglesia, que a mí me pareció que estaba llena, aunque tampoco distinguí a nadie, y mi madre y yo nos sentamos en el primer banco junto con los hermanos y las hermanas de mi padre.

La ceremonia fue breve y emotiva, el sacerdote que la ofició era amigo de la familia desde hacía muchos años. Al terminar, como en tantos otros funerales, el sacerdote indicó que todos los asistentes podían pasar delante del féretro y de la familia para presentar sus respetos. Le pregunté a mi madre si estaba bien y me contestó que sí. De manera sorprendente para las dos, prácticamente no habíamos llorado durante la celebración, y estábamos bastante serenas.

Comenzaron a pasar los asistentes por delante de nosotras. La mayoría hacía una pequeñísima inclinación de cabeza que algunas personas acompañaban de un gesto fruncido de labios, como para

darnos su pésame. Yo movía la cabeza también ligeramente o musitaba un gracias de vez en cuando, intentando no perder la serenidad que tenía, aunque a veces se me escapaba alguna lágrima.

La gente pasaba sin que nadie se parara. Recuerdo que detrás de uno de los amigos de mi padre, que yo conocía desde que era pequeña, venía Beatriz. Me miró y cerró los ojos en una especie de señal compartida. Detrás de ella estaba Pelayo. Me sorprendió verle y se me puso un nudo en la garganta. Me miró y en silencio, moviendo los labios, me dijo: «Lo siento». Yo cabeceé para darle las gracias y le seguí con la mirada, y fue entonces cuando vi a Raúl y no pude evitar empezar a llorar.

Conseguí tranquilizarme cuando terminó de pasar la gente y salimos de la iglesia. Víctor había venido al primer banco para acompañarme en la salida, pero le dije que me diera un minuto para saludar a unas personas y busqué a Beatriz en el exterior. Me costó encontrarla, sobre todo porque a cada paso que daba alguien se acercaba para darme un abrazo o una palabra de consuelo.

La vi junto con Pelayo y Raúl, estaban un poco separados del resto. Me acerqué y les abracé uno a uno. La emoción me impedía hablar, y ellos tampoco me dijeron nada. Intercambiamos un par de frases, tenía que marcharme, mi primo Javi había venido a buscarme. Cuando estábamos despidiéndonos, Raúl extendió su mano en el aire con la palma hacia arriba, como ofreciéndomela, y yo coloqué mi mano encima de la suya. Nos miramos mientras él agarraba con fuerza mi mano. Un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo. Tenía que irme. Les di las gracias y me marché.

55

Regresamos a Madrid el lunes por la tarde después del entierro. Mi madre me dijo que no hacía falta que nos quedáramos, que ella iba a estar acompañada. A mí se me partió el corazón al dejarla sola. Víctor trabajaba al día siguiente, el martes. Yo no tenía que incorporarme hasta el miércoles, aunque en el departamento me habían dicho que me tomara todos los días que necesitara. En principio mi intención era ir a trabajar el miércoles, pensé que me vendría bien estar entretenida lo antes posible.

El martes Víctor se marchó a la oficina. Yo tenía todo el día por delante. No sabía ni qué hacer. Estaba triste y exhausta. No dejaba de pensar en mi padre y en mi madre. Decidí que fuera lo que fuera, algo tenía que hacer, así que desayuné sin ganas, me duché durante un rato largo, me vestí y salí a la calle. Serían las once cuando pisé la acera.

Mi padre acababa de morir, pero la vida continuaba, la vida no se había parado por ello. Todo seguía como siempre. Qué injusto, pensé, debería pararse todo, aunque solo fuera un instante en señal de duelo. Me sentía pequeña en medio de tanta vida.

Era mediados de abril, y el sol ya calentaba a esas horas. El día no podía ser más primaveral. De manera casi irreflexiva decidí que quería ir al Retiro, así que me acerqué al borde la calzada y paré el primer taxi que pasó. «Al Retiro, por favor».

Al entrar en el parque me sorprendió la cantidad de gente que había en él, paseando, corriendo, sentada en un banco. «Pero si es martes por la mañana, ¿tanta gente hay en Madrid que no hace nada?», pensé. Comencé a pasear por uno de los caminos principales. Todo a mi alrededor brotaba con vida renovada, es lo que tiene la primavera. Los árboles volvían a llenar sus copas de hojas nuevas y verdes. Nada que ver con la imagen del parque la última vez que había estado.

Tan solo hacía cuatro meses desde que había paseado con Raúl por los mismos lugares, pero todo estaba distinto. Y en tan solo cuatro meses habían sucedido tantas cosas en mi vida que me parecía increíble. Pensé en Raúl. Recordé nuestro paseo y nuestra conversación, y lo que hicimos antes y después del paseo. Me puse a llorar. Las lágrimas caían por mis mejillas y chocaban con la montura de las gafas de sol que llevaba puestas.

Me acerqué hasta el estanque y me senté en la orilla. Pasó delante de mí un señor de la edad aproximada de mi padre. Caminaba

despacio, como ensimismado en sus pensamientos. «No sé cómo voy a salir de esta tristeza, papá». Un grupo de adolescentes riendo a carcajadas le adelantaron por su izquierda intentando no incomodarle. Detrás una madre con un bebé de meses empujaba el carrito mientras el niño dormía con el sol dándole en la cara. Una pareja de mediana edad se sentó a unos metros de mí. «Hazme una foto aquí», le dijo ella a él.

Aunque yo sintiera que mi vida, de alguna manera, se había parado, la vida seguía. La vida siempre sigue. Recordé las tardes con mi padre en sus últimas semanas y comenzaron a resonar en mi cabeza tantas cosas que me había contado, tantas frases que había dicho que ahora volvían a mi mente. «Cuando no tengas fuerzas, cuando te sientas perdida…». Así es como me sentía, sin fuerzas, perdida.

Me di cuenta de que estaba sonriendo. Me estaba acordando de mi padre y sonreía. Y a la vez lloraba. Reía y lloraba. Brotaban lágrimas sin parar que resbalaban por mi cara y yo intentaba secar mi cara como podía con las manos. «Van a pensar que estoy loca». Me levanté y me puse a caminar despacio por el parque, sin rumbo, vagando.

Mientras caminaba sonó mi teléfono, era Beatriz.

—¿Qué haces? —preguntó

—Pasear. Me he venido al Retiro.

—Ah, pues muy bien, hace un día precioso. Yo te llamaba para ver si quieres que comamos juntas. Si quieres me acerco donde estás.

—Bea, no te parezca mal, pero es que ahora no tengo ganas de ver a nadie. Me apetece estar sola.

—Laura, no me parece mal. Pero si de repente quieres dejar de estar sola, llámame, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contesté.

—Pues te dejo, que aquí ya están los de siempre dando por culo. Lo dicho, ¿eh? Me llamas.

—Sí, no te preocupes. Bea…

—Dime.

—Gracias por todo. Te quiero mucho.

—Serás idiota, ¡anda! —replicó con sorna y cambiando el tono añadió con dulzura—. Laura…

—¿Qué?

—Yo también te quiero mucho.

56

Era jueves y hacía tres días desde que había enterrado a mi padre. Víctor y yo estábamos cenando en casa. Me estaba contando que la semana siguiente tenía que volver a París. «Parece que esto va a ser ya cada quince días. Nos quieren allí por lo menos dos veces al mes». Yo escuchaba en silencio y comía pequeños bocados de la cena, no tenía casi hambre.

—Por cierto, quizá te parezca que no es el momento, tu padre acaba de fallecer, pero quiero que sepas que el tema de la boda sigue ahí, donde lo dejamos justo antes de que pasara todo esto. Y que cuando tú quieras, cuando tú creas que es el momento adecuado, que te encuentres bien, lo organizamos y nos casamos. —Yo le miré con cariño y recuerdo que pensé: «Ahora o nunca».

—Víctor. —Dejé el tenedor en el plato y le miré.

—No es el momento, ¿verdad?

—No es eso. —Hice una pequeña pausa y casi de carrerilla continué —: Es que creo que lo mejor es que nos separemos. —Víctor se quedó paralizado.

—No entiendo, Laura.

—Víctor, yo te quiero mucho, y espero que en el futuro sigamos el uno en la vida del otro, pero creo que como pareja no funcionamos, y lo mejor es que dejemos de vivir juntos.

—¿Crees?

—Bueno, creo y quiero.

—No entiendo nada, te juro que no entiendo nada, no entiendo nada de lo que me estás diciendo —respondió con nerviosismo y se levantó de la mesa.

—No quiero hacer un drama de esto, Víctor. Solo quiero decirte que lo he pensado, y que me voy. Quédate tú en la casa y ya veremos qué hacemos más adelante.

—Pero ¿tú donde te vas? ¿Tienes una casa donde ir? ¿Estás con alguien? —preguntó con incredulidad.

—Ni estoy con nadie, ni tengo dónde ir. Pero buscaré un lugar. De verdad creo que lo mejor es que dejemos aquí nuestra relación. Tú tienes una gran proyección profesional por delante, ahora vas a estar viajando continuamente…

—¿Es por eso? ¿Es por mi trabajo? —me interrumpió.

—No, no es por tu trabajo. No le des más vueltas, si quieres, cúlpame a mí, al fin y al cabo, soy yo la que está tomando la decisión.

Pero no discutamos más, por favor. Es algo que he meditado largamente, no es un capricho.

—Está bien. Lo que tú quieras. Sigo sin entender nada, pero está claro que estás decidida a hacerlo. Tú sabrás.

Aquella noche Víctor se fue a dormir a otra habitación sin avisarme ni tan siquiera darme las buenas noches. Recogimos la cena en un incómodo silencio y se tumbó en el sofá buscando en la tele algo que ver. Yo me acosté y me puse a leer, esperando que viniera a dormir, pero no vino. Cuando me levanté por la mañana él ya se había marchado.

El viernes por la mañana llamé a Beatriz mientras iba de camino a la oficina.

—Lo mejor es que te vengas a mi casa ya, esta tarde, te instalas y ya buscarás algo, yo te ayudo, no te preocupes —me dijo con rotundidad cuando le conté la escena de la víspera con Víctor.

—¿Estás segura? Que tú estás acostumbrada a estar sola, no quieres vivir con nadie.

—Y no voy a vivir contigo, va a ser algo temporal, hasta que tengas tu propia casa. Además, que me da igual lo que tú digas, que te vas a venir a mi casa y punto. Y te vas a venir esta tarde, si es necesario voy luego contigo a recoger lo que necesites, pero este fin de semana te instalas ya. ¿Me has oído? En un rato te paso a buscar por tu mesa para tomar un café y organizamos todo, ¿vale?

57

El viernes nos fuimos a comer Beatriz y yo antes de pasar por mi casa. Había intentado hablar con Víctor por teléfono varias veces, pero ninguna había contestado, y tampoco había contestado al mensaje que le escribí para decirle que iba a ir a casa a recoger algunas cosas porque dormiría en casa de Beatriz. Cuando fuimos a la que hasta entonces había sido mi casa, Víctor tampoco estaba.

Por la noche en casa de Beatriz me sentía rara. Acababa de fallecer mi padre y a los pocos días había decidido separarme, quizá algunas personas podían pensar que no era el momento para tomar una decisión así. Pero cuando esta idea venía a mi cabeza, recordaba a mi padre, las charlas que habíamos compartido los últimos meses, y algo dentro de mí me decía que estaba haciendo lo que tenía que hacer, o quizá era mi padre el que me lo estaba confirmando. Me sentía rara, pero al mismo tiempo extrañamente aliviada y feliz. No sabía lo que me esperaba, pero me daba igual.

Estábamos en el salón de su casa cenando. A mí no me apetecía salir a ningún sitio, y Beatriz se había encargado de ir a buscar la cena a uno de mis restaurantes favoritos.

—Bea, tengo algo que contarte.

—¿De Víctor? ¿De tu separación?

—No. De Víctor no. Es otra cosa. No te la he contado, aunque sucedió hace varios meses, y no sé por qué, me siento mal por no haberlo hecho. Y quiero contártelo ahora.

—Qué intriga, hija. Cuenta.

—¿Te acuerdas aquella noche que fuimos a cenar Raúl, tú y yo, que tú te ibas el fin de semana de viaje? —Beatriz estalló en una carcajada. Yo la miré sorprendida—. ¿Qué pasa? —pregunté.

—Perdona, Laura, lo siento —dijo poniéndose muy seria—. Pero es que creo que sé lo que quieres contarme.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Mi sorpresa seguía en aumento.

—Bueno, pues entonces dime tú a mí lo que yo quiero contarte —le repliqué.

—¿Que comiste con Raúl al día siguiente?

—¿Te lo contó Raúl?

—Sí, me lo contó. —Yo torcí el gesto y miré hacia la ventana—. No pasa nada, Laura, que solo comisteis. Me lo contó porque ya te he dicho mil veces que somos como hermanos desde pequeños y no

tenemos secretos.

—¿Y te ha contado algo más?

—Laura, corazón, de verdad, no hagas algo grande de esta tontería. Yo entendí que tú no me lo contaras, con todo lo que yo te había prevenido sobre él. Era por eso, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ya está. Por cierto, ¿qué vas a hacer mañana? ¿Quieres que vayamos a comer a la sierra? ¿O prefieres quedarte en casa, o en Madrid?

—No sé, te digo luego. Tengo que hacer unas llamadas. Quiero ver cómo está mi madre. No sé si iré a verla.

—¿Le has dicho que te has ido de casa?

—Todavía no, se lo diré este fin de semana.

Llamé a mi madre, que a pesar de todo mantenía el ánimo. «No te preocupes, cariño, estoy bien. No me dejan sola ni un minuto, estoy todo el día acompañada. ¿Tú cómo estás? No vengas este fin de semana, tienes que descansar después de esta semana. Si quieres, vienes el próximo o voy yo a verte».

Me tumbé encima de la cama en la habitación que me había preparado Beatriz y tiré el móvil a un lado. Era una situación extraña la que estaba viviendo, pero había sido mi decisión y seguía sin arrepentirme.

Pensé que no había podido hablar con Víctor en todo el día, tan solo me había respondido al mensaje que le había enviado con un escueto «*Ok*», después de haber ido ya a recoger algunas cosas. Podía entender cómo se sentía. Quizá yo estaría también enfadada y sin ganas de hablar con quien acababa de romper conmigo como yo había hecho con él. Quizá tenía que haberle explicado más. O no. No podía entrar en esa espiral de pensamiento. Uno nunca sabe lo que podría haber sido.

Cogí el móvil que había tirado encima de la cama para llamar de nuevo.

—¿Sí? —contestaron al primer tono.

—¿Raúl?

—Laura —respondió con voz cálida—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, ¿qué tal estás tú?

—Yo estoy muy bien. ¿Cómo estás tú? ¿Qué tal has pasado la semana?

—Bien, bueno, ha sido un poco extraña.

—¿Extraña? Bueno, acabas de perder a tu padre…

—Estoy en casa de Beatriz.

—¿Y eso?

—Es un poco largo de explicar. Pero, en resumen, Víctor y yo nos hemos separado. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea—. Por

eso estoy en casa de Beatriz

—Ya. Bueno, las cosas vienen como vienen, y así hay que tomarlas y aceptarlas. Y si no, es peor, porque te arrastran igual. —Me quedé en silencio—. ¿Laura?

—Sí, aquí sigo. Perdona, es que me has recordado a mi padre, que me dijo lo mismo hace poco, y oírtelo a ti, ahora… —Noté cómo se formaba un nudo en la garganta y necesitaba deshacerlo. Carraspeé y continué hablando—. ¿Puedo pedirte algo, Raúl?

—Tú me dirás. Soy todo oídos. Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Yo creo que sí, que está en tu mano. —Hice una pausa y continué —: Solo te pido que respondas afirmativamente a lo que te voy a pedir sin sentirte obligado, por favor. Responde que sí solo si quieres.

—Dime. Te prometo que será así.

—¿Puedo invitarte a comer este sábado? —dije sin apenas respirar —. Conozco un sitio al lado del Retiro que me enseñó un amigo hace unos meses, luego podríamos ir a dar un paseo si te apetece. —No se oía nada, parecía que la línea se había cortado—. ¿Raúl? ¿Sigues ahí?

—¿A qué hora quedamos?

Madrid, diciembre de 2021